

Cuadernos del Sur

Sociedad • Economía • Política

PABLO BUSTOS

LUIS RUBIO

ALBERTO J. PLA

JHON HOLLOWAY

GUILLERMO ALMEYRA

- Reestructuración productiva e inserción internacional
- La unidad de las izquierdas
- La internacional Comunista y el PCA 1918/1928
- La rosa roja de Nissan
- El pasado que no pasa

Cuadernos del Sur

Número 7



Abril 1988

Tierra  fuego
del

CONSEJO EDITORIAL.

*Argentina: César Altamira / Eduardo Lucita /
Roque Pedace / Alberto J. Pla / Carlos Suárez*

México: Alejandro Dabat / Adolfo Guilly

José María Iglesias (Editor)

Italia: Guillermo Almeyra

Brasil: Enrique Anda

Francia: Hugo Moreno

Perú: Alberto Di Franco

*El Comité Editorial está constituido por los miembros
del Consejo Editorial residentes en Argentina*

Publicado por © *Editorial Tierra del Fuego*

Número 7

Argentina - Abril 1988

Toda correspondencia deberá dirigirse:

En Argentina:

Casilla de Correos No. 167, 6-B, C.P. 1406

Buenos Aires - Argentina

En México:

EDITORIAL TIERRA DEL FUEGO

Nebraska 43-402

México, 03810 - D.F.

INDICE

PABLO BUSTOS	• Reestructuración productiva e inserción internacional de la economía argentina	5
LUIS RUBIO	• La unidad de las izquierdas ¿Qué hay entre la resignación y el deliro?	17
PERRY ANDERSON	• Las antinomias de Antonio Gramsci (2ª parte)	33
ALBERTO J. PLA	• La internacional comunista y el partido comunista de Argentina (1918-1928)	71
JAIME OSORIO	• Acerca de la democracia	101
JOHN HOLLOWAY	• La rosa roja de Nissan	113
GUILLERMO ALMEYRA	• El pasado que no pasa y el futuro que se prepara	145

CUADERNOS DEL SUR responde a un acuerdo entre personas, las que integran el Consejo Editorial. La revista es ajena a toda organización. La pertenencia, actual o futura, de cualesquiera de sus integrantes a partidos o agrupamientos políticos sólo afecta a éstos de modo individual; no compromete a la revista ni ésta interfiere en tales decisiones de sus redactores.

CUADERNOS DEL SUR es un órgano de análisis y de debate; no se propone, ni ahora ni en el futuro, ser un organizador político ni promover reagrupamientos programáticos.

El Consejo asume la responsabilidad del contenido de la revista, pero deslinda toda responsabilidad intelectual en lo que atañe a los textos firmados, que corren por exclusiva cuenta de sus autores, cuyas particulares ideas no son sometidas a otro requisito que el de la consistencia expositiva. El material de la revista puede ser reproducido si se cita fuente y se añade la gentileza de comunicárnoslo. Las colaboraciones espontáneas serán respondidas y, en la medida de nuestras posibilidades, atendidas.

REESTRUCTURACION PRODUCTIVA E INSERCIÓN INTERNACIONAL DE LA ECONOMÍA ARGENTINA

Pablo Bustos

A modo de introducción

La economía argentina, al igual que la de otros países semiindustrializados de la región y del mundo, se encuentra inmersa en un proceso de reestructuración productiva y tecnológica con prolongados alcances sobre su vida económica, social y política.

En múltiples aspectos el proceso en curso tiene similitudes con el experimentado por el país en las últimas décadas del siglo pasado, cuando también las fuerzas centrípetas del mercado mundial potenciaron una reestructuración productiva radical y una nueva forma de inserción en la economía internacional de alcances duraderos.

También el proceso liderado por la llamada “generación del ochenta” se produjo en el marco de una crisis económica internacional, la Gran Depresión de 1873 a 1896, que fue el catalizador de una profunda revolución tecnológica en los países industrializados y que sentó la nueva base técnica para el desarrollo del capitalismo mundial por más de medio siglo.

No es la intención de este trabajo el establecer paralelismos formales o, peor aún, inexistentes entre dos épocas históricas, sino que es la de mostrar que las alternativas al desarrollo de las sociedades no descansan en “modelos” contruidos al margen de las condiciones materiales endógenas, las que otorgan los límites y las posibilidades, en el marco de las necesidades objetivas de la reproducción del capital a nivel mundial.

La Argentina agropecuaria

La fase abierta a partir de 1870, se caracteriza por la formación de una economía internacional sustentada en un dinámico proceso de desarrollo del capitalismo a nivel nacional e internacional, que va configurando una división internacional del trabajo articulada por los pocos países que accedieron a un desarrollo industrial y financiero y que dominaban económica y políticamente al resto de los países del mundo.

En el seno de la Gran Depresión se configura una nueva base técnica, plasmada en una amplia diversificación de los materiales (metalurgia no ferrosa, química, petroquímica), de las fuentes de energía (motor de explosión, electricidad), de los medios de transporte y comunicaciones (nuevos barcos de vapor, telegrafía sin hilos, más tarde el transporte automotor). Correlativamente se produjeron profundos cambios en la organización productiva y financiera (desarrollo de los monopolios, nuevo papel de los bancos) y en las relaciones económicas internacionales.

Las relaciones económicas internacionales del último cuarto del siglo pasado descansaban en una complementariedad entre las exigencias internas de la acumulación de capital de los países avanzados y de los atrasados.

Desde el inicio del proceso, las transformaciones de la economía mundial generaron tres factores que lo influenciaron positivamente. Por un lado, como efecto de la depresión mencionada, se ampliaron notablemente los recursos disponibles en el mercado internacional de capitales para financiar las políticas de reforma estatal y reestructuración productiva necesarias de realizar en los países atrasados que aspiraban a integrarse a la economía mundial como economías primario exportadoras. Complementariamente dichas políticas originaron una fuerte demanda de capitales a largo plazo y de posibilidades de inversión en obras de infraestructura (ferrocarriles, puertos, comunicaciones, transporte y servicios urbanos, etc.). Por otro lado, las condiciones para el intercambio comercial no ofrecían mayores obstáculos pese a la existencia de tendencias hacia un fuerte nacionalismo económico basado en la protección aduanal. Esto fue así porque Inglaterra, el principal comprador mundial, mantuvo, junto con Holanda, sin variantes su política librecambista hasta la primera guerra mundial. En cambio las políticas proteccionistas, producto de la depresión, la crisis de la agricultura en Europa Occidental y la necesidad de Alemania, Japón y los EE.UU de resguardar sus industrias de la competencia británica, afectaron fundamentalmente a la industria inglesa y a la agricultura del este europeo. Finalmente, la revolución tecnológica en los países industrializados facilitó la integración periférica al mer-

cado mundial modernizando los transportes y las comunicaciones y potenciando la demanda de materias primas estratégicas y de alimentos para la creciente población urbana.

La nueva fase del capitalismo en los países avanzados y sus efectos sobre la economía internacional, creó las condiciones para una integración en profundidad de países con un grado de desarrollo similar a la Argentina al mercado mundial. Sabemos que esta vinculación se manifestó en el caso argentino, en una participación creciente en la división internacional del trabajo y como receptor privilegiado de una fuerte corriente de capital extranjero, mayoritariamente británico, en ferrocarriles, comunicaciones, puertos, empresas comerciales y empréstitos. Esta estrecha asociación entre los terratenientes pampeanos y los capitalistas internacionales, tuvo su correlato en la gran sensibilidad de la economía argentina hacia las coyunturas financieras y comerciales metropolitanas.

Desde una perspectiva histórica de largo plazo, podemos ver que a la transición de los países avanzados desde un capitalismo industrial de libre competencia (1850-1875) hacia un capitalismo monopolista financiero, la acompañó la transición de algunos países atrasados hacia una forma de capitalismo dependiente, procesos que, unidos al sistema colonial preexistente, dieron lugar a la formación del sistema imperialista mundial en su forma clásica.

El tránsito a un tipo de capitalismo dependiente y a una forma de integración a la economía internacional, fenómeno modernizador para estas sociedades, fue posible de realizar para algunos de los países ubicados en la periferia del mercado mundial capitalista. Aquellos que habían logrado consolidar su unidad y organización nacional, tal como lo hiciera la Argentina en el largo y conflictivo proceso que lleva desde la sanción de la Constitución de 1853/60, la conformación de una estructura estatal unificada de carácter federal, la nacionalización de los recursos de la aduana de Buenos Aires, la eliminación de las aduanas interiores, la emisión de una única moneda nacional, la codificación de leyes nacionales, la organización de un único ejército profesional y la capitalización de la Ciudad de Buenos Aires.

La consolidación de la unidad y la organización nacional desde la década de los ochenta acelerará el proceso de reestructuración productiva provocado por el desarrollo ferroviario, el enorme flujo migratorio y la entrada masiva de capital extranjero que llevará a la región pampeana a convertirse en el "granero del mundo", y a contar con amplios superavit en su comercio externo. La Argentina, como sabemos, ató su destino a la Inglaterra victoriana y logró por medio siglo avanzar en un exitoso proceso de "desarrollo hacia afuera".

Una medida del éxito del proceso lo constituye, de algún modo, el hecho de que la oposición contemporánea centrara su crítica al estado oligárquico liberal en su carácter represivo y autoritario más que en su liberalismo económico. Tanto las clases dominantes como subalternas percibían que las posibilidades de progreso social se vinculaban estrechamente a una creciente integración con el mundo. Fueron necesarios los desajustes provocados por la primera guerra y el derrumbe económico y financiero que significó la crisis de los años treinta para que esta percepción comenzara a cambiar. Al abrirse un período histórico depresivo, donde se interrumpen las tendencias y las regularidades de la fase anterior, se asiste a un fenómeno de desintegración de la economía mundial expresado en la reorientación del proceso de acumulación de capital hacia los mercados nacionales en detrimento del mercado internacional. Ello tendrá su expresión en que el ritmo de crecimiento del comercio mundial será más lento y a tasas inferiores al de la producción mundial, y en el derrumbe del mercado internacional de capitales y la desaparición del crédito y del sistema monetario internacional.

La búsqueda de la autarquía económica se convirtió en un objetivo, que se impuso espontáneamente hasta mediados de los cuarenta y explícitamente a partir de ese momento, de las políticas económicas de sucesivos gobiernos.

La industrialización moderna en la Argentina

En Argentina, como en Brasil, México y Chile, el proceso de industrialización es paralelo a la expansión exportadora desde la última década del siglo pasado (Cardoso, 1981: 70). Pero tan sólo a partir de las nuevas condiciones generadas por la crisis de los años treinta podemos hablar de un proceso de industrialización moderna en el sentido de "un proceso social global caracterizado por la extensión de la base fabril a la gran mayoría de los procesos de transformación (...); la conversión de la producción industrial fabril en el eje de la reproducción del capital social, la aparición de la burguesía industrial (cualesquiera sean sus nexos con otras clases y fracciones de clase) y de la clase obrera moderna como principales categorías sociales conformadoras de la estructura de clases" (Dabat, 1986:76).

La reestructuración productiva en torno a la industrialización endógena, a partir de 1933, será orientada por políticas económicas en parte basadas en el control de cambios y la fijación de una estructura diferencial de tipos de cambio efectivos favorables a la industria y el elevamiento de los aranceles aduaneros. Es importante destacar que desde el inicio la po-

lítica industrialista estableció precios relativos internos para la industria distintos a los mundiales, reflejados en tipos de cambio diferenciales, como resultado de las diferentes productividades relativas entre los sectores agrario e industrial. Esta relación entre competitividad, tipo de cambio y precios relativos es uno de los fundamentos del pensamiento económico liberal para cuestionar hoy la ineficiencia de la estructura industrial. También verá como parte del pecado original, la política fiscal expansiva y de bajas tasas de interés que seguirá a la creación del Banco Central en 1935 a las que atribuirá la inflación crónica que aqueja a la economía argentina. Las políticas erróneas se completan, desde la perspectiva liberal actual, en el incremento cualitativo de la actividad reguladora y productiva del estado en el mismo período.

Lo cierto es que las nuevas condiciones internacionales generadas por la crisis de sobreproducción más catastrófica que había sufrido la economía mundial, impactaron profundamente a una economía con un alto grado de integración como la Argentina y una reorientación del proceso de acumulación hacia la industrialización endógena exigía un estado fuertemente intervencionista que protegiera el mercado nacional y financiara de algún modo la nueva fase de desarrollo. Ese financiamiento se sustentará en una reasignación de fondos a través de la apropiación por el estado de parte de la renta del suelo, por medio de instrumentos fiscales y cambiarios, de medidas impositivas como el impuesto a la renta y de la centralización financiera lograda con la creación del Banco Central. Este papel del estado como reasignador de fondos para promover la industrialización, desarrollar la infraestructura física o financiar la acción social será el rasgo central que junto con el carácter semicerrado de la economía argentina, definirá la naturaleza del desarrollo económico argentino de las siguientes cuatro décadas.

Pero es importante diferenciar, aun bajo los rasgos comunes al período mencionado, diferentes fases en el proceso de industrialización argentina. La primera fase, de industrialización sustitutiva liviana como se dió en llamar, se apoyó en la tecnología preexistente, recurriendo inicialmente al incremento de personal y de los turnos fabriles, utilizando materias primas de origen nacional. En consecuencia las caracterizaba una baja intensidad de capital y débiles economías de escala. Se trataba de un tipo de desarrollo de naturaleza extensiva sustentado en la expansión del mercado y el empleo. Esta etapa manifestó una pérdida de dinamismo hacia mediados de los años cincuenta agotada en alguna medida la sustitución de bienes de consumo no duraderos, de materias primas agrícolas y mineras y de bienes intermedios de fabricación sencilla, e incorporadas a la circulación mercantil las relativamente escasas regiones con economías de subsistencia.

En el fondo de la crisis de mediados de los años cincuenta, expresada en la presencia simultánea del “estrangulamiento externo”, producto de la drástica caída de los ingresos por las exportaciones primarias, y la “crisis de ahorro”, por el descenso en la generación de excedentes internos posibles de redistribuir por el estado, se encuentran las restricciones del propio “modelo” de industrialización adoptado. El punto de partida se encuentra en el sesgo antiexportador de la economía argentina, expresado en la asimetría entre los tipos de cambio exportadores e importadores, y sus efectos sobre el sector industrial, la balanza de pagos y el nivel general de actividad. El sesgo antiexportador es una consecuencia del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones que adoptó un rasgo exclusivamente mercadointernista. El énfasis en el desarrollo industrial, sobre la base de una fuerte protección, no fue acompañado por un sistema simétrico de incentivos para la exportación. Esta política dió origen a la denominada restricción externa. Un sector industrial demandante de divisas pero que, por esa asimetría en los incentivos, no está en condiciones de generarlas a través de las exportaciones y encuentra limitado su desarrollo por crisis recurrentes en el balance comercial y en la balanza de pagos. Esta forma de inserción internacional de la industria también la inhibe de aprovechar escalas óptimas, innovaciones tecnológicas y el desarrollo de nuevos productos.

Tras el período de transición que significó la política desarrollista se producen cambios fundamentales en la estructura productiva argentina. A partir de los años sesenta la industrialización dejó de apoyarse en los altos salarios para hacerlos en una tasa de acumulación de capital más alta, en el consumo de los no asalariados y en el papel dinamizante de las inversiones públicas. La modificación en la distribución del ingreso afecta a las industrias productoras de bienes de consumo masivo, que inician un crecimiento “vegetativo” y favorece las actividades productivas de insumos básicos, bienes durables y bienes de capital (E. Feldman, J. Sommer, 1986).

Las características semiautárquicas de la economía argentina se acentúan en esta etapa a partir de que las exigencias de una mayor tasa de acumulación inducen a fortalecer el proteccionismo como forma de ampliar los márgenes de beneficios y posibilitar el autofinanciamiento de las empresas. La tendencia a la disminución del salario real actúa en el mismo sentido. A la vez, desde la segunda mitad de los años sesenta, comienzan a crecer significativamente las exportaciones industriales, tendencia que se mantendrá hasta mediados de la década siguiente.

Esta “apertura exportadora” de la industria argentina respondió a las transformaciones en la estructura económica. Conjuntamente al desa-

rollo de industrias pesadas productoras de insumos básicos, de medios de transporte y equipos de producción, comienza a modernizarse la infraestructura energética y el sistema financiero. Las crecientes exportaciones industriales reflejan básicamente un proceso interno de aprendizaje vinculado al dinamismo industrial y al progreso técnico en la estructura productiva. Ellas se ven potenciadas por incentivos diversos y un comercio mundial de manufacturas en expansión.

Hacia mediados de la década de los setenta la pérdida de dinamismo en el proceso de industrialización tendrá su correlato en las exportaciones industriales las que, a pesar del mantenimiento de los instrumentos promocionales, permanecerán estancadas hasta la actualidad. En síntesis, "este proceso industrial, caracterizado por su orientación preferencial hacia el mercado interno, que se ha desarrollado al amparo de un sistema de alta protección, y que además ha privilegiado en forma lenta e insuficiente el proceso de maduración, determinó la actual estructura industrial argentina condicionando sus potencialidades y restricciones para vincularse a la división internacional de la producción de manufacturas" (CEPAL, 1986:)

La reestructuración productiva que se produce en los años sesenta, con la transición desde una forma de acumulación extensiva como la que había predominado en las tres décadas anteriores hacia otra de acumulación intensiva, tuvo diversos efectos económicos. Además de la alteración drástica del patrón de distribución del ingreso en detrimento de los salarios y en la búsqueda de elevar sustancialmente la tasa de acumulación, cambia profundamente la forma de inserción de la economía argentina en la economía mundial. La magnitud de los recursos que exige el financiamiento de la inversión en las nuevas ramas impulsa a las empresas y al estado a la obtención de fondos y divisas adicionales. Además del elevamiento de las cargas impositivas, la instrumentación de políticas de ingreso y el estímulo a la intermediación financiera y la centralización del capital, se promocionará la inversión extranjera directa y se comenzará a recurrir al endeudamiento externo (Dabat, 1986:82). Correlativamente se incrementarán sustancialmente las importaciones de bienes de capital e insumos y las transferencias de tecnologías, lo que contrarrestará los logros en las exportaciones industriales.

Dos condiciones, una interna y otra externa, dieron viabilidad a la transición descrita en la década de los sesenta y una de ellas, la externa, permitió su prolongación, bajo las políticas conocidas, hasta fines de los setenta. La interna se vincula a la capacidad financiera del estado para reasignar fondos para la acumulación privada, por medio de subsidios directos o crédito barato, o para la inversión pública. Dicha capacidad se

asentaba básicamente en la apropiación pública de una parte sustancial de la renta de la tierra a través de los impuestos al comercio exterior, el superávit del sistema de seguridad social, la elevación de los impuestos directos e indirectos y el impuesto inflacionario, la que tendió a agotarse a partir de la década de los años setenta. (P. Gerchunoff y Carlos Bozalla, 1987: ver Cuadro 1).

La condición externa se vincula con los cambios producidos a mediados de los sesenta en la economía mundial en el marco de una profundización del proceso de internacionalización del capital. Dos de ellos son particularmente relevantes, el nuevo papel de la banca privada en el crédito internacional y el desarrollo de lo que se dió en llamar una nueva división internacional del trabajo. El primero posibilitó potenciar la inversión externa y el segundo comenzar a impulsar la exportación industrial, fenómenos estrechamente vinculados en la experiencia argentina.

Hacia mediados de los años setenta, otros países latinoamericanos de un grado similar de desarrollo industrial que la Argentina comenzarán a transitar hacia una tercera fase en su proceso de industrialización sustentada en una creciente participación en el comercio mundial de manufacturas. Es el caso de México y Brasil, particularmente el de éste último. La economía argentina fuertemente imbricada por entonces por la economía mundial por medio de las exportaciones agrarias e industriales, las importaciones de equipos e insumos, las transferencias de tecnologías, el endeudamiento externo, la exportación de capitales y tecnologías argentinos a la región y la creciente asociación de sus grupos financieros nacionales con el capital internacional, contaba con una estructura industrial y un bagaje tecnológico que le hubiere permitido avanzar en la misma perspectiva, comenzando a atenuar los efectos de su peculiar estructura de productividades relativas.

Sabemos que ello no fue así. La apertura importadora de la segunda mitad de los años setenta sumó, al relativamente bajo perfil tecnológico de la industrialización argentina, expresado básicamente en el déficit en la producción de bienes de capital y en la débil articulación entre el sistema de ciencia y tecnología y el sistema industrial, una desindustrialización a corto plazo y una desarticulación del débil sistema tecnológico industrial. Estos fenómenos de desindustrialización y desarticulación del sistema tecnológico se produjeron, por añadidura, en un período en el cual la frontera tecnológica comenzó a moverse muy rápidamente y a desplegarse la reestructuración económica, industrial y tecnológica a escala internacional en curso. (H. Nochteff, 1987).

Límites y posibilidades en la década de los ochenta

En un trabajo reciente Jorge Schvarzer (1987) analiza la serie de modificaciones operadas en distintos sectores de la economía que, sumadas, configuran una nueva forma de funcionamiento de la economía argentina. La innovación tecnológica en el agro pampeano permitió un incremento espectacular de la producción y las exportaciones agrarias. Este hecho, disminuido por la evolución desfavorable de los precios en el mercado mundial, significa en términos productivos que la “apertura” de la economía se duplicó en términos porcentuales. En un contexto de estancamiento del producto global, el sector pampeano incrementó su papel en la economía argentina, y estrechó sus lazos con el mercado mundial, estableciéndose una relación más intensa entre la evolución de los precios internacionales y sus precios internos. La consecuencia es una mayor limitación en el manejo del tipo de cambio como herramienta de distribución del ingreso. También la industria ha tendido a “internacionalizarse” aunque en magnitudes de exportación e importación inferiores al agro. Una parte de la industria exporta de forma permanente una proporción significativa de su producción y la otra parte también ajusta su política a la posibilidad de la competencia externa. Ambas se orientan a seguir las señales provenientes del mercado mundial. En cuanto al mercado de fuerza de trabajo argentino ha tendido a perder la autonomía relativa que tuvo por varias décadas. Su relación de dependencia con otros mercados y la creciente diferenciación salarial dificultan las posibilidades de regulación “política” del salario. Mayor aún ha sido la internacionalización del sector financiero, vinculado hoy estrechamente al sistema financiero internacional, lo cual angosta notablemente los márgenes de política monetaria y financiera. En el mismo sentido presiona la deuda externa sobre las decisiones de política económica, fortaleciendo el control externo sobre las mismas. El carácter estructural de la crisis fiscal sintetiza todas estas transformaciones que han acotado al máximo los márgenes de política económica disponibles en la Argentina.

El panorama expuesto induce a pensar que la búsqueda de nuevos caminos para sacar a la sociedad argentina de la postración y la decadencia, mientras no esté planteada una transformación social radical, debe partir de las condiciones planteadas por la fase actual del capitalismo argentino y mundial. La experiencia de los años treinta y la actual de los ochenta ha puesto de manifiesto los riesgos que implica una estrategia de desarrollo concentrada, unilateralmente, en las exportaciones de bienes primarios. Tampoco parece posible un retorno a las viejas soluciones para los nuevos problemas, cual serían la de darle la espalda a un mundo

competitivo y hostil como hace medio siglo o regresar a las clásicas recetas universales de apertura unilateral de la economía.

Dejando de lado la factibilidad social y política de las alternativas anteriores, es claro que la estrategia necesaria debe rescatar la importancia histórica de los avances sociales y la modernización asociados a la industrialización y el papel central de la misma para inducir el crecimiento del conjunto de la economía.

La integración a la economía mundial de un país como la Argentina, debe hoy basarse en sus propias fuerzas. A finales del siglo XX esta integración es fuertemente competitiva y no complementaria como la de fines del siglo pasado. No existe una potencia hegemónica que adecúe sus políticas nacionales a las necesidades del equilibrio comercial y financiero mundial como estaba obligada a hacerlo la Inglaterra imperial. Existen por el contrario políticas nacionalistas de las grandes potencias que deterioran las condiciones económicas y sociales de los países más atrasados y fuertes tendencias a la creación de espacios de acumulación regionales como el que uniría a los EE.UU., Canadá y México, o a los países de la cuenca del Pacífico.

La opción para la Argentina parece encontrarse en su capacidad de modernizar su aparato productivo, utilizando las asociaciones preferenciales como las realizadas con Brasil e Italia desarrollando una industria dinámica capaz de competir con eficiencia en el mercado local y en el internacional, aumentando sustancialmente el peso de sus exportaciones industriales. Ello supone unos ciertos requisitos "sine qua non" que son sintetizados por un autor del siguiente modo (K. Esser, 1987).

— La "capacidad de transformación política y social", como aptitud de la élite dirigente para poner en marcha y asegurar el proceso de aprendizaje tecnológico y la dinámica que de él se deriva.

— La "capacidad de transformación tecnocrática", entendida como la facultad de la burocracia estatal para dirigir el proceso de industrialización.

La "capacidad de transformación tecnológica", como facultad de una economía de superar las exigencias técnicas, cambiantes y complejas de la economía mundial.

Es legítimo pensar que las "capacidades" actuales de la dirigencia, la burocracia y de la economía argentina se encuentran muy lejos de cumplir, en general, con los requisitos expuestos. Pero también pueden ser vistos como los objetivos que los sectores más lúcidos de la élite dirigente a nivel económico y político comienzan a trazarse, más aún, comienzan a instrumentar con algunas políticas en curso que aparecen bajo los

nombres de apertura económica, desregulación, desmonopolización, etc. Este libretto no está escrito ni mucho menos, pero es evidente que supone un cambio profundo en las condiciones de vida de los trabajadores al proponerse en esencia lograr sustanciales incrementos en la productividad del trabajado combinando la innovación tecnológica con la intensificación del mismo. Los mayores o menores costos sociales del camino elegido dependerán estrechamente de la fortaleza y claridad del movimiento obrero para discutir y formular propuestas alternativas sobre todas y cada una de las nuevas condiciones de vida y de trabajo que supone la "modernización".

Referencias

- Cardoso Ciro y H. Pérez, *Historia Económica de América Latina*, Crítica, 1981.
- Cepal (1986): *Exportación de manufacturas y desarrollo industrial*.
- Dabat A. (1986): *Crisis y reestructuración productiva en América Latina*. Cuadernos del Sur N° 4.
- Esser, K. (1987): *¿Cómo dinamizar las relaciones económicas de América Latina?* INTAL/CEPAL.
- Kürzinger, E. (1986): *América Latina y la Comunidad Europea*. IRELA.
- Schvarzer, J. (1987): *Conocer para transformar*. La Ciudad Futura N° 3.
- Feldman, E. y Sommer J. (1986): *Crisis financiera y endeudamiento externo*. CET Bs. As.
- Gerchunoff y C. Bozalla: *Posibilidades y límites de un programa de estabilización heterodoxo: el caso argentino*. El Trimestre Económico. Setiembre 1987.
- Nochteff, H. (1987). Conferencia en el Banco de la Pcia. de Bs. As. 24.11.87



BS AS 76-FBEDOYA-88..

LA UNIDAD DE LAS IZQUIERDAS: ¿QUE HAY ENTRE LA RESIGNACION Y EL DELIRIO?

Luis Rubio

Gorgona es un monstruo alado de garras afiladas, cuya espantosa cabeza tenía serpientes en lugar de cabellos, una lengua larga, unos dientes puntiagudos y, sobre todo, una mirada penetrante que según la leyenda convertía a los hombres en piedra. Pero, para Ovidio en las Metamorfosis, había sido una bellísima doncella. Perseo hizo que se petrificara al mirarse reflejada en un espejo y le cortó la cabeza.

I. La mirada de la Gorgona

La crisis mundial del capitalismo sigue su curso. A tal grado sus inercias se imponen con la fuerza de los hechos que todo pensamiento y toda acción resultan sobredeterminados por ella. La crisis en sus múltiples dimensiones, desde lo económico-social hasta lo político-ideológico, demarca y cierra el campo de “lo posible” para el sistema capitalista. Cuestionar los efectos catastróficos de la crisis, llegar hasta sus causas más profundas, resistirse a sus imperativos “necesarios”, pone en duda la legitimidad histórica del capitalismo. Pero ¿cuál es la otra opción? ¿un socialismo de estado burocrático? El pensamiento se detiene ante una evidencia que parece no conducir a acción alguna. Aterrado por los peligros que acechan en los callejones sin salida de un sistema que, al desarrollarse, engendra las condiciones para crisis más vastas y profundas, el pensamiento político retrocede, se repliega sobre sí mismo, voluntariamente quiere reducirse estrictamente a “lo posible” para el sistema en crisis. Entonces, “imagina” que existen “reglas del juego que deben ser aceptadas por todos so pena de ser considerados fulleros”, que existen normas universales situadas por encima de los intereses dominantes, y en consecuencia, se

trata únicamente “de la manera de jugar so pena de ser considerado un mal jugador” Es cuestión de “saber jugar”, de manejar las reglas con habilidad y astucia, pero ¿de qué juego se trata? ¿del juego capitalista? ¿de las reglas que impone la crisis capitalista?¹

Se ha advertido que aquellas cuestiones críticas a las cuales la clase dominante no puede dar una respuesta más o menos convincente, resultan, convertidas por el sistema en imposibles, en in formulables. De este modo el tema de la crisis se desplazaba hacia dos polos opuestos pero idénticos: el de lo obvio y el de lo incognoscible² ¿Para qué insistir en aquello que todo el mundo sabe? ¿Para qué denunciar las consecuencias desastrosas de la crisis capitalista si son evidentes para cualquiera? ¿Para qué intentar hallar sus causas reales si ellas pertenecen al misterio de un sistema social que se rige por leyes naturales? ¿Acaso es posible cambiar las “reglas del juego válidas para toda la humanidad” sin distinción de clases?

El pensamiento posibilista reivindica un realismo peculiar. Como para él se trata de sobrevivir lo mejor posible en medio de una tempestad inevitable, de preservar las ilusorias “gratificaciones” que la crisis todavía no ha arrollado, redescubre las trémulas satisfacciones de la vida doméstica y las verdades perdurables del sentido común. Ya que la historia es inasible, convoca a abandonar las utopías estratégicas; como todo es cuestión de tácticas puntuales se propone empezar por democratizar a los grupos primarios, por liberalizar la vida cotidiana y las buenas costumbres, por modernizar la adaptación a condiciones difíciles y estimular una creatividad que no se enfrente al enigma del Poder ni lo cuestione. Los reformistas de la moderna democracia social despliegan aquella “estetización de la política” que atribuyó Walter Benjamín a la burocracia de Estado, y decididos a empezar desde abajo y regenerar el tejido conjuntivo de la sociedad, propagandizan la sensata prudencia de las formas microsociales. Ellos encarnan una izquierda que al fin, superados los errores infantiles, alcanzó la edad de la razón. Pero ¿de qué “razón”?

A nuestros flamantes intelectuales socialdemócratas los paraliza una paradoja: una paradoja común a todas las crisis históricas. Podría formularse así: la transformación radical de la sociedad existente es más necesaria cuando parece más imposible que nunca. Cuando la crisis general hunde a las masas en la miseria y la degradación no hay movimientos de resistencia unitarios, no surge ninguna fuerza social que se perfila como vanguardia, las organizaciones políticas heredadas del pasado inmediato se descomponen y el Estado se fortalece en una ofensiva constante que no pone límites a su penetración en la sociedad y en las conciencias. ¿Qué puede hacer, entonces, el pensamiento librado a sus propias fuerzas? ¿Qué sentido tiene el arma de la crítica si ella misma se convence

de que no podrá convertirse en crítica de las armas? ¿Qué le queda a una intelectualidad separada de cualquier movimiento social más que resignarse a la desventura presente y sumirse en una ilusión inofensiva? Efectivamente, el desfase entre las condiciones objetivas para una transformación y las condiciones subjetivas para un salto revolucionario, en la crisis se profundizan hasta el abismo. Nuestros teóricos de la modernización socialdemócrata vuelven la mirada horrorizados: estamos ante los ojos de la Gorgona. La fijeza con que otros hombres, en nuestro pasado cercano, clavaron la mirada en las pupilas del Poder, acabó cegándolos a ellos mismos y sobrevino el terror. Ya nadie quiere para sí un destino tan nefasto. ¡Argentina, aparta de mi ese cáliz! La consigna de la hora es, entonces, “olvidar lo imposible y acatar la única posibilidad que ofrece la crisis capitalista: sobrevivir lastimosamente” No importa que aquello que el sistema desecha por imposible pueda ser, en realidad, lo único efectivamente liberador. ¿De qué sirve saberlo si no podemos hacer nada para evitar ni para cambiar lo “realmente existente”? ¿De qué vale atormentarse por lo que es superior a nuestras fuerzas? Mejor cerrar los ojos y quedarnos inmóviles bajo la mirada atroz de la Gorgona. En definitiva, aquel viejo principio que afirmaba la necesidad de no perder “la confianza en el pueblo”, tampoco ha podido salvarse de la crisis de la teoría revolucionaria y acabó sucumbiendo en el discurso socialista post-moderno.

II. La cabeza de la Gorgona (tecnoburocracia estatal y democracia “moderna”)

Si algo caracterizó a la Argentina dentro del contexto latinoamericano, fue el desarrollo y la organicidad de su sociedad civil. Ante ella, el Estado aparecía (desde 1955 al menos) desprovisto de mediaciones, privado de consenso efectivo, y forzado a recurrir a la dictadura abierta para imponer disciplina a un movimiento social en avance. La alternancia de gobiernos constitucionales débiles y dictaduras militares desacreditadas, configuró el síndrome de un desfase entre sociedad y estado que, a partir de 1969, fue convirtiéndose en una fractura infranqueable. Pero la crisis general del capitalismo dependiente argentino, y la política de arrasamiento y exterminio del Terror de Estado, hicieron lo suyo para modificar sustancialmente la situación.

Hoy el aparato estatal se enfrenta a una sociedad desarticulada, atomizada y paralizada. Los grandes bloques sociales de la fase anterior, contruídos sobre la alianza entre avanzadas de la clase obrera y de la pequeña burguesía, se han disuelto, pero incluso las fuerzas sociales perdieron su configuración tradicional. Ahora, el Estado se reserva casi todas las

iniciativas, maneja todas las opciones; la escena política llena por entero la realidad con sus representaciones y no deja resquicio para la irrupción de un movimiento espontáneo de masas que no llega a articular una resistencia unitaria. Es la hora del Estado, y con él, de la tecnoburocracia estatal. Ella prosigue, por vías democráticas, el avance sobre la sociedad que inició la dictadura del Proceso, siguen rigiendo los intereses estratégicos de la gran burguesía financiera transnacional. Las mediaciones institucionales regulan los procesos pero ¿son eficaces para lograr los objetivos que se proponen?

La lógica política de las tecnoburocracias estatales no puede reducirse al juego de intereses de clase, aunque ellos determinen en última instancia las “reglas del juego”. Es evidente que desde 1976 el aparato estatal ha ido ganando una autonomía cada vez mayor respecto de los conflictos de clase. Esto le otorga a las “formas” políticas, a las “representaciones” de escena, una importancia reforzada. Si en 1973 el movimiento de masas en ascenso podía desenmascarar los simulacros del Poder, utilizarlos en su propio favor, y dismantlar sus trampas (elecciones sin Perón en marzo de 1973, Pacto Social, política Rodrigo), hoy esa capacidad popular ha perdido su fuerza colectiva para sumergirse en el fondo de las conciencias individuales donde se transfigura en impotencia y resentimiento. Nadie *crea* realmente, pero todo el mundo vota con el designio de elegir el “mal menor”. Este consenso denegatorio es la apoyatura mínima que requiere el control tecnoburocrático que, tal como lo señala Therborn, responde a múltiples centros, sustenta principios de legitimación cifrados en la eficacia y el rendimiento, y entabla con la plataforma social relaciones diferentes a la de la burocracia tradicional (¿Cómo domina la clase dominante?).

La política argentina está dominada por el doble discurso, el simulacro y la amenaza, en un toma-y-daca muy cercano al chantaje y al soborno. Y es que la burocracia política se enfrenta con dos cuestiones de muy difícil solución. Una estructural: la crisis definitiva de los modelos de crecimiento económico y configuración de clases vigentes hasta la década de los años sesenta (crisis que se condensa en la deuda externa como síntoma privilegiado). Otra político-ideológica: la resistencia que oponen las instituciones corporativas (Fuerzas Armadas e Iglesia Católica) al acuerdo tecnoburocrático. Pero la pulseada se da sobre una base común inamovible, y es la convicción compartida por todos los sectores burocráticos en pugna, de que cualquier pacto debe necesariamente incluir a las burocracias institucionales. Lo que está en discusión se refiere a las respectivas cuotas de poder y el perfil general que debe tener el Estado “modernizado” Una vez más es cuestión de formas, de grados, de balances

de fuerzas entre sectores que, en su conjunto, aspiran a administrar el aparato estatal y la intervención social en función de los intereses hegemónicos.

La ausencia histórica de una burguesía nacional con capacidad para unificar y movilizar a la sociedad bajo su hegemonía, y así dirigir el Estado, quiere ser llenada por un cuerpo homogéneo de administradores estatales, lo suficientemente estable y eficiente, como para regular a la sociedad y negociar de manera coherente con los sectores dominantes. Pero si existe un aspecto nuevo, que diferencia a la nueva tecnoburocracia en formación de las antiguas burocracias, es la función económica. Al proceso de tecnoburocratización de los aparatos, con el consiguiente incremento de su relativa autonomía y el reforzamiento de su capacidad de penetración en la sociedad civil (medios de comunicación de masas, acción psicológica sistemática), se agrega un dato aparentemente contradictorio: la reducción drástica del área económica del Estado. Pero se trata de una refuncionalización. La agresiva política de privatizaciones en curso, que comparten radicales y peronistas (DEBA), implica una nueva alianza y redistribución de poderes entre los administradores estatales y los gerenciales, y a su vez la tendencia a que el Estado se ocupe de regular la política económica global y abandone la propiedad exclusiva sobre empresas anteriormente consideradas "estratégicas". La nueva tecnoburocracia estatal sería el resultado de esta interpenetración de lo público y lo privado, que no sólo se refiere a la empresa, sino afecta también al propio territorio nacional³ y a un aparato ideológico de Estado tan fundamental como el educativo. Respecto a esto último, el Congreso pedagógico recién concluido, revela el peso específico de la Iglesia Católica en el ámbito de la educación y su renovado avance⁴. La vieja doctrina oligárquica de los tres pilares fundamentales del Estado (la Institución Militar la Institución Eclesiástica y la Institución Familiar) no ha perdido vigencia efectiva, y se "moderniza" al influjo de las nuevas oligarquías oligopólicas.

Pero el proyecto está lejos de haberse consumado. Falta un largo camino por recorrer, lleno de acechanzas y virajes. La Institución Militar debe superar su propia descomposición interna. Hoy la corta longitudinalmente una línea de fractura que separa y opone a los cuadros medios de la oficialidad y los Altos Mandos. Mientras el grupo emergente (Rico) reivindica para sí la guerra de Las Malvinas en un discurso ambiguamente anticolonialista, y levanta las reivindicaciones económicas y sociales de la corporación militar, los Altos Mandos se enredan en un doble juego que, por un lado, necesita restaurar la verticalidad de la "cadena natural de mandos", pero por otro, aprovecha las provocaciones internas

para presionar sobre el gobierno (y las burocracias políticas en general), reclamando un papel decisivo en la negociación estratégica. La reivindicación de la "guerra sucia" por parte de los Altos Mandos busca el reconocimiento de que el Estado y su seguridad, dependen en última instancia de las Fuerzas Armadas, y eso las legitima. ¿No es así, realmente?

El gobierno sigue con su línea: que los conflictos entre los militares se procesen y resuelvan en el interior de la Institución armada. Pero, si esta política fracasó en cuanto al juzgamiento de los responsables del Terror de Estado, no parece tener la fuerza suficiente como para evitar que la querella militar desborde sobre la sociedad y envuelva al Estado en su conjunto. De hecho, Alfonsín cedió toda la iniciativa a Caridi, en la crisis de enero, quizás convencido de que luego del "felices Pascuas" no está en condiciones de convocar a la movilización popular en defensa del gobierno amenazado por el gran simulacro montado por los militares en Monte Caseros. ¿O es que el gobierno temió el repudio más que la indiferencia, después de las desastrosas elecciones de 1987?

De todos modos, y cualquiera sea el grado de su debilidad y desprestigio, Alfonsín cuenta con dos factores a su favor. Uno, la incapacidad de los militares para recuperar la iniciativa política y superar su aislamiento actual (más allá de que nadie, en la escena política, duda de que su participación en el pacto interburocrático es imprescindible para darle estabilidad). Otro, el temor de los EEUU a unos militares que emprendieron la aventura de Las Malvinas, y podrían encender focos de conflicto en el Cono Sur si se dejan fascinar por utopías fundacionales. El gobierno no tiene mejor aliado que los EEUU, lo que explica las presiones norteamericanas para conseguir el apoyo argentino a su moción sobre los derechos humanos en Cuba, y la abstención norteamericana en la censura a Gran Bretaña por las maniobras en Las Malvinas.

Las recientes declaraciones del Brigadier Crespo (LA NACION, marzo 6 de 1988), son ejemplares. Por su boca se expresa el sector militar sobre el que se recuesta el gobierno, y a su vez, el más moderno y tecnificado de la Institución. Las declaraciones de Crespo se dirigen a dos interlocutores: los cuadros de la propia Aeronáutica (y de las Fuerzas Armadas en general), y los sectores empresariales con intereses en la industria de armamentos. Respecto de los primeros, reafirma enfáticamente el orden jerárquico-autoritario de la Institución (aclarando que sus pilares son los mismos que aquellos que sostienen a la Iglesia: disciplina, lealtad, jerarquía y obediencia). Y en cuanto a los segundos, aclara los objetivos de eficiencia y rendimiento que rigen la producción de armamentos a cargo de la Aeronáutica (pese a la drástica reducción de su presupuesto), y los acuerdos con empresas transnacionales. Quizás sea éste el modelo

institucional que el proyecto de restructuración del Estado, en curso, propone al conjunto de las Fuerzas Armadas. He aquí una típica estructura tecnoburocrática que apoya incondicionalmente al régimen democrático constitucional, en un momento difícil, cuando el gobierno de Margaret Thatcher monta en Las Malvinas una provocación.

El otro interlocutor en la mesa negociadora es la burocracia sindical. Más allá de que mantiene cierta precaria homogeneidad interna, alrededor de la figura de Ubaldini, este sector no puede aspirar en el presente más que a un puesto secundario y subordinado a la burocracia política del Partido Justicialista y del Estado. Esto es, exactamente, lo que está en discusión. Los paros nacionales del año pasado se dirigieron a mejorar la posición negociadora de la dirigencia sindical, y apuntaron a dos blancos: el predominio caferista dentro del aparato partidario, y el predominio de la burocracia partidaria en la negociación estatal. Pero, contrariamente a lo que ocurría en la última fase del gobierno peronista anterior, la burocracia sindical ha perdido fuerza objetiva, no está dispuesta ni en condiciones de movilizar a las bases obreras, y ha dejado de ser un factor de poder aunque amenace con una reducida capacidad de presión. El Programa de los 26 puntos cayó en el olvido.

III. El cuerpo de la Gorgona (gobierno y partidos)

El gran simulacro militar de Enero consuma un proceso de desgaste del gobierno que empezó en Semana Santa, el año pasado. De hecho cancela cualquier posibilidad de montar, sobre la figura de Alfonsín, alguna especie de democracia plesbiscitaria. La estrella del presidente ha empaldecido. Algo análogo a la compulsión popular por los acuerdos del Beagle es ahora impensable. Gestos históricos como el traslado de la Capital pasaron al desván de los recuerdos: allí están arrumbados al lado de otras "ilusiones perdidas" del alfonsinismo ingenuo de la primera hora (la moratoria de la deuda externa y una política económica de desarrollo, el castigo a todos los responsables de los crímenes de la dictadura terrorista, la auténtica democratización de las fuerzas armadas y tantas más. .). Tampoco la reforma constitucional resulta fácil de lograr. Un régimen de gabinete semiparlamentario, funcional en algunos estados capitalistas centrales donde el Parlamento es el ámbito donde diferentes sectores de la clase dominante y sus aliados negocian los acuerdos, en un país capitalista dependiente como el nuestro puede convertirse en un obstáculo burocrático a la dirección del Estado por parte de la gran burguesía hegemónica. En nuestro Congreso no debaten los representantes orgánicos de las clases nacionales, sino diferentes camarillas burocráticas que se dis-

putan la representación de la dueña exclusiva del Poder: la oligarquía financiera transnacional. Los intereses dominantes se negocian fuera del aparato jurídico-político del Estado capitalista dependiente, y sus acuerdos se imponen por otras vías que no son las legislativas precisamente. ¿Quiénes pueden estar interesadas en “la figura del Primer Ministro”, en crear una mediación más, sino las propias burocracias políticas? Hasta la Institución Militar y su aliada estratégica en la sociedad civil: la Iglesia Católica, no pueden mirar sino de reojo una reforma constitucional que las haría compartir sus privilegios político-ideológicos con las burocracias partidarias y administrativas. Y posiblemente ese proyecto no forma parte de las prioridades de la gran burguesía que, hasta ahora, ha preferido tratar con agentes políticos dóciles que vérselas con una tecnoburocracia de Estado seguramente más coherente, pero con la fuerza suficiente como para disputar una tajada mayor de los beneficios.

Más realista luego de los golpes recibidos, el gobierno alfonsinista sustituye los delirios fundacionales y la quimera del “Tercer Movimiento Histórico”, por el más mezquino bipartidismo. Se hace cargo de una situación nueva, que los resultados electorales perfilan muy bien: la formación de un “centro” mayoritario que comparten radicales y peronistas. Entre uno y otro partido no fluctúan más que un millón de votos, y ese magro caudal decide la victoria y la derrota más por intereses inmediatos que por motivaciones ideológicas. Si este oportunismo de los electores es una tendencia espontánea, los partidos políticos se encargan de reforzarla. Cada candidato, en su respectiva campaña electoral, se encargó de vaciar su discurso de cualquier propuesta concreta. Quedaron únicamente las máscaras vacías, los cascarones de algo que fue, los envases que cada uno llenaría con sus necesidades. E inmediatamente después de los comicios se lanzó la preparación de la campaña para 1989, como si en los próximos dos años la crisis se detuviera milagrosamente.

El afiche que celebró el triunfo de Antonio Cafiero en la Provincia de Buenos Aires lo dice todo acerca de esta evasión del presente: “Con el peronismo unido, el 89 es pan comido”, se leía junto a un trozo mordido de pan dulce. Se diría que ni radicales ni peronistas tienen nada concreto que ofrecer a las masas populares, que no hay respuestas a sus requerimientos como no sea el pan dulce de la tradición peronista convertido en efigie incomedible. Queda entonces la política-ficción, y alienarse a pujas internas que, tanto entre radicales como entre peronistas, se presentan sumamente complicadas. Si el gobierno tiene que habérselas con un Partido Radical que reivindica su autonomía para no verse perjudicado por la política económica de Sourrouille, Cafiero se ve forzado a regatear con múltiples centros de poder interno (Gobernado-

res, Senadores, Diputados, dirigentes sindicales, tendencias del aparato), y debe disputar la futura candidatura con una fórmula como la de Menem-Duhalde, capaz de conjurar viejos fantasmas nacionalistas y populistas caros a la derecha.

Pero, de algún modo, radicales y peronistas están subidos al mismo barco. Juntos deben hacerse cargo de los requerimientos de las masas populares, responsabilizarse de la desesperanza generalizada, y poner algún límite a las ambiciones de las Instituciones corporativas, la militar y la eclesiástica. Semejante comunidad en el infortunio puede llegar a garantizar la unidad de radicales y peronistas renovadores en el proyecto tecnoburocrático de fondo. Más allá de resultado electoral desfavorable para el gobierno de Alfonsín, es posible que el proyecto modernizador de Parque Norte haya dado un paso adelante en vez de retroceder. En el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, el peronismo renovador deberá pagar el costo de la administración de la crisis, ¿cómo hará Cafiero para no verse comprometido por ello? Siempre dentro de la lógica de descarte que rige la política argentina, es posible que el desgaste que la función de gobierno produzca en la imagen de Cafiero, acabe beneficiando al radicalismo que se adelanta a ofrecer una fórmula de centro derecha manifiesta. Cualquiera sea el reparto de los roles en esta comedia electoral, lo cierto es que el acuerdo interburocrático, al menos entre radicales y peronistas, sigue adelante. Pero una cuestión, la fundamental, sigue sin respuesta: ¿Será capaz, esta salida burocrática, de resolver la crisis de hegemonía por la que atraviesa nuestro país desde hace muchos años? Y algo más: ¿Es posible resolver una crisis de estas características sin superar las causas estructurales, económicas y sociales, que la determinan?

Si bien es cierto que la crisis de hegemonía se presenta como una crisis política, de dirección, no es menos cierto que en su conjunto se trata de una crisis *orgánica*. El proyecto tecnoburocrático propone una “salida” estrictamente política a la crisis estructural, y por eso, cualquiera sea la coherencia interna de sus “modelos de país”, cede la configuración del país real, en los hechos, a las tendencias inerciales de la crisis capitalista regulada en lo posible por los intereses decisivos del gran capital financiero transnacional. En definitiva, la Argentina del futuro será la resultante de fuerzas que las burocracias dependientes no pueden controlar. En medio de los rituales burocráticos, de las ceremonias militares, de las ordalías organizadas por los medios de comunicación de masas, ¿dónde están las contradicciones reales, esas que mueven los procesos desde abajo?

IV. ¿Y el espejo de Perseo? (las izquierdas).

A los flancos del centro electoral mayoritario se ubican una derecha que crece y una izquierda estancada. En su interior, únicamente el MAS (y en menor medida el PO) muestra un incremento importante de votos. El FRAL conserva el caudal electoral tradicional del Partido Comunista y el PI da muestras evidentes de desintegración. Este panorama hace pensar en un desplazamiento generalizado del electorado hacia la derecha del espectro político, movimiento que podría ser un síntoma del estado de conciencia de las masas. Pero, a su vez, la persistencia de una franja de izquierda está señalando la existencia de un espacio político propio que las distintas opciones orgánicas no llegan a abarcar y que unificadas podrían ampliar.

Ese es el móvil fundamental de la convocatoria del PC a formar un amplio frente electoral de izquierdas. Su propuesta se basa en reivindicaciones comunes dentro del marco de un proyecto de liberación, pero no llega a definirlos⁵. Quizás para facilitar la más amplia integración posible, la iniciativa es todavía demasiado genérica y está lejos de sustentar un plan político efectivo. Se espera que esas precisiones surjan del necesario debate, para lo cual es más imprescindible que nunca la formación de un ámbito de izquierdas. Promoverlo es la virtud fundamental de la convocatoria del PC, aparte de la propuesta de un frente electoral con un definido perfil de izquierda recoge y expresa una necesidad sentida por la franja. Pero ¿de qué manera darle forma política a esta unidad, en principio sumamente heterogénea? ¿Cuáles son las condiciones políticas e ideológicas dentro de las cuales se realiza la confluencia? ¿Qué tendencias concurrirán a ella? Y finalmente: ¿Cuál es la herramienta decisiva para lograr una unificación militante, verdaderamente orgánica, que no se agote en la mesa de discusión ni en la formulación de programas sin implementación práctica?

Las condiciones objetivas y subjetivas en que la unidad de las izquierdas se plantea, en el presente, están determinadas por la crisis teórico-política del marxismo. Se trata de un debate abierto en la década de los años 60, que la Revolución Cubana planteó en la práctica y la Revolución Cultural china llevó al paroxismo sin saldar. La teoría revolucionaria sigue atrasada respecto, tanto de los procesos de reforma emprendidos por los estados socialistas, como de los movimientos de liberación nacional y social que se producen en la periferia. A lo largo de los últimos treinta años se han ido sucediendo procesos revolucionarios de nuevo tipo, sobre todo en América Latina pero no sólo en ella, que no han sido integrados a una visión global de la revolución ni pueden comprenderse

plenamente con las categorías de análisis tradicionales del materialismo histórico. La ausencia de ámbitos internacionales de intercambio y debate significa un obstáculo para lograr que la teoría se desarrolle al ritmo de la práctica de los pueblos. En el presente esta práctica desborda, por todos lados, los marcos teóricos que incluso sirve a sus propios protagonistas para interpretar su acción. Una cuestión tan fundamental como las nuevas configuraciones del proletariado en los países centrales (capitalistas y socialistas), las articulaciones inéditas entre las clases dentro del movimiento de masas y respecto del Estado concentrado y ampliado, es el eje de una constelación de temas de importancia política actual (la relación entre proceso revolucionario y construcción del socialismo, el vínculo entre vanguardias y masas en el seno de organizaciones de nuevo tipo, la articulación entre hegemonía revolucionaria y democracia). Sin avanzar en la formulación y el análisis permanente de estos problemas eminentemente prácticos, se corre el riesgo de reducir la riqueza de procesos tan complejos como el de la Revolución Centroamericana a esquemas abstratos, y trasladarlos mecánicamente a realidades diferentes. Esto último puede servir a la propaganda pero en la práctica lleva a resultados nefastos. Identificamos perfectamente a la vanguardia latinoamericana, pero estamos lejos del juego de fuerzas que impulsan esos movimientos y los conflictos que deben resolver.

En cuanto a los referentes orgánicos de la izquierda argentina, es preciso reconocer que su inserción en el movimiento obrero y en el campo popular es sumamente débil. Su base de apoyo fundamental sigue estando en la pequeña burguesía, con prolongaciones crecientes en sectores marginales. No contamos con un panorama histórico de la izquierda argentina, tanto en términos de organización como de campo más amplio, pero sin duda los vínculos entre el movimiento socialista y las masas han sido fluctuantes, con avances y retrocesos según las fases de la lucha de clases. Desde mediados de los años 60 surgió una "nueva izquierda" junto a las corrientes tradicionales de la izquierda argentina (socialistas, comunistas, trotskistas). Esa nueva izquierda abarcó una franja que iba desde el peronismo al marxismo, se definió por el socialismo revolucionario bajo diversas formas políticas, trató de asimilar los aportes de la Revolución Cubana y de la Revolución China, y fue la más dinámica en la fase de ascenso de masas (entre 1969 y 1975). El balance político de esa experiencia vivida por organizaciones y también por avanzadas sociales, está aún por hacerse (al menos desde una perspectiva revolucionaria). ¿No es fundamental para avanzar, incorporar ese pedazo de nuestra historia al debate actual? ¿El análisis crítico de aquella experiencia no permitirá superar los errores y asimilar los aciertos que siguen vigentes? Fue una experiencia vi-

vida por sectores de masas importantes y una derrota que ellos compartieron y sigue pesando sobre el movimiento social.⁶

Hoy aquella nueva izquierda del 69 no existe, como tal, orgánicamente. Su lugar es cubierto por partidos que provienen de las tendencias tradicionales de la izquierda, quizás con la única excepción del PI que, inicialmente, pareció reasumir genéricamente los objetivos antimperialistas y socialistas de los movimientos del 69, pero que ya ha abandonado totalmente esa perspectiva para incorporarse de lleno al proyecto tecnoburocrático. Hoy la iniciativa, el poder de convocatoria, pertenece en lo fundamental a formaciones políticas provenientes de tendencias históricas dentro del marxismo, pero que no ocuparon un puesto de vanguardia en el proceso de alza de masas último. A ellos corresponde la formación de un ámbito de discusión y de militancia, lo suficientemente amplio como para abarcar las experiencias revolucionarias de nuestro pasado próximo y del presente latinoamericano, superando la tendencia a descartar la consideración de cuestiones comúnmente fetichizadas con el mote de ultraizquierdismo, infantilismo, militarismo, etc. Aquella izquierda elegida para el exterminio se planteó la transformación revolucionaria como una cuestión *práctica*, actual, y avanzó en el análisis de la crisis del sistema; llegó a insertarse en las avanzadas obreras y populares movilizadas; participó e impulsó experiencias de organización y de lucha nuevas (SITRAC-SITRAM, sindicalismo combativo, coordinadoras, Villa Constitución), y empezó a superar en los hechos la falsa dicotomía entre peronismo y antiperonismo que, por largos años, aisló a la izquierda del movimiento obrero y popular. Aquella *franja* fue el emergente de una necesidad de las bases de la sociedad, y no sólo el producto más o menos delirante del voluntarismo pequeñoburgués. La memoria de aquellas experiencias concurre a la unidad de las izquierdas junto con los referentes orgánicos del presente.

Muchos de estos temas cruciales se plantean en el debate interno de la fuerza orgánica decisiva en la izquierda: el Partido Comunista. Las Resoluciones de su XVI Congreso recogen propuestas y objetivos de la izquierda revolucionaria del 69: el carácter socialista de la revolución, la formación de un amplio frente de masas para la liberación social y nacional, el papel de vanguardia que en ese frente corresponde a la clase obrera, la crisis capitalista y su doble salida (revolución o restauración), la necesidad de construir una vanguardia política orgánica con múltiples centros, el ejercicio de la crítica y de la autocrítica... Aunque estas cuestiones todavía aparecen formuladas de manera general, sin determinaciones ni mediaciones concretas, su reconocimiento supone un paso adelante importante. Pero sólo su profundización crítica, y sobre todo, el desarrollo

de una autocrítica de la concepción tradicional del Partido Comunista Argentino que necesita llegar hasta el fondo, y eso a un costo interno seguramente elevadísimo, podrá permitir que los principios se conviertan en política concreta⁷ El Partido Comunista enfrenta una disyuntiva de bronce: o se reduce definitivamente a un aparato burocrático engendrador de frentes electorales meramente coyunturales y sin proyección política revolucionaria, o se constituye en un destacamento de vanguardia activa con una línea política de dimensión estratégica. Ya no queda espacio para proseguir una política entre populista y reformista sin referente real en la sociedad argentina.

Pensamos que el proceso de debate interno del PC tendrá efectos decisivos sobre la unidad de izquierdas convocada. El único medio para que esa unidad no se convierta en una mesa de acuerdo entre figuras prestigiosas, pero sin organización ni militancia, carentes de una proyección concreta en el movimiento de masas, es que los partidos de izquierda participantes se pongan a la vanguardia del proceso. Ellos, y sobre todo el PC que ha tenido la iniciativa, cargan con la responsabilidad de formar ámbitos de discusión y de práctica comunes. Si el frente inicialmente electoral no forma parte de una política mucho más amplia, de capitalización y construcción de un frente estratégico de liberación, acabará reduciéndose a una sigla más y pasará sin dejar rastros. Pero una unidad meramente coyuntural tampoco está en condiciones de ofrecer una alternativa satisfactoria al electorado de izquierda potencial, que hoy espera propuestas definidas y perspectivas claras. Un rejunte de personalidades reconocidas individualmente, con un programa que refrite las reivindicaciones espontáneas sin incluirlas dentro de un análisis profundo de la crisis nacional y sus derivaciones inevitables y posibles, no responderá a las expectativas del campo popular y, en consecuencia, será incapaz de disputarle al centro aquellos sectores con posiciones de izquierda. La eficacia electoral es inseparable de la eficiencia estratégica; separarlas, y aún oponerlas, obtiene el resultado del oportunismo dentro de la izquierda revolucionaria: llevar a lo contrario que aquello que se quiere lograr.

V. El delirio y su antídoto.

Pero el eje fundamental del debate de las izquierdas pasa por la situación real del movimiento obrero y de las masas populares. Eso no puede ser olvidado o descartado en función de un alza inminente que posiblemente no llegue. Un análisis profundo de las condiciones de vida de las masas, de sus actuales necesidades y expectativas, hará posible definir un qué hacer en común. Allí mismo, en el seno del campo popular, tenemos

que dar un combate cuerpo a cuerpo contra los efectos desquiciantes de la crisis y del terror sistemático. La degradación económica acarrea un descenso generalizado de los niveles de conciencia y de organización; la desocupación, la miseria, la explotación redoblada impulsan una competencia salvaje entre los trabajadores fuera y dentro de las fábricas, siembra la desconfianza entre ellos y precipita la dispersión. El grito de *¡Sálvese quien pueda!* recorre la sociedad argentina de arriba a abajo, ningún sector por sumergido que se encuentre, se salva de su influjo. Tampoco hay que minimizar la importancia de los cambios operados en la organización capitalista del trabajo. La selección de una futura elite de operarios de alta capacitación, con remuneraciones muy superiores al promedio de la clase, colabora con la fractura horizontal del movimiento obrero entre una capa de privilegiados sumamente reducida, y una masa atomizada y sumergida de mano de obra sin calificación. La polarización social que el modelo modernizador tiende a acentuar, también se produce en el interior de las clases trabajadoras.

Todo esto ha sido aprovechado y profundizado por el Terror, que dejó marcas indelebles en la conciencia colectiva. La importancia ante la falta de organización y de alternativas, la clausura del horizonte histórico para clases enteras, el legítimo resentimiento de millones de hombres condenados por la crisis y la reconfiguración a desaparecer de la historia, esa nociva mezcla de odio y de temor que la situación difunde por todas partes, han sido tradicionalmente el caldo de cultivo de las aventuras de la derecha. Su crecimiento ante el fracaso del proyecto burocrático, es un peligro que no debe descartarse y contra el cual conviene estar preparado. El gran impulsor de los procesos de fascistización de masas siempre ha sido la guerra, y ella está a la orden del día en nuestro país. La guerra fue la plataforma del Terror de Estado: la dictadura del Proceso no sólo implantó la guerra en el interior de las fronteras nacionales, sino que la llevó al exterior en un intento por desembarazarse de las contradicciones que no podía resolver. Desde entonces la Argentina cambió profundamente, dejó de ser el país de la paz perpetua que era para los inmigrantes europeos y que la oligarquía propagandizaba, para situarse en uno de los focos internacionales de conflicto. Ahora atraviesan al país las coordenadas de múltiples contradicciones, como lo revela el problema de Las Malvinas. El Terror de Estado responde a la lógica de la guerra, y la guerra legitima profesionalmente a los militares para hacer política.

Todo esto debe hacernos reflexionar acerca de los peligros de dejarse arrastrar a un acuartelamiento de masas, tras el espejismo del nacionalismo conservador y clerical. En nombre de una reivindicación territorial, por legítima jurídicamente que ella sea, puede hacerse el juego al deli-

rio de un Rico y colaborar con los que pretenden desviar la atención de la crisis nacional. No hay que olvidar que únicamente el pueblo está verdaderamente interesado en la liberación nacional, que ésta es inseparable del socialismo, y en definitiva, que sólo luchando por su propia liberación será capaz de enfrentar al dominio imperialista en otras regiones y otros pueblos.

NOTAS

¹ Bobbio, Norberto, *¿Teoría del estado o teoría del partido?*. En: Discutir el Estado, Folios Ediciones, México, 1982, pp. 82.

² Vernier, France, *¿Es posible una ciencia de la literatura?*. Akal Editor, Madrid, 1975, pp. 30.

³ Por ejemplo, las áreas de explotación y de exploración cedidas por YPF. Cfr. Julián Lemoine, *Argentina: la hora del saqueo*. En Fin de Siglo, Marzo 1988.

⁴ El reconocimiento de la "trascendencia", que unificó posiciones en Embalse (Córdoba 1988), y la indefinición acerca del papel del Estado en la educación, son índices de un conflicto no resuelto entre los aparatos y la institución eclesiástica, conflicto en el cual ésta última demuestra haber recuperado gran parte del terreno perdido en el período anterior al terror de Estado.

⁵ *¿Qué pasa?*, 25 de febrero de 1988.

⁶ En ese período, vivido tan intensamente por las masas populares como por sus avanzadas de entonces, hay un pedazo de la historia de las clases subalternas que la memoria oficial desvirtúa y olvida. Allí permanece algo del sentido de una historia necesariamente "disgregada y discontinua" por la intervención de la ideología dominante. "La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica. Es indudable que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación aunque sólo sea en planes provisorios, pero esa tendencia es interrumpida continuamente por la iniciativa de los grupos dominantes, y por lo tanto sólo puede ser demostrada para ciclos históricos completos, si concluyen con un triunfo. Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, aún cuando se rebelan y sublevar: sólo la victoria "permanente" quiebra, y no inmediatamente, la subordinación. En realidad, aún cuando parecen triunfar, los grupos subalternos sólo están en estado de defensa alarmada (esta verdad se puede demostrar con la historia de la Revolución Francesa hasta 1830 por lo menos). Cualquier vestigio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos debería por lo tanto ser inestimable para el historiador integral; de ahí se deduce que una historia de este tipo no puede ser tratada más que por monografías y que cada monografía exige un gran cúmulo de materiales a menudo difíciles de recoger" (Antonio Gramsci, *Apuntes sobre la historia de las clases subalternas*. En: El Risorgimento. Juan Pablo Editor, México, 1980, pp. 249/251). Encontrar la razón de esa discontinuidad, revelar lo que sigue presente en esa ausencia, ¿no es una tarea fundamental para la izquierda?

⁷ Ideología y Política. Noviembre/Diciembre de 1987.

LAS ANTINOMIAS DE ANTONIO GRAMSCI*

Perry Anderson

III

LA COMPARACION ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

Ahora ya podemos retomar la famosa comparación entre Oriente y Occidente contenida en los *Cuadernos de la cárcel* con la que comenzamos. Gramsci definió el contraste entre los dos en función de la posición relativa ocupada por el Estado y la sociedad civil en cada uno de ellos. En Rusia, el Estado lo era “todo:”, mientras que la sociedad civil era “primitiva y gelatinosa”. En Europa occidental, por el contrario, el Estado era meramente una “trinchera avanzada”, mientras que la sociedad civil era “una robusta cadena de fortalezas y casamatas” cuyas complejas estructuras podían resistir a las sísmicas crisis políticas o económicas del Estado. Estos textos de Gramsci, en los que trata de captar las diferencias estratégicas entre Rusia y Occidente en una revolución socialista, lo colocan aparte de sus contemporáneos. Inmediatamente después de la revolución de octubre, hubo muchos socialistas en Europa central y occidental que sintieron intuitivamente que las condiciones locales en las que tenían que luchar estaban lejos de ser como las que se habían obtenido en Rusia y así lo manifestaron desde el principio⁹⁵. Pero ninguno proporcionó un análisis coherente o una explicación seria de la fatal divergencia en la experiencia histórica de la clase obrera europea de la época. Hacia finales de los veinte, el problema del contraste entre Rusia y Occidente había desaparecido efectivamente del debate marxista. Con la stalinización de la Comintern y la institucionalización de lo que se pre-

* La primera parte de este artículo fue publicada en el número anterior.

sentó como un leninismo oficial en su seno, el ejemplo de la URSS se convirtió en el paradigma preceptivo e incuestionable en todos los asuntos de la teoría y práctica revolucionarias para los militantes en Europa. Gramsci fue un caso único entre los comunistas al persistir, en el nadir de las derrotas de los treintas, en su opinión de que la experiencia rusa no podía simplemente repetirse en Occidente e intentar entender por qué. Ningún otro pensador en el movimiento de la clase obrera europea ha abordado hasta hoy tan profunda o centralmente el problema de la especificidad de una revolución socialista en Occidente.

Pero, a pesar de toda la intensidad y originalidad de su investigación, Gramsci nunca logró finalmente llegar a una explicación marxista adecuada de la distinción entre Oriente y Occidente. La imagen cardinal misma dio muestras a fin de cuentas de no ser más que una celada. Porque una simple oposición geográfica incluye por definición una equiparabilidad no problemática de los dos términos. No obstante, trasladada a las formaciones sociales, implica algo que no se puede dar nunca por consabido: que hay una franca comparabilidad *histórica* entre ellos. O sea, los términos Oriente y Occidente parten del supuesto de que las formaciones sociales en cada uno de los lados de la línea divisoria existen en *la misma temporalidad* y pueden interpretarse por lo tanto uno contra otro como variaciones de una categoría común. Este franco presupuesto es el que yace tras los textos centrales de los *Cuadernos* de Gramsci. Todo su *contraste* entre Rusia y Europa occidental gira sobre la diferencia en la relación entre Estado y sociedad civil en las dos zonas: su premisa incuestionada es que el Estado es el mismo *tipo de objeto* incuestionado en los dos. Pero esta suposición “natural” era precisamente lo que tenía que cuestionarse.

Porque, de hecho, no había una unidad inicial para fundamentar una simple distinción entre Oriente y Occidente como la que Gramsci buscaba. En su naturaleza y estructura, el zarismo de Nicolás II era específicamente una variante “oriental” de un Estado *feudal*, cuyas contrapartidas casi occidentales —las monarquías absolutas de Francia o Inglaterra, España o Suecia— habían muerto hacía siglos.⁹⁶ Es decir, la comparación constante entre los Estados ruso y occidentales era un *paralogismo*, a no ser que se especificase el tiempo histórico diferencial de cada uno. La comprensión previa del desarrollo desigual del feudalismo europeo era pues un preámbulo necesario para una definición marxista del Estado zarista que había sido destruido finalmente por la primera revolución socialista. Sólo esto podía producir el *concepto teórico* de Absolutismo que sería el que permitiría que los militantes socialistas vieran el enorme abismo que se tendía entre la autocracia

rusa y los Estados capitalistas con los que se enfrentaban en Occidente (y cuyo concepto teórico tenía que construirse *por separado*).

El poder burgués en Occidente

El Estado representativo que había ido surgiendo gradualmente en Europa occidental, Norteamérica y Japón, después de la compleja cadena de revoluciones burguesas cuyos episodios finales databan sólo de finales del siglo XIX, era todavía un objeto político bastante desconocido para los marxistas cuando tuvo lugar la revolución bolchevique. En los primeros años de la III Internacional, la luz de octubre cegó a muchos revolucionarios fuera de Rusia impidiéndoles por completo ver la naturaleza de su enemigo nacional. Aquellos que siguieron siendo lúcidos trataron inicialmente de adaptarse a sus realidades nativas, sin retirar su fidelidad a la causa de la revolución rusa, evocando la diferencia entre Oriente y Occidente. Pero pronto desistieron. Sólo Gramsci, aislado de la Comintern, tomó de nuevo ese camino y lo continuó con un valor incomparable en la cárcel. Pero en la medida en que partió del supuesto de la simultaneidad de sus términos, el acertijo de la diferencia quedó en último término sin respuesta. El fracaso en producir un análisis científico comparativo de los respectivos tipos de Estado y estructuras de poder en Rusia y en Occidente no fue de ningún modo peculiar a Gramsci. Del otro lado de la línea divisoria continental, ningún líder bolchevique consiguió tampoco una teoría coherente de lo mismo. El verdadero contraste entre el Estado zarista y los occidentales eludía a cada uno de ellos desde polos opuestos. Así pues, Lenin nunca erró sobre el carácter de clase del zarismo: él siempre insistió expresamente, en contra de sus opositores mencheviques, que el Absolutismo ruso era una maquinaria estatal feudal.⁹⁷ Pero él tampoco contrapuso nunca adecuada o sistemáticamente los Estados parlamentarios de Occidente al Estado autocrático en el Oriente. En ninguna parte de sus escritos hay una teoría directa de la democracia burguesa. Gramsci, por otro lado, era intensamente consciente de la novedad del Estado capitalista en Occidente en tanto objeto del análisis marxista y adversario de la estrategia marxista, y también de la integridad de las instituciones representativas en su funcionamiento normal. Nunca percibió sin embargo que el Absolutismo en Rusia, con el que lo contrapuso, era un Estado feudal, un edificio político, en suma, de un orden diferente. En esta tierra de nadie entre el pensamiento de los dos, el socialismo revolucionario perdió una encrucijada teórica vital para su futuro en Europa.

En el caso de Gramsci, su incapacidad para captar esta disyuntiva histórica, ocultada por la forma geográfica de su unidad-distinción, tuvo efectos concretos en su teoría sobre el poder burgués en Occidente. Como hemos visto, Gramsci tuvo constantemente en mente el carácter gemelo de este poder, pero nunca consiguió darle una formulación estable. Por lo tanto, sus pasajes sobre la distinción entre Oriente y Occidente todos sufren de la misma falla; su lógica última consiste siempre en tender a regresar al esquema simple de una oposición entre “hegemonía” (anuencia) en Occidente y “dictadura” (coerción) en Oriente, o sea, parlamentarismo *versus* zarismo. En la Rusia zarista, “no había libertad política ni tampoco libertad religiosa”,⁹⁸ dentro de un Estado que no dejaba autonomía a la sociedad civil. En la Francia republicana, por el contrario, “el régimen parlamentario” realiza “la hegemonía permanente de la clase urbana sobre toda la población” mediante un “gobierno fundado en el consenso permanentemente organizado”, en el que la “organización del consenso es dejada a la iniciativa privada, siendo por lo tanto de carácter moral o ético, en cuanto consenso dado ‘voluntariamente’ de una u otra manera”.⁹⁹

La debilidad de la contraposición de Gramsci no consiste tanto en su sobreestimación de las pretensiones ideológicas del Estado zarista dentro de la formación social rusa, que ciertamente eran mucho más amplia que las de cualquier Estado contemporáneo occidental, aunque no tan absolutas como cree Gramsci cuando a ese Estado le atribuye el mando sobre “todo”; sino en su subestimación de la especificidad y estabilidad de la maquinaria represiva del ejército y la policía y su relación funcional con el aparato representativo del sufragio y el parlamento dentro del Estado occidental.

La formulación de Bordiga

Extrañamente, en la atormentada década de los veinte, no fue Gramsci sino su camarada y antagonista Amadeo Bordiga el que iba a formular la verdadera naturaleza de la distinción entre Oriente y Occidente, aunque nunca la teorizó y veritó en una práctica política convincente. En el fatal VI Pleno del comité ejecutivo de la Internacional Comunista, en febrero-marzo de 1926, Bordiga —para entonces aislado y sospechoso dentro de su mismo partido— enfrentó a Stalin y Bujarin por última vez. En un discurso notable ante el Pleno, dijo:

Sólo tenemos un partido en la Internacional que haya logrado la victoria revolucionaria, el partido bolchevique. Ellos dicen que nosotros deberíamos por lo tanto tomar el camino que ha conducido al partido

ruso al éxito. Esto es totalmente cierto pero sigue siendo insuficiente. El hecho es que el partido ruso luchó en condiciones especiales, en un país en el que todavía no se había llevado a cabo la revolución burguesa-liberal y la aristocracia feudal todavía no había sido derrotada por la burguesía capitalista. Entre la caída de la autocracia feudal y la toma de poder por la clase obrera hay un período de tiempo demasiado corto para que pueda hacerse alguna comparación con el desarrollo que el proletariado tiene que llevar a cabo en otros países. Pues no hubo tiempo para construir un aparato burgués sobre las ruinas del aparato feudal zarista. El desarrollo ruso no nos proporciona una experiencia de cómo el proletariado puede derrocar un Estado capitalista liberal-parlamentario que ha existido durante muchos años y que posee la capacidad de defenderse a sí mismo. Debemos saber, sin embargo, cómo atacar a un Estado moderno democrático-burgués que, por un lado, tiene sus propios medios para movilizar y corromper ideológicamente al proletariado y, por otro, puede defenderse en el terreno de la lucha armada con mayor eficacia que la autocracia zarista. Nunca ha surgido este problema en la historia del partido comunista ruso.¹⁰⁰

Aquí la oposición real entre Rusia y Occidente aparece claramente y sin ambigüedad: autocracia feudal contra democracia burguesa. La precisión de la declaración de Bordiga le permitió captar el carácter esencialmente gemelo del Estado capitalista: era *más fuerte* que el Estado zarista porque descansaba no sólo sobre el *consenso de las masas* sino también en un *aparato represivo superior*. Es decir, no es el mero "alcance" del Estado lo que define su ubicación en la estructura de poder (lo que Gramsci en otra parte denominó "Estatolatría"), sino también su *eficacia*. El aparato represivo de cualquier Estado capitalista moderno es inherentemente superior al del zarismo por dos razones. En primer lugar, porque las formaciones sociales occidentales están mucho más avanzadas industrialmente y esta tecnología se refleja en el aparato de violencia mismo. En segundo lugar, porque las masas le prestan típicamente su consenso a este Estado con la creencia de que ellas ejercen el gobierno sobre él. Posee por lo tanto una legitimidad popular de un carácter mucho más confiable para el ejercicio de esta represión que la que tuvo el zarismo en su decadencia, y esto se refleja en la mayor fidelidad y disciplina de sus tropas y policía jurídicamente los servidores no de un autócrata irresponsable sino de una asamblea electa. Las claves para el poder del Estado capitalista en Occidente se encuentran en esta superioridad conjunta.

IV

LA ESTRATEGIA DE LA GUERRA DE POSICION

Ahora podemos, en conclusión, revisar la doctrina estratégica de Gramsci, es decir, las perspectivas políticas que dedujo a partir de su análisis teórico sobre la naturaleza del régimen burgués en Occidente. ¿Cuáles eran las lecciones de la morfología de la hegemonía capitalista, cómo trató de reconstruirlas en la cárcel, para el movimiento de la clase obrera? ¿Cuál era el punto político decisivo del problema del Estado burgués para una estrategia occidental de la revolución proletaria? Gramsci, como teórico y como militante, nunca separó los dos. Su solución a la clave del éxito en Occidente fue, como ya hemos visto, una “guerra de posición” ¿Cuál era el verdadero significado y efecto de esta fórmula?

Para entender la teoría de la estrategia de Gramsci, es necesario volver a seguir la decisiva polémica original en el seno del movimiento obrero europeo para el que fue una respuesta escondida, ulterior. Con la victoria de la revolución rusa y el derrumbe de imperios Hohenzollern y Habsburgo en Europa central, los teóricos clave del comunismo alemán llegaron a creer, en los días posteriores a la primera guerra mundial, que la toma del poder por el proletariado estaba en el orden del día inmediato en todos los países imperialistas debido a que el mundo había entrado definitivamente en la época histórica de la revolución socialista. Esta creencia fue plena y enérgicamente expresada por Georg Lukács, entonces un miembro dirigente del partido comunista húngaro en el exilio, en sus escritos en la revista teórica *Kommunismus*, publicada en lengua alemana en Viena. Para Lukács, existía en aquel momento una “actualidad universal de la revolución proletaria”, determinada por la etapa general de desarrollo del capitalismo que estaba a partir de entonces en una crisis mortal.

Lo cual significa que la actualidad de la revolución proletaria no es ya únicamente un horizonte histórico mundial tendido por encima de la clase obrera que pugna por liberarse, sino que *la revolución se ha convertido en el problema crucial del movimiento obrero* [. . .] La actualidad de la revolución determina el tono fundamental de toda una época.¹⁰¹

Esta fusión —confusión— entre los conceptos teóricos de *época* histórica y *coyuntura* histórica permitió que Luckács y eminentes colegas en el KPD, como Thalheimer y Frohlich, ignorasen todo el problema de

las precondiciones concretas para una situación revolucionaria al afirmar en abstracto el carácter revolucionario del tiempo mismo. Partiendo de esta premisa, seguían argumentando en favor de una novedosa táctica práctica: la *Teilaktion* o acción armada “parcial” contra el Estado capitalista.

“Tailaktionen”

Dentro de las filas de la II Internacional, Bernstein y otros pensadores habían mantenido la posibilidad de mejoras “parciales” al capitalismo mediante reformas parlamentarias que conducirían eventualmente, a través de un proceso gradual de evolución, a la consecución pacífica del socialismo. La ilusión de que la *unidad* inherente del Estado capitalista podía irse dividiendo o ganando mediante medidas parciales sucesivas, transformando lentamente su carácter clasista. No obstante, ahora surgía una versión *aventurista* del mismo error fundamental en la III Internacional. En 1920-21, Thalheimer, Frohlich, Lukács y otros teorizaron “acciones parciales” putchistas planeadas como una serie en alcance aunque constantes en el tiempo. Según un texto de *Kommunismus*:

La característica principal del período actual de la revolución consiste en que estamos obligados a llevar a cabo batallas, incluso parciales, incluyendo las económicas, con los medios de la batalla final, sobre todo, “la insurrección armada”.¹⁰²

Así pues, se creó la famosa teoría de la “ofensiva revolucionaria”. Como la época era revolucionaria, la única estrategia correcta era la de ofensiva, que iba a ir ascendiendo en una serie de golpes armados repetidos contra el Estado capitalista. Estas acciones debían emprenderse aún cuando la clase obrera no estuviera en una disposición de ánimo inmediatamente revolucionaria: servirían precisamente para “despertar” al proletariado de su letargo reformista. Lukács presentó las justificaciones más sofisticadas a estas aventuras. Argüía que las acciones parciales no eran tanto “medidas organizativas mediante las cuales el partido comunista pudiera tomar el poder del Estado” cuanto “iniciativas autónomas y activas del KPD para superar la crisis ideológica y el letargo menchevique del proletariado y la pausa en el desarrollo revolucionario”.¹⁰³ Para Lukacs, las razones de las *Teilaktionen* no eran pues sus metas objetivas sino su impacto subjetivo en la conciencia de la clase obrera.

Si el desarrollo revolucionario no quiere correr el riesgo del estancamiento, debe encontrarse otra salida: la acción del KPD en una ofensiva. Una ofensiva significa: la acción independiente del partido en el momento correcto con la consigna correcta, despertar a las masas proletarias de su inercia, arrancarlas de su dirección menchevique mediante la acción (es decir, organizativamente y no sólo ideológicamente) y mediante eso cortar el nudo de la crisis ideológica del proletariado con la espada de los hechos.¹⁰⁴

El destino de estos pronunciamientos lo decidió rápidamente la lección de los acontecimientos mismos. El error radical en la comprensión de la unidad integral del poder del Estado capitalista y el carácter necesariamente de todo o nada de cualquier insurrección contra él, condujo naturalmente al desastre en Alemania central. En marzo de 1921, el KPD lanzó su ofensiva más ostentosa contra el gobierno del Estado prusiano, cayendo en la trampa de un levantamiento mal preparado contra la ocupación policiaca preventiva de la zona Mansfeld-Merseburg. Ante la ausencia de una resistencia espontánea de la clase obrera, el KPD recurrió desesperadamente a acciones dinamiteras destinadas a poner a prueba los bombardeos de la policía; a esto siguieron tomas de fábricas y luchas en las calles; bandas de guerrilla errantes evadieron toda disciplina irrumpiendo anárquicamente en el campo. Durante una semana, se desencadenó una fuerte lucha en Alemania central entre los militantes del KPD y la policía y las unidades Reichswehr movilizadas para eliminarlos. El resultado fue el previsible. Aislada del resto del proletariado alemán, aturdida y desubicada por el carácter arbitrario de la acción, impotentemente sobrepasada en número por la concentración de las tropas de la Reichswehr en la región Mersebur-Halle, la vanguardia fue aplastada en esta confrontación con toda la potencia del ejército. La acción de marzo fue seguida de una drástica ola de represión. Fueron encarcelados unos 4000 militantes y el KPD recibió el golpe final en la Sajonia prusiana. No sólo nunca se alcanzó el objetivo del poder estatal sino que el impacto subjetivo en la clase obrera alemana y en el mismo KPD fue desastroso. Lejos de despertar al proletariado de su "letargo menchevique", la acción de marzo desmoralizó y desilusionó. La zona de vanguardia de las minas de Merseburg recayó en un desierto de negligencia apolítica. Peor aún, a partir de entonces, el KPD nunca volvió a ganarse del todo la confianza de amplios sectores del proletariado alemán. Su membrecía, que había alcanzado los 350.000 antes de la ofensiva de marzo, descendió verticalmente en unas cuantas semanas a la mitad inmediatamente después del desastre. En

la República de Weimar nunca volvió a alcanzar niveles comparables de fuerza.

El aventurismo del KPD en 1921 fue condenado por el III Congreso mundial de la Comintern. Lenin escribió una famosa carta al partido alemán en la que demolía sus justificaciones. Trotsky denunció apta y severísimamente toda teoría de la *Teilaktion*:

Una concepción puramente mecánica de la revolución proletaria —que procede únicamente del hecho de que la economía capitalista está en continua decadencia— ha llevado a ciertos grupos de camaradas a construir teorías que son esencialmente falsas: la falsa teoría de una minoría iniciada que mediante su heroísmo destroza “la muralla de pasividad universal” en el proletariado, la falsa teoría de ofensivas interrumpidas dirigidas por la vanguardia proletaria como “nuevo método” de lucha, la falsa teoría de las batallas parciales que se libran aplicando los métodos de la insurrección armada y así sucesivamente. El exponente más claro de esto es el periódico de Viena *Kommunismus*. Es absolutamente obvio que este tipo de teorías tácticas no tienen nada en común con el marxismo. Llevarlas a la práctica es hacer directamente el juego a los dirigentes político-militares de la burguesía y a su estrategia.¹⁰⁵

En el III Congreso mundial de la Internacional Comunista, Lenin y Trotsky juntos declararon resueltamente la guerra a la teoría de la *Teilaktion* y pese a la oposición alemana fue formalmente repudiada por la Comintern. •

La corrección de Gramsci

Frente a estos antecedentes, podemos ahora reconsiderar el postrer intento de Gramsci por definir la especificidad de una estrategia revolucionaria occidental como una “guerra de posición”. Porque el axioma de Gramsci, estaba concebido precisamente para representar la *corrección* política que él creía necesaria después del fracaso de la acción de marzo, considerada por él como la expresión de una “guerra de maniobra”. La fecha con la que se refiere a las dos es exacta e inequívoca: “En la época actual, la guerra de movimiento se ha desarrollado políticamente desde marzo de 1917 hasta marzo de 1921 y es seguida por una guerra de posición”.¹⁰⁶ Como se recordará, el contraste entre la guerra de maniobra y la guerra de posición lo derivó, por analogía, de la primera guerra mundial. Mientras que en Rusia —escribió Gramsci— la revo-

lución pudo hacer salidas rápidas y móviles contra el Estado y derrocarlo a gran velocidad, en el Occidente industrializado estas tácticas insurreccionistas conducirían a la derrota, como había sucedido con la campaña del ejército zarista en Galitzia.

Me parece que Ilitch había comprendido que era necesario un cambio de la guerra maniobrada, aplicada victoriosamente en Oriente en 1917, a la guerra de posición que era la única posible en Occidente donde, como observa Krasnov, en breve lapso los ejércitos podían acumular interminables cantidades de municiones, donde los cuadros sociales eran de por sí capaces de transformarse en trincheras muy provistas. Y me parece que éste es el significado de la fórmula del “frente único”.¹⁰⁷

La explícita equiparación de Gramsci de “frente único” con “guerra de posición”, que podía parecer desconcertante de otro modo, es ahora inmediatamente clara. Porque el Frente Unico fue precisamente la línea política adoptada por la Comintern después de que el III Congreso mundial había condenado la “teoría de la ofensiva” defendida por el KPD, una guerra de maniobra. El objetivo estratégico del Frente Unico era *ganarse a las masas* en Occidente para el marxismo revolucionario mediante la organización paciente y la agitación hábil por mantener la unidad de la clase obrera en la acción. Lenin, quien acuñó el lema “A las masas” con el que se clausuró el Congreso de la Comintern en 1921, puso expresamente de relieve su importancia para una estrategia *diferencial* adaptada a los países de Europa occidental en contraposición con Rusia. En el discurso de respuesta a Terracini —el representante del propio partido de Gramsci, el PCI— el 10. de julio dedicó su alocución precisamente a este tema.

Triunfamos en Rusia porque tuvimos de nuestro lado no sólo a la mayoría indiscutible de la clase obrera (durante las elecciones de 1977 la aplastante mayoría de los obreros estaba con nosotros en contra de los mencheviques), sino también porque, inmediatamente después de haber conquistado el poder, la mitad del ejército y las nueve décimas partes de los campesinos, en el curso de algunas semanas, se convirtieron en partidarios nuestros: triunfamos porque adoptamos el programa agrario de los eseristas, no el nuestro, y lo pusimos en práctica. Nuestra victoria se debió a que llevamos a cabo el programa eserista; por eso fue tan fácil la victoria. ¿Es acaso posible que ustedes, en Occidente, puedan hacerse semejantes ilusiones? ¡Es ridículo!

¡Comparen las condiciones económicas concretas! [. . .] En Rusia éramos un partido pequeño, pero, además estaba con nosotros la mayoría de los soviets de diputados obreros y campesinos de todo el país (*Voces*: “Es cierto”). ¿Tienen ustedes algo parecido? De nuestro lado estaba casi la mitad del ejército, que tenía entonces, por lo menos, 10 millones de hombres. ¿Los sigue realmente la mayoría del ejército? ¡Muéstrenme tal país! [. . .] Indíquenme un solo país de Europa donde puedan atraer a la mayoría del campesinado en unas pocas semanas. ¿Acaso en Italia? (*Risas*).¹⁰⁸

Lenin prosiguió acentuando la absoluta necesidad de ganarse a las masas en Occidente antes de que cualquier intento de alcanzar el poder pudiera tener éxito. Esto no siempre implicaba necesariamente la creación de un vasto partido político: significaba que la revolución sólo podía hacerse *con y por* las masas a las que su vanguardia tenía que *convencer* de este objetivo en una fase preparatoria sumamente ardua de la lucha.

De ningún modo niego que una revolución pueda ser iniciada por un partido muy pequeño y conducida hasta un final victorioso. Pero para ganarse a las masas debemos conocer los métodos [. . .] No siempre es necesaria la mayoría absoluta; pero lo que es necesario para triunfar, para retener el poder, es no sólo la mayoría de la clase obrera —empleo aquí la expresión “clase obrera” en el sentido que se le da en Europa occidental, es decir, en el sentido de proletariado industrial—, sino también la mayoría de la población trabajadora y explotada rural. ¿Han pensado ustedes en esto?¹⁰⁹

Gramsci estaba pues en lo cierto al pensar que Lenin había formulado las políticas del Frente Unico en 1921 para responder a los problemas específicos de la estrategia revolucionaria en Europa occidental. En aquel momento, por supuesto, el mismo Gramsci —junto con casi todos los dirigentes del PCI— había *rechazado* obstinadamente el Frente Unico en Italia y con eso había facilitado materialmente la victoria del fascismo, que pudo así triunfar sobre una clase obrera radicalmente dividida. Desde 1921 hasta 1924, los años en que la Comintern trató seriamente de asegurar la implementación de las tácticas del Frente Unico con los maximalistas del PSI en Italia, tanto Bordiga como Gramsci rechazaron la línea de la Internacional y se resistieron a ella. Para cuando Gramsci había asumido el liderazgo del partido en 1924 y había reanimado una política de fidelidad a la Internacional, el fascismo ya se había instalado y la Comintern —ahora con carácter radicalmente distinto— había

abandonado en gran medida las tácticas del Frente Unico. Así pues, la insistencia de Gramsci en el concepto del “frente único” en sus *Cuadernos de la cárcel* en los treintas no representa una renovación de su pasado político sino que, por el contrario, marca una consciente ruptura retrospectiva con él.

Frente Unico versus III Período

Fue la situación *contemporánea* en la Internacional Comunista la que determinó esencialmente la naturaleza y dirección de los textos sobre estrategia escritos durante el encarcelamiento de Gramsci. En 1928, el famoso III Período de la Comintern había comenzado. Su premisa era la predicción de crisis inmediata y catastrófica del capitalismo mundial, aparentemente reivindicada poco después por la Gran Depresión. Sus axiomas abarcaban la identidad del fascismo con la socialdemocracia, la equivalencia de las dictaduras policiacas y las democracias burguesas, la necesidad de sindicatos independientes, el deber del combate físico contra los obreros recalcitrantes y los funcionarios sindicales. Fue la época del “socialfascismo”, los “sindicatos independientes” y la “toma de las calles”, cuando los socialdemócratas de izquierda fueron declarados los peores enemigos de la clase obrera y la llegada de los nazis al poder fue recibida con antelación como una clarificación bienvenida de la lucha de clases. En estos años, la Internacional Comunista se lanzó a un delirio ultraizquierdista que hacía que los combatientes de la Acción de Marzo pareciesen responsables y comedidos en comparación. En Italia, en la cúspide del poder de Mussolini, el PCI en el exilio declaraba que se estaba ante una situación revolucionaria y que la dictadura del proletariado era el único objetivo inmediato permisible de la lucha. Los socialistas en el exilio común —tanto maximalistas como reformistas— eran denunciados como agentes del fascismo. Se enviaron cuadros al interior del país remesa tras remesa, sólo para que fueran arrestados y encarcelados por la policía secreta mientras que la propaganda oficial en el extranjero anunciaba sus éxitos.

Frente a esta carrera general hacia el desastre, en la que estaba implicado su propio partido, Gramsci rehusó sus posiciones oficiales y, en su búsqueda de otra línea estratégica, se remitió al Frente Unico. La razón es fácil de ver ahora: una década antes, éste había sido precisamente una respuesta a las aberraciones aventuristas que anticiparon —en una forma

menos extrema— las del III Período. Así pues, el Frente Unico había adquirido para Gramsci una nueva relevancia en la deplorable coyuntura de principios de los treinta. Puede decirse en verdad que la locura del III Período fue la que le ayudó en definitiva a entenderlo. Su hincapié en el Frente Unico en sus *Cuadernos de la cárcel* tiene pues un significado inequívoco. Es una negación de que las masas italianas hubieran abandonado las ilusiones socialdemócratas y democrático-burguesas, que estuvieran en una ebullición revolucionaria contra el fascismo o que pudieran ser despertadas inmediatamente y movilizadas para una dictadura del proletariado en Italia; y es también una insistencia en que estas mismas masas deben ser conquistadas para la lucha contra el fascismo o, en que la unidad de la clase obrera puede y debe lograrse mediante pactos de acción entre comunistas y socialdemócratas, y que la caída del fascismo no significaría automáticamente la victoria del socialismo debido a que siempre existiría la posibilidad de restaurar el parlamentarismo. El Frente Unico, en otras palabras, significaba la necesidad de un trabajo político-ideológico profundo y serio entre las masas, sin tacha de sectarismo, antes de que la toma de poder pudiera figurar en el orden del día.

Al mismo tiempo, la reorientación de la estrategia de Gramsci en prisión lo trasladó más allá de los imperativos coyunturales de la resistencia peninsular al fascismo. El horizonte espacial de su pensamiento político en esos años fue toda Europa occidental y no simplemente Italia. Del mismo modo que su referencia temporal fue toda la época de la posguerra a partir de 1921 y no meramente la oscuridad de principios de los treinta. Para transmitir el alcance del cambio en la perspectiva política que trató de teorizar, Gramsci construyó el precepto de la “guerra de posición”. Válida para toda una época y una zona entera de lucha socialista, la idea de una “guerra de posición” tuvo pues una resonancia mucho más amplia que la de la táctica del Frente Unico, defendida en otro tiempo por la Comintern. Pero fue en este delicado punto de transición, cuando el pensamiento de Gramsci aspiraba a una resolución estratégica superior, que cayó en peligro.

Kautsky y la “estrategia de desgaste”

Aunque desconocido para él, Gramsci tuvo un ilustre predecesor. Karl Kautsky, en una famosa polémica con Rosa Luxemburgo, había defendido en 1910 que la clase obrera alemana tenía que adoptar una *Ermatungstrategie*, una “estrategia de desgaste”, en su lucha contra la capital. Había contrapuesto explícitamente este concepto al que él denominaba una *Niederwerfungstrategie*, una “estrategia de derrocamiento”. No fue

Kautsky quien acuñó estos términos. Los tomó de la terminología de la principal polémica de aquel momento sobre historia militar debatida entre académicos y militares en la Alemania guillermina. El inventor de la antítesis entre *Ermattungstrategie* y *Niederwerfungstrategie* fue Hans Delbrück, el historiador militar más original de su época. Delbrück había presentado por primera vez su teoría sobre los dos tipos de guerra en 1881, en una conferencia inaugural en la universidad de Berlín en la que contrastó las campañas de Federico II y Napoleón, la primera como ejemplo de la prolongada estrategia de desgaste, característica de los *anciens régimes* europeos, y la segunda como prototipo de la estrategia rápida de derrocamiento inaugurada por los ejércitos populares de masas de la época moderna.¹¹⁰ Vehementemente impugnado en los círculos académicos prusianos, para quienes el relato que hacía Delbrück de las guerras de Federico II rayaba de ultraje, Delbrück desarrolló la teoría de las dos estrategias en una serie de escritos que culminaron en su monumental *Geschichte der Kriegshunst im Rahmen der Politischen Geschichte*, que abarcaba la evolución de la teoría y la práctica militares desde la antigüedad hasta el siglo XX.¹¹¹ Los volúmenes sucesivos de esta obra fueron estudiados acuciosamente en las filas del alto mando alemán y en las de la socialdemocracia alemana por igual. Schlieffen, jefe del estado mayor, confrontó meticulosamente sus ejercicios bélicos en contra de las categorías de Delbrück, optando finalmente por una estrategia de derrocamiento y no de desgaste en su plan contra Francia. En *Die Neue Zeit*, Mehring recomendó entusiastamente las historias de Delbrück a los lectores de la clase obrera en 1908 como “el trabajo más significativo producido en los escritos históricos de la Alemania burguesa en este nuevo siglo”.¹¹² En un nuevo ensayo sobre ellas de más de un centenar de páginas, Mehring se explayó sobre la perenne validez de la oposición existente entre desgaste y derrocamiento en el arte de la guerra. Terminó señalando agudamente que Delbrück había escrito un trabajo de “investigación científica en un campo en el que el movimiento moderno de los trabajadores tenía algo más que un interés meramente científico”.¹¹³

El siguiente paso fue dado por Kautsky cuando anexionó los conceptos militares de Delbrück —sin darles reconocimiento— a la polémica política sobre las perspectivas estratégicas de la lucha proletaria contra el capitalismo. La ocasión de su intervención era trascendental, porque fue para rebatir la demanda hecha por Rosa Luxemburgo de que se adoptaran las huelgas militantes de masas durante la campaña del SPD por la democratización del neofeudal sistema electoral prusiano. Kautsky contrapuso la necesidad de una “guerra de desgaste” más prudente del proletariado alemán contra su clase enemiga, sin los riesgos que implicaban las

huelgas de masas. La introducción de la teoría de las dos estrategias —desgaste y derrocamiento— fue, pues, el verdadero detonador de la escisión fatal en el seno del marxismo ortodoxo alemán antes de la primera guerra mundial.¹¹⁴

La similaridad formal de la oposición “estrategia de derrocamiento-estrategia de desgaste”, y “guerra de maniobra-guerra de posición” es pues sorprendente.¹¹⁵ Sin embargo, las analogías esenciales que hay entre los dos pares de conceptos, en los textos de Kautsky y de Gramsci, son todavía más desconcertantes. Porque para apoyar su argumento de la superioridad de una estrategia de desgaste sobre una estrategia de derrocamiento, Kautsky evocó *precisamente los mismos contrastes históricos y geográficos* que Gramsci en su discusión sobre la guerra de posición y la guerra de maniobra. La coincidencia es impresionante. Kautsky también señaló el predominio de una “estrategia de derrocamiento” (Gramsci: “guerra de maniobra”) desde 1789 hasta 1870 y su sustitución por una “estrategia de desgaste” (Gramsci: “guerra de posición”) a partir de la caída de la Comuna.

A través de una coincidencia de circunstancias propicias, durante los años de 1789-93, los revolucionarios en Francia lograron deteriorar el régimen dominante mediante un audaz ataque con unos cuantos golpes decisivos. Esta estrategia de derrocamiento era la única de que disponía entonces una clase revolucionaria en un Estado absolutista policiaco que excluía cualquier posibilidad de formar partidos o de que las masas populares ejercieran cualquier tipo de influencia constitucional sobre el gobierno. Una estrategia de desgaste hubiera fracasado por que el gobierno, enfrentado a opositores que querían unirse para organizar una resistencia duradera a él, siempre les hubiera cortado sus posibilidades de organización o coordinación. Esta estrategia de derrocamiento estaba todavía en pleno florecimiento cuando se fundó nuestro partido en Alemania. El éxito de Garibaldi en Italia y las deslumbrantes aunque perdidas luchas de la insurrección polaca fueron el antecedente inmediato de la agitación de Lassallé y de la fundación de la Internacional. La Comuna de París siguió poco después. Pero fue precisamente la Comuna la que mostró que los días de una táctica de derrocamiento ya habían pasado. Estaba adaptada a circunstancias políticas caracterizadas por una ciudad capital dominante y un sistema de comunicaciones inadecuado que imposibilitaba la concentración rápida de grandes números de tropas provenientes del campo; estaba adaptada también a un nivel de técnica en planeación de calles y equipo militar que adjudicaba un gran número de oportunidades a la lucha en la

calle. Entonces fue cuando se asentaron las bases para una nueva estrategia de la clase revolucionaria que Engels tan agudamente contrapuso finalmente a la vieja estrategia revolucionaria en su introducción a *La lucha de clases en Francia* y que puede muy bien designarse como una estrategia de desgaste. Esta estrategia nos ha ganado a partir de entonces los más brillantes éxitos y ha dotado al proletariado año tras año de una fuerza mayor colocándolo más que nunca en el centro de la política europea.¹¹⁶

El meollo de esta estrategia de desgaste consistía en sucesivas campañas electorales las cuales, como Kautsky esperanzadamente afirmaba, podían otorgar al SPD una mayoría numérica en el Reichstag al año siguiente. Al negar que las huelgas agresivas de masas pudieran tener relevancia en la coyuntura de aquel momento en Alemania, Kautsky pasó a anticipar la idea de una separación geopolítica entre Europa oriental y occidental. En la Rusia zarista, escribió Kautsky, no había sufragio universal, ni derechos legales de reunión, ni libertad de prensa. En 1905, el gobierno estaba aislado en el interior, el ejército derrotado en el extranjero y el campesinado sublevado en todo el vasto e incoordinado territorio nacional. En esas circunstancias, todavía era posible una estrategia de derrocamiento. El proletariado ruso, carente de los más elementales derechos políticos o económicos, podía lanzar una huelga general revolucionaria “amorfa y primitiva” dirigida indiferentemente contra el gobierno y los patronos.¹¹⁷ La tormenta de huelgas de masas que se estaba acumulando en Rusia subió pues espontáneamente en escalada hasta llegar a una pugna decisiva con el Estado. En su momento, la “política de violencia” llevada a cabo por la clase obrera rusa encontró su derrota definitiva. Pero su estrategia de derrocamiento era el producto natural del atraso histórico de la sociedad rusa.

“Las condiciones para una huelga en Europa occidental y especialmente en Alemania son, empero, muy diferentes a las existentes en la Rusia prerrevolucionaria y revolucionaria.”¹¹⁸ En Europa occidental, los obreros eran más numerosos y estaban mejor organizados, además de haber gozado de libertades cívicas durante mucho tiempo. Se enfrentaban también a un enemigo de clase más fuerte, provisto —sobre todo en Alemania— de un ejército y una burocracia disciplinados. El aparato del Estado prusiano era de hecho en aquel momento el más poderoso de Europa. La clase obrera estaba también más aislada de las otras clases que en Rusia. De ahí que tumultuosas huelgas de masas como las que tuvieron lugar en 1905 en Rusia fueran inadecuadas para Occidente. “Manifestaciones de este tipo todavía no han tenido lugar en Europa occidental. Tam-

poco es probable que ocurran, no a pesar de medio siglo de movimiento socialista, socialdemócrata y libertad política, sino debido a ello.”¹¹⁹ En esas circunstancias, desencadenar huelgas de masas para asegurar la reforma de los derechos políticos prusianos, como exigía Rosa Luxemburgo, sería simplemente exponer las oportunidades del SPD en las próximas elecciones del Reichstag. Formalmente, Kautsky nunca negó que en “la batalla final” de la lucha de clases fuera necesaria una transición a la estrategia de derrocamiento también en Occidente. Pero el arma de la huelga de masas debía reservarse únicamente para este compromiso definitivo en el que la victoria y la derrota serían totales. De momento, “las escaramuzas preliminares no debían librarse con artillería pesada”.¹²⁰ En Occidente, la única senda correcta era una estrategia de desgaste, rememorando la de Fabius Cunctator en la antigua Roma.¹²¹

Respuesta de Rosa Luxemburgo

Luxemburgo, a la que Gramsci en su texto central sobre Oriente y Occidente reprochaba su “misticismo”,¹²² captó lúcidamente de inmediato la lógica del contraste de Kautsky entre las dos zonas. La polémica entre los dos sobre *justamente este tema* en 1910 fue precisamente la ocasión de su ruptura política con Kautsky, cuatro años antes que Lenin, quien sólo lo entendió cuando llegó la guerra en 1914. Luxemburgo denunció “la teoría entera de las dos estrategias” y su “burdo contraste entre la Rusia revolucionaria y la Europa occidental parlamentaria”¹²³ como una racionalización de Kautsky de su rechazo a las huelgas de masas y su capitulación al electoralismo. Desechó la descripción de Kautsky de la revolución rusa de 1905: “La imagen de una huelga caótica, ‘amorfa y primitiva’ de los obreros rusos [] es una florida fantasía.”¹²⁴ No era su atraso político sino su carácter avanzado lo que distinguía al proletariado ruso dentro de la clase obrera europea.

Las huelgas y huelgas de masas rusas, que dieron forma a una creación tan famosa como el Soviet de Representantes Obreros de Petersburgo para la dirección unida de todo el movimiento en el enorme Imperio, eran tan poco “amorfas y primitivas” que en osadía, fuerza, solidaridad, persistencia, logros materiales, objetivos progresistas y éxitos organizativos, podían ponerse tranquilamente al lado de cualquier movimiento sindical “Europeo occidental”.¹²⁵

Luxemburgo descartó despectivamente la circunspecta evaluación de Kautsky sobre el Estado prusiano, replicando mordazmente que había

confundido la crudeza y brutalidad de su policía con la fuerza política, a fin de justificar la timidez para con él. La necesidad declarada por Kautsky de reservarse el recurso a una huelga de masas sólo en caso de la contingencia apocalíptica de una "batalla final" en el futuro lejano, era una cláusula simbólica concebida para absolver al SPD de cualquier compromiso con luchas serias en el presente concreto y permitirle acomodarse al oportunismo más mundano. El instinto político de Luxemburgo la llevó a distinguir infaliblemente el móvil fundamental de los argumentos de Kautsky:

En la práctica, el camarada Kautsky nos dirige insistentemente hacia las próximas elecciones del Reichstag. Son los pilares básicos de su estrategia de desgaste. La salvación nos vendrá de las elecciones del Reichstag. Nos traerán con toda seguridad una victoria avasalladora, crearán una situación completamente nueva, nos pondrán inmediatamente "en el bolsillo la llave de esta tremenda situación histórica". En suma, hay tantos violines en el cielo de las próximas elecciones del Reichstag que sería criminalmente necio pensar en una huelga de masas cuando tenemos ante nosotros una victoria tan segura, que se nos ha puesto "en el bolsillo" con la papeleta electoral.¹²⁶

La posición de Luxemburgo en estas polémicas no carecía de fallas. No dio una réplica adecuada a la caracterización de Kautsky del Estado ruso, a diferencia de la clase obrera rusa, eludiendo el problema genuino de su diferencia estructural con los Estados occidentales de la época, que Kautsky no se había equivocado al poner de relieve. Tampoco estaba en posesión, en este u otro caso, de una teoría bien tramada sobre la conquista del poder por el proletariado, ya que su concepción de las huelgas de masas como ejercicios continuos de la autonomía de la clase obrera y su combatividad empañaba la ruptura inevitablemente discontinua de un levantamiento revolucionario contra el Estado capitalista que necesariamente transcendía el nivel de una huelga.¹²⁷ No obstante, esas limitaciones fueron secundarias cuando se comparan con la agudeza de su intuición de la dinámica de la teoría de Kautsky. Su presciencia sobre la evolución de ésta es tanto más impresionante cuando se compara con la complacencia de Lenin hacia Kautsky.

La polémica se extiende a Rusia.

La polémica en el seno de la socialdemocracia alemana tuvo una importante secuela dentro de la socialdemocracia rusa. Pocas semanas des-

pués, Mártoov escribió un artículo en *Die Neuzeit* sobre “La polémica prusiana y la experiencia rusa”.¹²⁸ Aprobando calurosamente las tesis generales de Kautsky, Mártoov sostenía que Rusia no estaba de ningún modo exenta de las lecciones que se desprendían de ellas. No debería permitirse que Luxemburgo utilizase la revolución rusa de 1905 como su “carta de triunfo” contra la política oficial del SPD en Alemania. Los socialistas occidentales no deberían admitir su relato de la revolución en nombre del *privilegium odiosum* del excepcionalismo ruso. La experiencia rusa era en aquel momento esencialmente similar en cualquier aspecto a la experiencia europea en su totalidad. Cuando había divergido en 1905, había acabado en el desastre. La combinación de huelgas económicas y políticas, de la que Luxemburgo alardeaba, era más bien una debilidad que una fuerza del proletariado ruso. El alzamiento de Moscú fue el resultado calamitoso de una propulsión “artificial” del movimiento hacia un “choque decisivo” con el Estado. La sagacidad de Kautsky era desconocida en Rusia en aquel momento: “La idea de una ‘estrategia de desgaste’ no se le ocurrió a nadie.” Pero ahora, después del fracaso del extremismo en 1905, era responsabilidad del movimiento obrero ruso adoptarla. “El proletariado debe esforzarse no sólo por luchar sino por vencer”¹²⁹

La pronta utilización que hizo Mártoov de las tesis de Kautsky para justificar la política menchevique en Rusia provocó a su debido tiempo una respuesta de Marchlewski, bolchevique polaco, en *Die Neue Zeit*. La réplica de Marchlewski parece haberse apropiado de antemano la propia respuesta de Lenin y este último desistió de un anteproyecto después de que Kautsky aceptase un artículo previo sobre el mismo tema escrito por Marchlewski. No obstante, Lenin escribió a Marchlewski dándole sugerencias para que las incluyera en su respuesta a Mártoov, la mayoría de las cuales quedaron integradas en el texto publicado. Los dos documentos son de gran interés. El peso del argumento de Marchlewski recaía en que los bolcheviques en Rusia no se habían desviado nunca —contrariamente a las deformaciones de Mártoov— de la lógica de los preceptos de Kautsky. Por el contrario, escribió Marchlewski, “las recomendaciones de Lenin eran —si se quiere— las mismas que las de Kautsky: la correcta aplicación de una ‘estrategia de derrocamiento’ y de una ‘estrategia de desgaste’ cada una a su debido tiempo”.¹³⁰ Entonces, una larga reacción zarista después de la revolución de 1905, era el momento de una estrategia de desgaste. La socialdemocracia rusa en la actualidad debe “aprender a hablar alemán”

Mientras tanto, Lenin, en su carta a Marchlewski, avaló expresamente la validez de los alegatos de Kautsky por mantener una intransigencia esencial en su polémica con Luxemburgo. De hecho, los reiteró enfática-

mente, a pesar de la presteza de Mártov en apropiarse los argumentos de Kautsky y utilizarlos para una reivindicación del menchevismo en Rusia.

Rosa Luxemburgo discutió con Kautsky si *había llegado* el momento para una *Niederwerfungstrategie* [estrategia del derrocamiento, E.] y Kautsky afirmó *simple y llanamente* que consideraba que ese momento era inevitable e inminente, pero que todavía no había llegado [. . .] Todos los mencheviques [. . .] aprovecharon la polémica entre Rosa Luxemburgo y Kautsky para afirmar que K. Kautsky era un “menchevique” Mártov hace todo lo posible, empleando una *kleinliche* un *miserable Diplomatie* [una diplomacia pequeña y mezquina, E.], por *agrandar* la brecha entre Rosa Luxemburgo y K. Kautsky. Estos *elende* [miserables, E.], artificios no pueden tener éxito. Los socialdemócratas revolucionarios pueden discutir si ha llegado el *momento oportuno* para el *Niederwerfungstrategie* en Alemania, pero no su *oportunidad en Rusia en 1905*.¹³¹

El contraste con Luxemburgo es sorprendente. Ella percibió en seguida que el efecto real de los argumentos de Kautsky era una sofisticada apología del reformismo. Las enérgicas denuncias que hizo de ellos quedaron vindicadas hacia el final de la polémica entre los dos. La caracterización que hacía Luxemburgo de la teoría de Kautsky con lo que ella denominó *Nichtsalsparliamentarismus* —nada más que parlamentarismo— fue confirmada finalmente por el mismo Kautsky, en una de sus réplicas finales, en una formulación que sintetiza su postura en una expresión clásica de lo que puede denominarse la “cláusula de defensa” socialdemócrata:

Cuanto más democrática es la constitución de un país, menos condiciones existen para una huelga de masas, menos necesaria se vuelve esta huelga para las masas y, por lo tanto, ocurre con menor frecuencia. Allí donde el proletariado posee suficientes derechos electorales, sólo puede esperarse una huelga de masas como medida defensiva, como medio para proteger los derechos de voto o un parlamento con fuerte representación socialdemócrata, contra un gobierno que se niega a obedecer la voluntad de los representantes del pueblo.¹³²

La fórmula de Gramsci

Gramsci, aislado del mundo exterior en su encarcelamiento durante los treintas, no estaba al tanto de este precedente nefasto cuando luchaba por forjar conceptos para resistir a lo que él creía que era la renovación

del aventurismo en el seno de la Comintern. En esta situación, pudo producir una noción formalmente análoga a la de Kautsky (estrategia de desgaste/guerra de posición), sin ver sus peligros. Como hemos visto, Gramsci concibió la “guerra de posición” en respuesta a la “guerra de maniobra” de Thalheimer y Lukács, siguiendo el espíritu del Congreso de la Comintern que los había condenado. Los errores de la teoría de la *Teilaktion* ya han sido discutidos, pero ¿los corrigió totalmente la fórmula de Gramsci? Se observará que lo que él hizo en efecto fue *invertir* el modo de plantear el problema. En Gramsci, la estrategia revolucionaria se convierte en una larga e inmóvil guerra de trincheras entre dos campos en posiciones fijas, en la que cada uno trata de socavar cultural y políticamente al otro. “El cerco es recíproco”, escribió Gramsci, “concentrado, difícil, y exige cualidades excepcionales de paciencia e invención.”¹³³ No hay duda de que el peligro del aventurismo desaparece en esta perspectiva con su énfasis abrumador en la obediencia ideológica de las masas como objeto central de la lucha, que solamente se ganará tratando de lograr un frente único dentro de la clase obrera. Pero ¿qué sucede con la fase de insurrección, la toma por asalto y la destrucción del aparato estatal que para Marx y Lenin eran inseparables de la revolución proletaria? Gramsci nunca abandonó los principios fundamentales del marxismo clásico sobre la necesidad última de la toma violenta del poder del Estado, pero al mismo tiempo su fórmula estratégica para Occidente no logra integrarlos. La mera contraposición de “guerra de posición” y “guerra de maniobra” se convierte finalmente en cualquier estrategia marxista en una oposición entre reformismo y aventurismo.

Hay que hacer inmediatamente una objeción a este juicio. ¿Por qué no hubiera podido Gramsci haber pretendido precisamente la estrategia de la “guerra de posición” como una *preparación* para una concluyente “guerra de maniobra” contra la clase enemiga? En otras palabras, ¿es que no propugnó de hecho una tesis que Lenin había adjudicado equivocadamente a Kautsky, la necesidad de “una transición de la ‘estrategia de desgaste’ a la ‘estrategia del derrocamiento’”, una transición que era “*inevitable*” en un período de crisis política cuando “la revolución alcanzó su mayor intensidad”?¹³⁴ Dentro de este esquema, la guerra de posición de Gramsci correspondería a la fase en que un partido revolucionario trata de ganarse a las masas ideológicamente (consensualmente) para la causa del socialismo, previamente a la fase en que las conducirá políticamente hacia una revuelta final (coercitiva) en contra del Estado burgués. Entonces, se ejercería la “hegemonía” en el seno de la sociedad civil para la formación de un bloque de clases de los explotados, mientras que se afirmaría la “dictadura” contra los explotadores, en la enérgica destrucción del aparato estatal que les aseguraba su dominio.

Esta interpretación estaría indiscutiblemente de acuerdo con los principios clásicos del materialismo histórico. Pero en las 2.000 páginas de los *Cuadernos de la cárcel* sólo hay una frase que de refilón parece estar en concordancia con esto. Y aún así, es oblicua y ambigua. Al final mismo del largo pasaje en el que se compara Oriente y Occidente y que hemos citado tan a menudo, Gramsci escribió a pluma muy brevemente algo que se le ocurrió posteriormente y que sus editores después de la guerra suprimieron gratuitamente.

Un intento por dar comienzo a una revisión de los métodos tácticos actuales fue quizás el esbozado por Trotsky en el IV Congreso mundial, cuando comparó los frentes oriental y occidental. El primero había caído en seguida, pero después siguieron luchas sin precedente; en el caso del segundo, las luchas tendrían lugar previamente. La pregunta consistía, por lo tanto, en si la sociedad civil resiste antes o después del intento de la toma de poder; dónde tiene lugar esta última, etcétera. No obstante, la cuestión sólo fue esbozada de forma brillante y literaria, sin líneas directivas de carácter práctico.¹³⁵

Sólo en este pasaje puede encontrarse un ejemplo único y fugaz del *orden teórico y temporal* correcto en el que se hubieran tenido que desplegar los conceptos de Gramsci para producir una estrategia política revolucionaria aplicable al capitalismo avanzado. En Occidente, la resistencia de la “sociedad civil” hubiera tenido que ser superada precisamente *antes* que la del Estado, mediante la acción de un Frente Único, aunque la victoria en este campo hubiera tenido que ser seguida por lo que Gramsci aquí llama directamente un “asalto” (*assalto*) armado al Estado. Desafortunadamente, la percepción que contiene esta alusión a otro pensador fue momentánea. Todo el peso de la propia imaginería de Gramsci —ciertamente moldeada en “forma literaria y brillante”— en sus textos centrales sobre estrategia recae exactamente en la dirección contraria. Existe el Estado que es meramente una “zanja exterior”, y la sociedad civil que es el “poderoso sistema de fortalezas y terraplenes” que yace “*tras*” él. Es decir, la sociedad civil del capitalismo —repetidamente descrita como el terreno del consenso es la que se convierte en la barrera última para la victoria del movimiento socialista. La guerra de posición es, pues, la lucha llevada a cabo por la clase obrera organizada para ganar la hegemonía sobre ella, una hegemonía que se funde inmediatamente por definición tácita en una supremacía política sobre toda la formación social. “En política, la guerra de posición es hegemonía”, escribió Gramsci, mientras que “la hegemonía es el gobierno mediante el consenso permanentemente organizado”.¹³⁶

Una solución falsa

El deslizamiento teórico que se observó anteriormente vuelve a tener lugar en este caso en el pensamiento estratégico de Gramsci con consecuencias aún más graves. En una inversión directa del orden de batalla de Lenin, Gramsci relega expresamente la “guerra de movimiento” a un papel meramente preliminar o subsidiario en Occidente y promueve la “guerra de posición” al papel concluyente y decisivo en la lucha entre el trabajo y el capital. Al hacerlo, quedó definitivamente atrapado por la lógica de sus propios conceptos. El pasaje fatal dice así:

La guerra de posición requiere sacrificios enormes y masas inmensas de población; por eso hace falta en ella una inaudita concentración de la hegemonía y, por tanto, una forma de gobierno más “interventista”, que tome más abiertamente la ofensiva contra los grupos de oposición y organice permanentemente la “imposibilidad” de disgregación interna, con controles de todas clases, políticos, administrativos, etc., consolidación de las “posiciones” hegemónicas del grupo dominante, etc. Todo eso indica que se ha entrado en una fase culminante de la situación político histórica, porque en la política la “guerra de posición”, una vez conseguida la victoria en ella, es definitivamente decisiva. O sea: en la política se tiene guerra de movimiento mientras se trata de conquistar posiciones no decisivas.¹³⁷

Los condignos errores de este texto tienen un síntoma sospechoso: las inquietantes reivindicaciones de la necesidad de un mando más autoritario en las filas de la clase obrera, capaz de eliminar toda disidencia. La asociación de la estrategia de una guerra de posición con una uniformidad centralizada de la expresión política, en homenaje a la peor herencia de la Comintern, no es muy tranquilizadora. De hecho, la revolución socialista sólo triunfará en Occidente mediante un máximo de *expansión*, no de *constricción*, de la *democracia proletaria*, porque sólo la experiencia de ella, en partidos o consejos, puede capacitar a la clase obrera para aprender los verdaderos límites de la democracia burguesa y equipararla históricamente para superarlos. Establecer una estrategia marxista dentro del capitalismo avanzado sobre una guerra de posición y una ética de mando para alcanzar la emancipación final del trabajo es garantizar su propia derrota. Cuando llegue la hora del ajuste de cuentas en la lucha de clases, la libertad proletaria y la insurgencia van juntas. Es la combinación de ellas y ninguna otra la que constituye una verdadera guerra social de movimiento capaz de derrocar al capital en sus más fuertes bastiones.

La solución política para el futuro de la clase obrera europea que Gramsci vislumbró en la cárcel, al final lo eludió. La perspectiva de una guerra de posición era un callejón sin salida. Al fin de cuentas, la función de esta idea en el pensamiento de Gramsci parece haber sido la de una especie de metáfora moral: representaba un sentido de adaptación estoica a la pérdida de cualquier esperanza inmediata de victoria en Occidente. En una de esas coincidencias misteriosas que son la rúbrica de la época, el pensador marxista en Europa occidental cuyo destino fue el más cercano al de Gramsci en los treintas, reprodujo la misma idea en su muy diferente obra. Walter Benjamin, su compañero víctima del fascismo, expresó su pesimismo político en el lema de una *Ermattungstaktik*. Por ello lo conmemoró su amigo Brecht, desconocedor de la historia anterior, a su muerte.¹³⁸ El registro poético de la noción de Benjamin nos dice algo del status científico de la fórmula de Gramsci. La deuda que todo marxista contemporáneo tiene con Gramsci sólo puede ser saldada si se toman sus escritos con la seriedad de un verdadero espíritu crítico. En el laberinto de sus *Cuadernos*, Gramsci se perdió. En contra de su intención, pueden sacarse conclusiones formales de su trabajo que conducen muy lejos del socialismo revolucionario.

¿Es necesario añadir que el mismo Gramsci fue una prueba en contra de cualquier clase de reformismo? Las conclusiones parlamentarias de la teoría de la estrategia de Kautsky le eran absolutamente ajenas: su trabajo está salpicado en otras partes de afirmaciones sobre la necesidad imperativa del *derrocamiento* revolucionario del Estado capitalista. No tenemos siquiera que remontarnos a sus innumerables declaraciones antes de la prisión y la censura. En el documento que puede considerarse como el testamento político efectivo de Gramsci, su consejo final directo a los militantes de la clase obrera italiana registrado en el *Athos Lisa Report*, en el que insistía, desafiando las doctrinas del III Período sobre la necesidad de objetivos populares intermedios —sobre todo, una asamblea constituyente— en la lucha contra el fascismo, tampoco dejó ninguna duda sobre su compromiso con los objetivos últimos, como Marx y Lenin los hubieran calificado:

La conquista violenta del poder requiere que el partido de la clase obrera cree una organización de tipo militar, penetrantemente implantada en todas las ramas del aparato del Estado burgúes, y capaz de lesionarlo e infligirle fuertes golpes en el momento decisivo de la lucha.¹²⁹

Gramsci no afirmó simplemente la necesidad de una revolución prole-

taria en los términos clásicos: muchos lo han hecho verbalmente después de él. Luchó y sufrió una larga agonía por ella. No sólo su obra sino también su vida serían incomprensibles sin esta vocación. Gramsci era muy consciente de las condiciones de su lucha contra la enfermedad, el aislamiento y la muerte. Los pasajes centrales en sus notas sobre la distinción entre Oriente y Occidente están forjados en el molde de una extensa analogía militar: “artillería”, “trincheras”, “comandantes”, “maniobra” y “posición”. El mismo hombre nos advierte lacónicamente contra cualquier lectura fácil de su propio vocabulario.

Al decir todo esto, debe recordarse el criterio general de que las comparaciones entre el arte militar y la política deben tomarse siempre con un grano de sal, es decir, como ayuda para pensar en los términos de una *reductio ad absurdum*.¹⁴⁰

Trotsky y la “guerra de maniobra”

Las condiciones de la composición de los escritos de Gramsci en prisión produjeron una teoría no unitaria y fragmentaria que permitió inherentemente que se dieran discrepancias e incoherencias en ella. No hay nada más revelador de esto que las referencias a Trotsky en los textos centrales que se han discutido en este ensayo. En ellos, el concepto de “revolución permanente” es repetidamente el objeto formal de la crítica de Gramsci como supuesta expresión de una “guerra de maniobra”. Fue, claro está, Trotsky el que dirigió el ataque junto con Lenin contra la teoría generalizada de la “ofensiva revolucionaria” en el III Congreso de la Comintern. Fue Trotsky, de nuevo con Lenin, el principal arquitecto del Frente Unico que Gramsci equiparó a su “guerra de posición”. Finalmente, fue Trotsky, y no Lenin, quien escribió el documento que fue la teorización clásica del Frente Unico en los veinte.¹⁴¹ La confusión de Gramsci es aquí virtualmente total y la prueba política de ello iba a ser muy concreta. Durante la cumbre del III Período, en 1932, Gramsci en la prisión de Turi di Bari y Trotsky en la isla de Prinkipo, desarrollaron efectivamente posiciones idénticas sobre la situación política en Italia, diametralmente opuestas a la línea oficial del PIC y de la Comintern. Prisionero y exiliado por igual llamaban a la formación de un Frente Unico para la resistencia de la clase obrera al fascismo que incluyera a los partidos socialdemócratas y una perspectiva de transición que incluyera la posibilidad de una restauración de la democracia burguesa en Italia después

de la caída del fascismo.³⁴² Ninguno de los dos, obviamente, sabía del otro en esta convergencia en la noche política de los tiempos.

Hay todavía una ironía política mayor en la confusión de Gramsci. En lo tocante a los hechos, fue sobre todo Trotsky quien dio al movimiento de la clase obrera, oriental y occidental, una crítica científica de las dos ideas de “guerra de maniobra” y “guerra de posición” en el campo en que realmente prevalecieron, la estrategia militar propiamente dicha. Las doctrinas políticas que surgieron dentro del movimiento revolucionario de Europa central en 1920-21 tuvieron su equivalencia militar exacta en Rusia. Allí, Frunze y Tujachevsky jugaron el papel de Lukács y Thalheimer. En los grandes debates militares en la Unión Soviética después de la guerra civil, Frunze, Tujachevsky, Gusev y otros habían sostenido que la esencia de la guerra revolucionaria era el ataque permanente o la guerra de maniobra. Tujachevsky declaró:

Las reservas estratégicas, cuya utilidad fue siempre dudosa, no las necesitamos en absoluto en nuestra guerra. Ahora sólo existe un problema: cómo utilizar las cantidades para ganar el máximo de fuerza en el golpe. Hay una respuesta: lanzar todas las tropas al ataque, y no mantener en reserva ni una sola bayoneta.¹⁴³

Frunze reclamaba que las lecciones de la guerra civil demostraban que la primacía de la ofensiva en una estrategia revolucionaria coincidía con la naturaleza social del proletariado mismo:

Las tácticas del Ejército Rojo se inspiraron y se inspirarán activamente en el espíritu de operaciones ofensivas audaces y enérgicamente dirigidas. Esto es lo que procede de la naturaleza de clase del ejército de obreros y campesinos y, al mismo tiempo, coincide con las exigencias del arte militar.¹⁴⁴

La guerra de posición, característica de la primera guerra mundial y de la burguesía, fue a partir de entonces un anacronismo. “La maniobra es el único medio de garantizar la victoria”, escribió Tujachevsky.¹⁴⁵

Como hemos visto, Trotsky luchó decididamente contra la “teoría de la ofensiva” como estrategia en el seno de la Comintern. Ahora llevaba a cabo una batalla paralela en su contra como doctrina militar dentro del Ejército Rojo. Respondiendo a Frunze y otros, Trotsky hizo él mismo expresamente la comparación:

Desafortunadamente, no son pocos los *papanatas de la ofensiva* entre

nuestros nuevos doctrinarios de moda que, bajo el estandarte de una teoría militar, quieren introducir en nuestra circulación militar las mismas tendencias unilaterales “izquierdistas” que alcanzaron su fruición en el III Congreso mundial de la Comintern a modo de una teoría de la ofensiva: *en la medida* (!) en que estamos viviendo una época revolucionaria, *por lo tanto* (!) el partido comunista debe implementar la política de la ofensiva. Trasladar el “izquierdismo” al lenguaje de la doctrina militar es multiplicar este error muchas más veces.¹⁴⁶

Combatiendo estas concepciones, Trotsky puso de manifiesto la falacia de hacer generalizaciones a partir de la experiencia de la guerra civil en la que las dos partes (no sólo el Ejército Rojo) habían utilizado principalmente la maniobra debido al atraso de la organización social y la técnica militar del país.

Permítanme señalar que no somos los inventores del principio maniobrista. También nuestros enemigos han hecho uso extensivo de él debido al hecho de que se desplegaban números relativamente pequeños de tropas en distancias enormes y a causa de los desastrosos medios de comunicación.¹⁴⁷

Pero, sobre todo, Trotsky criticó una y otra vez cualquier teoría de la estrategia que fetichizara ya fuera la maniobra o la posición haciendo de ellas un principio inmutable o absoluto. *Todas* las guerras deberían *combinar* la posición y la maniobra y cualquier estrategia que excluyera unilateralmente una u otra era suicida.

Se puede declarar con toda certeza que incluso en nuestra estrategia supermaniobrista durante la guerra civil, el elemento de posicionalismo existió y en ciertos casos jugó un papel importante.¹⁴⁸

Por lo tanto, concluía Trotsky:

La defensa y la ofensiva entran como momentos variables en el combate [.] Sin la ofensiva, no se puede ganar la victoria. Pero la victoria la gana el que ataca cuando es necesario atacar y no el que ataca *primero*.¹⁴⁹

En suma, posición y maniobra tenían una relación necesariamente complementaria en cualquier estrategia militar. Subestimar una u otra era convocar la derrota y la capitulación.

Habiendo descartado las falsas analogías o extrapolaciones tanto en el Ejército Rojo como en la Comintern. Trotsky continuó haciendo la predicción de que en un *conflicto militar genuino* entre las clases —es decir, una *guerra civil real y no metafórica*— habría muy probablemente un mayor posicionalismo en el Oeste que el que había habido en el Este. Todas las guerras internas eran naturalmente más maniobristas debido a la escisión que efectuaban dentro del Estado y la nación, comparadas con las guerras externas entre las naciones. En este aspecto, “la maniobrabilidad no es peculiar de un ejército revolucionario sino de la guerra civil como tal”.¹⁵⁰ No obstante, la mayor complejidad histórica de las estructuras económicas y sociales en el Oeste avanzado haría que las guerras civiles futuras fuesen de carácter más posicional que en Rusia.

En los países altamente desarrollados, con sus inmensos centros de vida, con sus cuadros de guardia blanca preparados de antemano, la guerra civil puede asumir —y en muchos casos asumirá sin duda alguna— un carácter mucho menos móvil y mucho más compacto, es decir, mucho más parecido a una guerra de posición.¹⁵¹

En los momentos finales y consumidos de la vida de Gramsci, Europa fue visitada por este conflicto. La guerra civil española iba a reivindicar la opinión de Trotsky llamativamente. Librada en el Manzanares y en el Ebro, la batalla de la República dió muestras de ser una larga prueba de posiciones, finalmente perdida debido a que la clase obrera nunca pudo volver a ganar la iniciativa de maniobra esencial para la victoria. La presciencia y el matiz del análisis de Trotsky iba a confirmarse sorprendentemente en España. La razón estaba en la pertinencia a su objeto. Era una teoría técnica y no metafórica de la guerra.

La precisión militar de Trotsky, producto de su incomparable experiencia en la guerra rusa, no confería necesariamente un privilegio equivalente a su estrategia política. Su conocimiento de Alemania, Inglaterra y Francia era, ateniéndonos a los hechos, mayor que el de Gramsci. Sus escritos sobre las formaciones más importantes de Europa occidental en el período entre las dos guerras son en gran medida superiores a los contenidos en los *Cuadernos de la cárcel*. Contienen ciertamente la única teoría desarrollada sobre el Estado capitalista moderno en el marxismo clásico en sus textos sobre la Alemania nazi. Pero aunque el dominio histórico de Trotsky sobre las específicas estructuras sociopolíticas del capitalismo en los países centrales de Europa occidental no tenía equivalente en su época, nunca planteó el problema de una estrategia diferencial pa-

ra hacer la revolución socialista en ellos, no programada por la de Rusia con la misma ansiedad o lucidez que Gramsci. En este aspecto esencial, sus problemas eran menos dificultosos.

Conclusiones

Las respuestas de Gramsci a sus problemas, como hemos visto, no los resolvieron. Las lecciones de la polémica entre Kautsky y Luxemburgo, el contraste entre Lukács y Gramsci, hoy puede, no obstante, arrojar por lo menos dos proposiciones simples y concretas. Formular la estrategia proletaria en el capitalismo metropolitano esencialmente como una guerra de maniobra es olvidar la unidad y eficacia del Estado burgués e incitar a la clase obrera a pelear contra él en una serie de aventuras letales. Formular la estrategia proletaria esencialmente como una guerra de posición es olvidar el carácter necesariamente repentino y volcánico de las situaciones revolucionarias que, por la naturaleza de esas formaciones sociales, nunca pueden ser estables por mucho tiempo y necesitan por lo tanto la mayor velocidad y movimiento en el ataque si no se quiere perder la oportunidad de conquistar el poder. La insurrección, como siempre enfatizaron Marx y Engels, es un arte de la audacia.

En el caso de Gramsci, las ineptitudes de la fórmula de una “guerra de posición” tenían una clara relación con las ambigüedades de su análisis sobre el poder de la clase burguesa. Gramsci equiparó la “guerra de posición” con la “hegemonía civil” como se recordará. Del mismo modo que su utilización de la hegemonía tendía con frecuencia a implicar que la estructura del poder capitalista en Occidente descansaba esencialmente en la cultura y el consenso, la idea de una guerra de posición tendía a implicar que el trabajo revolucionario de un partido marxista consistía esencialmente en la conversión ideológica de la clase obrera —y de ahí su identificación con el Frente Unico cuyo objetivo era ganarse la mayoría del proletariado occidental para la III Internacional. En ambos casos, el papel de la coerción —represión por el Estado burgués, insurrección por la clase obrera— tiende a desaparecer. La debilidad de la estrategia de Gramsci es simétrica a la de su sociología.

¿Cuál es la relevancia contemporánea de estos debates sobre estrategia marxista pertenecientes al pasado? Cualquier discusión real de los problemas del presente implicaría muchas preguntas a las que no se ha hecho alusión aquí. Los límites de una revisión filológica nos han impuesto estas restricciones inevitables. Temas tan centrales como la interconexión de las luchas políticas y económicas en el movimiento obrero, las alianzas de la clase obrera en las sociedades ampliamente poscampesinas, la na-

turalidad contemporánea de las crisis capitalistas, los posibles catalizadores y formas del poder dual, el desarrollo de instituciones más avanzadas de democracia proletaria —más amplias y libres que sus precedentes en el pasado— se omiten aquí. Pero deliberar aisladamente de ellas sobre las estructuras del Estado burgués y las estrategias necesarias para que la clase obrera lo derroque, puede conducir a una abstracción irresponsable, a menos que se tengan siempre en cuenta estos otros elementos necesarios en cualquier teoría marxista de la revolución socialista en Occidente. Si aceptamos esta limitación, ¿cuál puede ser la conclusión de la herencia que hemos reconstruido en este ensayo? Solo tenemos espacio y oportunidad aquí para hacer dos comentarios, estrictamente restringidos a los temas de su discusión.

La lógica de la teoría marxista indica que está en la naturaleza misma del Estado burgués el que, en cualquier encuentro final, el aparato armado de la represión desplace inexorablemente a los aparatos ideológicos de representación parlamentaria, para reocupar la posición dominante en la estructura del poder de la clase capitalista. Esta maquinaria coercitiva del Estado es la barrera última a una revolución obrera y sólo puede ser destruida mediante una contra-coerción que se la apropie de antemano. En el siglo XIX, las barricadas fueron el símbolo tradicional de esta última. Pero Lenin señaló hace mucho tiempo que estas fortificaciones tenían con frecuencia una función más moral que militar: su propósito consistía clásicamente tanto en una fraternización con los soldados como en un arma contra ellos. En cualquier revolución, la labor de la vanguardia proletaria, en palabras de Lenin, no consiste meramente en luchar *contra* las tropas sino *por* las tropas. Eso no significa, como él puso de relieve, una simple persuasión verbal para que se pasen al campo del proletariado, sino una “lucha física” llevada a cabo por las masas para ganárselos al lado de la revolución.¹⁵²

Una insurrección sólo triunfará si el aparato represivo del Estado se divide o desintegra, como en Rusia, China o Cuba. La “convención” consensual que mantiene unidas a las fuerzas de coerción debe quebrantarse, dicho de otra manera. Los ejércitos imperialistas de Europa occidental, norteamérica y Japón hoy en día están característicamente compuestos por conscriptos y reclutas provenientes de las clases explotadas, los cuales plantean una capacidad para paralizar la movilización contrarrevolucionaria en una crisis general. Un objetivo clave de la lucha política proletaria es, por lo tanto, actuar siempre sobre los hombres alistados mediante una audacia de clase y un combate opuestos de tal modo que se llegue a romper la unidad del aparato represivo del Estado. En suma, un levantamiento proletario es siempre una operación *política* cuyo objeti-

vo fundamental no consiste en infligir pérdidas al enemigo sino en reunir a *todas* las masas proletarias, ya lleven uniformes u overoles, tanto hombres como mujeres, para la creación de un nuevo poder popular. No obstante, esto es necesariamente una operación militar. Porque no importa cuánto éxito obtenga la clase obrera en la división del aparato coercitivo del Estado (ejército o policía), en desgajar importantes segmentos de él, y ganárselos para la causa de la revolución, siempre queda todavía un meollo irreductible de fuerzas contrarrevolucionarias, especialmente entrenadas y templadas en sus funciones represivas, que no pueden ser convertidas; que sólo pueden ser derrotadas. La guarnición de Petrogrado se pasó al Comité militar revolucionario: los Junkers y los Cosacos en el Palacio de Invierno todavía resistían. La infantería y la artillería pueden haberse adherido a la causa del socialismo en Portugal: los comandos y las fuerzas aéreas se mantienen intactos para eliminarlo.

Allí donde las instituciones de represión del país se desintegren demasiado abrupta o drásticamente, se desplegará la intervención externa de aparatos militares más fuertes provenientes del extranjero, controlados por Estados burgueses más poderosos; la “moneda extranjera” de la coerción hacia la que el capital local vuela cuando sus propias reservas se hunden demasiado. Los ejemplos, de Rusia a España, de Cuba a Vietnam, son famosos. La *dualidad* —interna o internacional— del aparato armado del enemigo es un elemento invariable de toda revolución. Trotsky lo captó con precisión:

Los obreros deben tomar de antemano todas las medidas para atraer a los soldados al lado del pueblo mediante la agitación preliminar; pero al mismo tiempo deben prever que el gobierno siempre se quedará con un número suficiente de soldados confiables o semiconfiables a los que pueda llamar para sofocar una insurrección; y, en consecuencia, en último recurso, la cuestión ha de decidirse en un conflicto armado.¹⁵³

La determinación del Estado capitalista en última instancia por la coerción es también cierta para el mismo aparato coercitivo. La lucha ideológica y política puede socavar una maquinaria militar burguesa en una crisis revolucionaria, mediante una conquista consensual de los hombres alistados en ella. Pero el núcleo fundamental de las unidades profesionales contrarrevolucionarias —*marines*, paracaidistas, policía de motines o gendarmería paramilitar— sólo puede ser arrollada por el ataque coercitivo de las masas. Desde el principio al final, las leyes del Estado capitalista se reflejan y deniegan en las reglas de una revolución socialista.

Una revolución así sólo tendrá lugar en Occidente cuando las masas

hayan pasado por la experiencia de una democracia proletaria que sea tangiblemente superior a la democracia burguesa. La única manera en que puede garantizarse la victoria del socialismo en esas sociedades es que represente incuestionablemente más libertad y no menos para la vasta mayoría de la población. El intacto almacenamiento de energías populares que cualquier comienzo de una verdadera democracia obrera liberaría será por lo tanto lo que proporcione la fuerza explosiva capaz de terminar con el dominio del capital. La exhibición de una nueva libertad sin privilegios debe comenzar antes de que el viejo orden sea estructuralmente cancelado mediante la conquista del Estado. El nombre de esta sobreimposición necesaria es poder dual. Las formas y los medios para su surgimiento —con o sin la presencia de un gobierno obrero en el poder— constituyen el problema crítico intermedio de cualquier revolución socialista. De momento, sin embargo, el movimiento de la clase obrera está todavía lejos de este umbral en la mayor parte de los países occidentales. Probablemente consista en que la mayoría de la población explotada en cada una de las formaciones sociales capitalistas importantes en la actualidad siga estando sometida de uno u otro modo a la ideología reformista o capitalista. Es ahí donde adquiere sentido el tema político más duradero de los escritos de Gramsci. Porque la tarea que el Frente Unico estaba destinado a desempeñar está todavía por resolver cincuenta años después. Las masas en Norteamérica, Europa occidental y Japón todavía han de ser ganadas para el socialismo revolucionario en su pluralidad. La problemática central del Frente Unico —el consejo estratégico final de Lenin al movimiento de la clase obrera occidental antes de su muerte, el interés primordial de Gramsci en prisión— retiene por lo tanto toda su validez hoy. Nunca ha sido históricamente *superado*. La necesidad imperativa sigue siendo ganar a la clase obrera antes de que pueda empezar a hablarse de ganar el poder. Los medios para lograr esta conquista —no de las instituciones del Estado sino de las convicciones de los obreros, aunque al final no habrá separación entre las dos— son el primer punto en el orden del día de cualquier estrategia socialista real en la actualidad.

Las polémicas internacionales que unieron y dividieron a Luxemburgo, Lenin, Lukács, Gramsci, Bordiga o Trotsky sobre estos temas representan el último gran debate sobre estrategia en el movimiento obrero europeo. Desde entonces, ha habido muy poca evolución teórica significativa sobre los problemas de la estrategia revolucionaria en el capitalismo metropolitano que haya tenido un contacto directo con las masas. El divorcio estructural entre la teoría marxista original y las principales organizaciones de la clase obrera en Europa se ha de resolver históricamente. La revuelta de mayo-junio en Francia, el alzamiento en Portugal, el

próximo desenlace en España, presagian el fin de este largo divorcio pero todavía no lo llevan a cabo. Las polémicas clásicas siguen siendo por lo tanto, en muchos aspectos, el límite más avanzado de referencia que poseemos hoy. No es pues un simple arcaísmo traer a colación las confrontaciones estratégicas que tuvieron lugar hace cuatro o cinco décadas. Reapropiárnoslas es, por el contrario, un paso más hacia una discusión marxista que tiene la esperanza —necesariamente modesta— de asumir una “forma inicial” de teoría correcta en la actualidad. Régis Debray ha hablado, en un párrafo famoso, de la constante dificultad de ser contemporáneos con nuestro presente. En Europa por lo menos, tenemos que ser todavía lo bastante contemporáneos con nuestro pasado.

NOTAS

⁹⁵ Lukács y Gorter fueron algunos de los ejemplos.

⁹⁶ Para una discusión completa, ver *Lineages of the Absolutist State*, pp. 345-60.

⁹⁷ Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. 17, pp. 100-109, 133. 15-, 178, 240-48, t. 18, pp. 69-76.

⁹⁸ *QC* III, p. 1666.

⁹⁹ *QC* III, p. 1636; A. Gramsci, *Notas...* ed. cit. p. 134.

¹⁰⁰ *Protokoll der Erweiterten Exekutive der Kommunistischen Internationale, Februar-März 1926*, Hamburgo, 1926, p. 126. Obsérvese que la versión francesa de este discurso en *Correspondance Internationale*, 13 de marzo de 1926, ha sido muy abreviada. Bordiga continuó haciendo una elocuente denuncia del obrerismo demagógico y las inquisiciones organizativas vigentes por estas fechas en la III Internacional.

¹⁰¹ Georg Lukács, *Lenin*. Ed. Grijalbo, México, 1970, pp. 12-13.

¹⁰² “Der Krise der Kommunistischen Internationale und der Dritte Krongress”, editorial de *Kommunismus*, 15 de junio de 1921, p. 691.

¹⁰³ “Spontaneität der Massen, Aktivität der Partei”, *Die Internationale*, III 8, 1921, pp. 213-14. El texto inglés se encuentra en Georg Lukács, *Political Writings 1919-1929*, Londres, 1972, p. 102.

¹⁰⁴ “Spontaneität der Massen, Aktivität der Partei”, p. 215; *Political Writings*, p. 104.

¹⁰⁵ Trotsky, “The Main Lessons of the Third Congress” en *The First Five Years of the Communist International*, I, Nueva York, 145, pp. 295-96.

¹⁰⁶ *QC* II, p. 1229; A. Gramsci, *El materialismo...* ed. cit., p. 200.

¹⁰⁷ *QC* II, p. 866; A. Gramsci, *Notas...* ed. cit., p. 95.

¹⁰⁸ Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. 35, pp. 374, 377, 378-79.

¹⁰⁹ Ibid., p. 379.

¹¹⁰ Hans Delbrück, *Über den Kampf Napoleons mit dem alten Europa*, ampliado más tarde en *Uder die Verschiedenheit der Strategie Fiedrichs und Napoleons*, Berlín, 1881. La inspiración remota de la teoría de Delbrück fue la nota en el epílogo del Libro 8 de Clausewitz *Vom Kriege* (de 1827), en la que Clausewitz discutía el caso de las guerras de "objetivo limitado", que se separaban por lo tanto de su esquema general en el que defendía que el objetivo de la guerra era "derrocar" al enemigo. Ver Clausewitz, *De la guerra*. Ed. Diógenes, México, 1973, t. III, pp. 313-68.

¹¹¹ Los tres primeros volúmenes aparecieron en 1900, 1901 y 1907 sucesivamente. El cuarto volumen se publicó después de la guerra, en 1920. Para las "dos estrategias", ver especialmente vol. I, pp. 123-27, y vol. IV, pp. 333-63. Otto Hintze escribió la crítica más efectiva a la explicación de Delbrück sobre la táctica militar de Federico II.

¹¹² Ver "Eine Geschichte der Kriegskunst", ahora en Franz Mehring, *Gesammelte Schriften*, vol. 8, Berlín, 1967, dedicado a sus escritos militares y titulado *Kriegsgeschichte un Militärfrage*, p. 135.

¹¹³ Ibid., pp. 147-50, 200.

¹¹⁴ La polémica entre Kautsky y Luxemburgo asumió la forma de una secuencia de largos intercambios en *Die Neue Zeit* en 1910. Estos fueron, siguiendo el orden: Kautsky, "Was Nun?", 8 de abril, pp. 33-40, 15 de abril, pp. 65-80; Luxemburgo, "Ermattung oder Kampf?", 27 de mayo, pp. 257-66, 3 de julio, pp. 291-305; Kautsky, "Eine Neue Strategie", 17 de junio, pp. 364-74, 24 de junio, pp. 412-21; Luxemburgo, "Die Theorie und Die Praxis", 22 de julio, pp. 564-78, 29 de julio, pp. 626-42; Kautsky, "Zwischen Baden und Luxemburgo", 5 de agosto, pp. 652-67; Luxemburgo, "Zur Richtigstellung", 19 de agosto, pp. 756-60; Kautsky, "Schlusswort", 19 de agosto, pp. 760-65. Hay que poner de relieve que Kautsky no atribuyó en ninguna parte sus categorías a Delbrück, al que citó sólo una vez en toda la polémica, en una referencia de paso a la historia antigua. Luxemburgo, en consecuencia, parece haber desconocido hasta el final la fuente de las ideas de Kautsky.

¹¹⁵ Delbrück equiparó expresamente una "estrategia de desgaste" (*Ermattungsstrategie*) con una "guerra de posición" (*Stellungskrieg*), durante la primera guerra mundial. Recomendada esta última para la guerra alemana en el Occidente, a diferencia de Schlieffen.

¹¹⁶ "Was Nun?", p. 38. Compárese el texto de Gramsci citado en las pp. 9-10 más arriba.

¹¹⁷ "Eine Neue Strategie", p. 369.

¹¹⁸ Ibid.

¹¹⁹ Ibid., p. 370.

¹²⁰ Ibid., p. 374.

¹²¹ "Was Nun?", pp. 37-38. Kautsky, por supuesto, estaba enterado de la existencia de la Sociedad Fabiana pero parece haber olvidado la coincidencia reveladora del héroe epónimo en su celo expositivo.

¹²² QC III, p. 1613-14; A. Gramsci, *Notas*. . ., ed. cit., pp. 92-93.

¹²³ "Die Theorie und die Praxis", p. 576.

¹²⁴ Ibid., p. 572.

¹²⁵ Ibid.

¹²⁶ "Ermattung oder Kampf?", p. 294-95.

¹²⁷ Luxemburgo había afirmado, por supuesto, la necesidad de una insurrección proletaria para la consecución del socialismo, pero tuvo tendencia a fundirla en las olas de los más vastos acontecimientos de la militancia de la clase obrera, en la que su inmensurabilidad quedó típicamente enturbiada.

¹²⁸ L. Mártov, "Die Preussische Diskussion und die ruddidche Erfahrung". *Die Neue Zeit*, 16 de septiembre de 1910, pp. 907-19.

¹²⁹ Ibid., pp. 907, 913, 919.

¹³⁰ J. Karsky 9Marchlewski), "Ein Missverständnis", *Die Neue Zeit*, 28 de octubre de 1910, p. 102.

¹³¹ Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. 38, pp. 309-10. Mártov, en frase airada de Lenin, estaba "profundizando" (remendando) a Kautsky, al negar la aplicabilidad de una *Niederwerfungstrategie* al año 1905 en Rusia (p. 427). De hecho, los comentarios de Kautsky acerca de lo que él denominaba la "política de violencia" del proletariado ruso en 1905-6 habían evidenciado una falta de entusiasmo apenas encubierta. La lectura que Mártov hizo de ellos era pues bastante acertada.

¹³² "Zwischen Baden und Luxemburg", p. 665. No disponemos de espacio, aquí para adentrarnos en la historia de la cláusula de defensa", común ahora en los documentos oficiales de los herederos de la III Internacional. Baste decir que era un patrimonio común de los partidos clásicos de la II Internacional. Bebel, Turati y Bauer le dedicaron importantes discursos en los respectivos congresos del SPD, PSI y OSPD.

¹³³ QC II, p. 802.

¹³⁴ Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. 16, p. 383-84. Este artículo contiene la réplica que Lenin esbozó para su publicación en *Die Neue Zeit*, en respuesta al uso hecho por Mártov de la "estrategia de desgaste" de Kautsky durante la elaboración de la cual escribió su carta a Marchlewsky. El artículo fue rechazado por Kautsky y nunca se imprimió en Alemania.

¹³⁵ QC III, p. 1616. El mérito de haber descubierto por primera vez este pasaje se debe a Quintin Hoare, en su recopilación de las secciones políticas de *Selections from the Prison Notebooks*. Gramsci se estaba refiriendo al discurso de Trotsky ante el IV Congreso mundial del Comintern en 1922.

¹³⁶ QC II, p. 937. QC III, p. 1636; A. Gramsci, *Notas*. . ., ed. cit., p. 134.

¹³⁷ QC II, p. 802; A. Gramsci, *Antología*. . ., ed. cit., p. 135 y *Notas*. . ., ed. cit., p. 95. Se ha creído a veces que este pasaje se refiere al movimiento fascista y no al comunista. Un meticuloso estudio del mismo parece excluir esta hipótesis. Los "enormes sacrificios" hechos por las "masas" son inconfundiblemente una referencia a la clase obrera. De igual modo, Gramsci no hubiera nunca considerado al fascismo definitivamente victorioso en Italia; en el contexto de este párrafo, su instala-

ción en el poder lo hubiera considerado tal. En general, el hincapié en la autoridad y la disciplina ultracentralizadas debería probablemente vincularse en este caso a la petición (de otra manera enigmática) de un "mando único" de un Foch proletario en el texto más importante sobre el Oriente y el Occidente. *QC* II, p. 866.

¹³⁸ "*Ermattungstaktik war's, was dir behagte*" ("DE lo que gozabas era de las tácticas de desgaste"): "An Walter Benjamin", en Bertolt Brecht. *Gesammelte Werke*, vol. x. Frankfurt, 1967, p. 828. Brecht no se hacía muchas ilusiones sobre la eficacia práctica de la perspectiva de su amigo: "*Der Feind, der dich von deinen Büchern jagte/Lässt sich von unsereinem nicht ermatten*" ("El enemigo que te saca de tus libros/no lo desgastará gente como nosotros").

¹³⁹ Para el texto del Athos Lisa Report, ver *Rinascita*, 12 de diciembre de 1964, pp. 17-21. En él, Gramsci discute los problemas militares de una revolución italiana futura con excepcional precisión técnica y organizativa.

¹⁴⁰ *QC* I, p. 120.

¹⁴¹ "On the United Front", en *The First Five Years of the Communist International*, vol. II, Nueva York, 1953, pp. 91-104.

¹⁴² Para las opiniones de Gramsci, ver Paolo Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, vol. II, Turín, 1969, pp. 262-74. Los análisis de Trotsky sobre la situación italiana se pueden encontrar en *Writings of Leon Trotsky 1929*, Nueva York, 1973. Están recogidos y discutidos en Silverio Corvisieri, *Trotskij e il Comunismo Italiano*, Roma 1969, pp. 326-35.

¹⁴³ *Voina Klassov*, Moscú, 1921, p. 55.

¹⁴⁴ Tesis presentadas al XI Congreso del PC(b).

¹⁴⁵ *Voina Klassov*, p. 105.

¹⁴⁶ *Military Writings*, Nueva York, 1969, p. 47.

¹⁴⁷ *Ibid*, p. 25.

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 85.

¹⁴⁹ *Ibid*. pp. 65, 88.

¹⁵⁰ *Ibid.*, pp. 65, 88.

¹⁵¹ *Ibid.*, pp. 84-85. Trotsky tuvo la precaución de continuar inmediatamente diciendo que esto no significaba que la lucha militar entre las clases en Occidente pudiera describirse en ningún caso como una pura "guerra de posición". "Generalmente hablando, no se puede ni siquiera hablar de una especie de posicionalismo absoluto, tanto menos en una guerra civil. Aquí lo que se cuestiona es la relación recíproca entre los elementos de maniobrabilidad y posicionalismo." (p. 85).

¹⁵² "Como es natural, si la revolución no adquiere un carácter de masas y no influye en las tropas, no puede hablarse de una lucha seria. De suyo se comprende la necesidad de un trabajo entre las tropas. Pero no debemos figurarnos que se pasarán a nuestro lado de golpe, como resultado de la labor de persuasión o de sus propias convicciones. La insurrección de Moscú demuestra vivamente lo que hay de rutinario y de inerte en esta concepción. En realidad, la vacilación de las tropas, fenómeno inevitable en todo movimiento auténtico popular, conduce, al generalizarse la lucha revolucionaria, a una verdadera *lucha por las tropas*". Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. x, pp. 178-79.

¹⁵³ *Where is Britain Going?*, Nueva York, 1973, p. 87.



JUSTICIA SOCIAL

La Revista del CeDEL

Año 3, N°6 (diciembre 1987)

Albuquerque, M - Echeverría, F - Mac Clure, O. - Tironi, E.

"Chile: la acción sindical en los sectores metalmecánico y cuprífero"

Cappelletti, B. y Rojas, E.

"Objetivos y producción de la prensa sindical: una encuesta a sus responsables"

Carbonetto, D. - Carazo de Cabellos, I - Ferrari, C.

"Consecuencias en el Perú de una política económica heterodoxa"

Consejo Editorial de *Socialismo y Participación*

"Por una nueva estrategia económica"

Konle, Regina

"Sindicatos en España: los parientes pobres de la democracia"

Orsatti, Alvaro

"Los salarios reales en el ciclo justicialista, 1973-1976"

Taiana, Jorge E.

"El movimiento obrero en una época de cambio: 1930-1943"

DOCUMENTOS:

Movimiento Sindical Peronista Renovador - MSPR **"Propuesta de declaración recordatoria del Acta de Declaración de la Independencia Económica"** presentada en el "III Encuentro Nacional de Candidatos a Gobernador, Presidentes de distrito y Gobernadores Justicialistas" - Tucumán, 8 de julio de 1987.

LIBROS

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y EL PARTIDO COMUNISTA DE ARGENTINA (1918-1928)*

Alberto J. Pla

Referirse a la vida del Partido Comunista Argentino en estos primeros años de su existencia, es también referirse a la política de la Internacional Comunista. Sus tomas de posición y sus acciones están directamente determinadas por las posiciones de la IC, y ello se puede verificar en forma dramática por la manera en que el PCA acompaña los vaivenes de los cambios operados en la dirección internacional.

Así pues, para analizar la vida del PCA en estos años, es imprescindible trazar el cuadro de actividad, de polémicas y de tomas de posición operados en la IC. Es bien conocido que este período, desde el triunfo de la Revolución Rusa hasta el VI Congreso de la IC en 1928, está saturado de grandes acontecimientos, no solo mundiales, sino específicamente al interior de la Internacional y de Rusia. Podríamos señalar algunos momentos cruciales como por ejemplo: el mismo hecho del triunfo revolucionario, el comunismo de guerra, la NEP, la muerte de Lenin, la llamada “bolchevización” de la Internacional, los giros en las consignas de frente único y sus contenidos, las discusiones sobre el significado de la consigna del gobierno obrero y campesino frente a la de la dictadura del proletariado, las polémicas sobre lo que significa la fascistización, el idilio y luego la condena al Kuomintang, el surgimiento de la estrategia de lo que se llamó el tercer período y la consigna de clase contra clase, etc.

* Ponencia presentada al Coloquio “Movimiento Obrero en América Latina entre las dos guerras mundiales”. Universidad Autónoma de Puebla, México.

Todo ello repercutirá de una u otra forma en el PCA. Nos interesa en este trabajo presentar algunos problemas y al mismo tiempo señalar algunos errores, tanto de información como de interpretación, en que generalmente caen los autores argentinos que tratan este tema. Pero sólo podrá ser presentado en forma bastante esquemática, para reducirlo a las dimensiones de una ponencia.

Hemos tomado en consideración, en primer lugar las fuentes y en segundo lugar, los textos que estudian este período. Han sido esencial en el análisis los propios documentos del PCA, como su periódico *La Internacional*; los textos de la *Conferencia* de Partidos Comunistas de América Latina de 1929 (de aquí en adelante citada como Conferencia de 1929), el *Esbozo* de Historia del P. Comunista elaborado por su Comité Central en 1947 (de aquí en adelante citado como *Esbozo*); así como diversos números de *La Correspondencia Sudamericana* editada por el Secretariado Sud Americano de la IC; documentos de la Internacional Sindical Roja (ISR) y por cierto el material de los Congresos y algunos de los Plenarios de la IC entre 1919 (1º Congreso) y 1928 (VIº Congreso).

Si hemos detenido nuestro análisis en 1928, se debe a varias razones, pero hay dos esenciales: ya el tema tratado es de por sí muy extenso por sus contenidos y en 1928 hay un verdadero cambio de concepción y estrategia que implica otro análisis y que está unido al cambio de la situación general a nivel mundial y también a los cambios en Argentina con el impacto de la crisis económica y el golpe militar de 1930.

Por último deseamos señalar que la extensión limitada de la ponencia nos impide mencionar muchos acontecimientos y también explicar ciertas posiciones ideológicas generales. No obstante se trata de los hechos más conocidos, tanto referidos a la Internacional Comunista, como a los de la historia argentina general.

1. Los orígenes del Partido Comunista de Argentina

Dentro del Partido Socialista se habían generado, desde su fundación, diversas discusiones que hacían a problemas programáticos, cuestiones de estrategia y también de táctica. Estas luchas internas, dieron origen a varias escisiones entre 1896 y 1918. Lo que nos interesa es la discusión abierta entre 1917-1918, cuando los llamados "internacionalistas", por apoyar a la revolución rusa y tener una concepción revolucionaria, terminan por abandonar el partido socialista. Ya hemos tratado este tema¹ y aquí nos es suficiente con recordar el momento de la ruptura.

En abril de 1917 se reúne un Congreso del P.S. y el tema que provoca el enfrentamiento es la posición sobre la guerra mundial.

La minoría del Comité Ejecutivo consigue mayoría en el Congreso.

Estos son los internacionalistas que denuncian a la guerra como guerra imperialista. Su principal vocero es Juan F. Penelón. Los internacionalistas ganan la votación por 4204 votos contra 3564 de la mayoría del Comité Ejecutivo. La dirección termina expulsando a los internacionalistas, para quedar en control del Partido, y entonces los expulsados van a convocar a un Congreso que se reúne los días 5 y 6 de enero de 1918. Allí queda fundado el Partido Socialista Internacional, que no solamente aprueba documentos donde se explicita su lucha anterior en el partido socialista, sino que también aprueban diversas declaraciones: de principios, sobre política nacional, etc.

Es interesante notar que defienden una posición clasista y revolucionaria, ahora directamente inspirada en el triunfo de la revolución rusa. Aprueban un programa mínimo y un programa para la revolución y sostienen allí, al tratar de unir las reivindicaciones inmediatas con la estrategia general:

“... pero cuando breguemos por el programa mínimo será a condición de abonarlo, de empaparlo por decirlo así, en la levadura revolucionaria del programa máximo, consistente en la propiedad colectiva, por cuya implantación lucharemos sin descanso y sin demora”.²

Esta cuestión relativa a la existencia de dos programas, uno mínimo y otro máximo, será tema de debate posterior. Señalamos por ahora, que los “internacionalistas” trataban de armonizar ambos modos de lucha en lo que podría llamarse un programa de transición.

Este Congreso de enero de 1918 será así, el Congreso de fundación del Partido que luego se llamará Comunista, cuando en 1920 resuelvan aceptar las 21 condiciones de la IC, y cambien su nombre de PSI a PC.

2. Los primeros congresos del P.C. de Argentina

Vamos a detallar en forma estricta los distintos Congresos, sus fechas y los principales acontecimientos referidos al mismo, a los efectos de sistematizar una información básica. Más adelante usaremos estos elementos para el análisis correspondiente.

a) Primer Congreso (PSI), 5-6 de enero de 1918:

Se consuma la formación del nuevo partido y se elige la dirección constituida de la siguiente manera: Secretario General: José F. Grosso; Srio. de Actas, Nicolás de Palma; Tesorero: Victorio Codovilla; Vocales: Arturo Blanco, Aldo Cantoni, Pedro Zibecchi; Guido A. Carrey; Atilio Medaglia; José Alonso; Emilio G. Mellén y M. Lorenzo Rañó. Como se puede apreciar señalamos dos cosas: la primera, que a pesar de lo que afirman algunos autores Rodolfo Ghioldi aún no figura en la dirección; la segunda, que sí figura en la dirección Victorio Codovilla, a pesar de las referencias inexactas que a veces se han usado para señalarlo como un italiano, simple delegado de la IC en la época de Stalin.

Los internacionalistas, ya publicaban un periódico, *La Internacional*, desde 1917 y lo mantienen ahora como órgano de nuevo partido (PSI). En su dirección estaban: Victorio Codovilla, Rodolfo Schmidt, José F. Penelón, Aldo Cantoni, Rodolfo Ghioldi, Juan Ferlini y Juan Greco.

Al Congreso asistieron representantes de 22 centros que tenían 750 afiliados y resuelven intervenir en las elecciones municipales de la ciudad de Buenos Aires de ese año; obtuvieron 3258 votos y consiguen elegir Concejal a Juan Ferlini.

Es importante señalar, dada la importancia de los grupos intelectuales y estudiantiles, que en junio de 1918 estalla en Córdoba, se propaga a todas las Universidades, el movimiento de Reforma Universitaria, que luego tendrá proyección latinoamericana. Los Internacionalistas participan activamente y en muchos casos son los dirigentes naturales de este movimiento universitario. Según Arévalo³ afirma en la actualidad, los comunistas dirigían en esa época la Federación Obrera de Córdoba. Lo cierto es que ese movimiento estudiantil tuvo desde sus inicios definiciones de revolución social y consiguió llevar adelante acciones de conjunto obrero-estudiantiles que significaron una verdadera movilización nacional, allí donde existían universidades, y especialmente en Córdoba.

b) Segundo congreso (PSI) - abril de 1919.

Comienza a manifestarse dentro del partido una divergencia interna que luego crecerá. Un sector plantea que dado el avance revolucionario mundial ya no es necesario el programa mínimo. En este Congreso se resuelve convertir en diario *La Internacional*, aunque esto no puede implementarse hasta 1921. Deciden enviar delegados al Segundo Congreso de la IC.

c) Tercer congreso (PSI) - 24 de abril de 1920.

En este Congreso aparece la dirección ya en minoría, al concretarse lo que se llamó “la izquierda”. Esta izquierda, a través de su vocero Tomás Velles, de Rosario, propuso eliminar el Plan Mínimo del Programa pues “debido a la situación revolucionaria mundial, el programa mínimo no tiene razón de ser”⁴. El Congreso aprueba esta posición, contra la dirección representada esencialmente en ese momento por Codovilla, R. Ghioldi, Penelón y Ferlini. No obstante, y dado el apoyo de la IC a la dirección, ésta sigue en control y no hay cambios a este nivel. Esta “izquierda” mantendrá su predominio durante varios congresos hasta ser expulsada más adelante, y se mantiene la paradójica situación de que la dirección sigue siendo la representante de la minoría.

A fines de 1920, en el mes de noviembre, al presentarse a elecciones consiguen un segundo Concejal en la ciudad de Buenos Aires, ya que José F. Penelón obtiene 5061 votos. La actividad electoral es un motivo más de discusión, en donde la mayoría sostiene que es sólo un medio para hacer propaganda y en cambio la dirección sostiene la importancia de participar en los cuerpos de elección popular, para contribuir a una legislación reformista.

Es interesante notar que en Rosario, segunda ciudad de Argentina, sacan 3114 votos contra 2900 de los socialistas⁵.

d) Congreso Extraordinario - 22-26 de diciembre de 1920.

Este Congreso Extraordinario marca el fin del PSI y el cambio de nombre a Partido Comunista. Ya se ha realizado el Segundo Congreso de La Internacional y se han aprobado las 21 Condiciones. Rodolfo Ghioldi, delegado ante este último Congreso, presenta el Informe central y se resuelve así aceptar en su totalidad las 21 Condiciones.

Es importante señalar que la “izquierda” vuelve a ganar la mayoría ante la dirección y ello se manifestará en la Declaración de Principios que se aprueba, retocando la anterior. Rodolfo Ghioldi critica como “verbalista” a Tomás Velles y sostiene que “El Partido necesita darle un Programa de acción inmediata concreto. . .” ante el planteo de Velles de realizar una “obstrucción sistemática a toda labor constructiva” y por ello criticaba la actividad de los concejales comunistas⁶.

3. La situación en La Internacional Comunista

Mientras tanto, en marzo de 1919 se había realizado el Congreso de fundación de la III^o Internacional o Internacional Comunista. Ello sucedía en momentos de euforia revolucionaria. No sólo había triunfado la

revolución en Rusia, sino que la ola revolucionaria agitaba a toda Europa, sin excepción. Este primer Congreso aún no representa cabalmente a los nuevos partidos comunistas que van a surgir en este proceso de guerra mundial-revolución, pero la representación rusa, a cuya cabeza estaba Lenin, Trotsky y Zinoviev entre otros, dejará así constituida una organización que se definirá por sus principios revolucionarios socialistas, y por la caracterización del papel del proletariado en la revolución. La tesis central se refiere a la diferencia entre democracia burguesa y democracia proletaria, en la cual se explica que dictadura del proletariado es democracia de la mayoría, ya que el Estado, por definición marxista, siempre es la representación de la clase dominante. Con la revolución domina el proletariado, no para perpetuarse, sino para disolver el Estado mismo.

Lo importante comienza en realidad a partir de este Congreso fundacional. El Ejército Rojo está derrotando a la contrarrevolución interna y se proyecta hacia Europa. Cuando se realiza el Segundo Congreso de la IC, la tónica podía estar representada aún por la declaración de Zinoviev un poco antes cuando afirma:

el movimiento avanza a una velocidad tan vertiginosa que podemos decir con seguridad: dentro de un año ya empezaremos a olvidar que en Europa se luchó por el comunismo, ya que el año próximo toda Europa será comunista. Y la lucha por el comunismo se trasladará a América y posiblemente a Asia y los demás continentes”⁷

Sin embargo la realidad será otra. En 1920 el Ejército Rojo es detenido y derrotado a las puertas de Varsovia, lo que después dará lugar a un nuevo período de reflujo en el avance revolucionario.

El Segundo Congreso de la IC se reúne en julio-agosto de 1920, y allí se genera la famosa polémica Lenin-Roy sobre las alianzas con los sectores democráticos o nacional-burgueses de la burguesía, especialmente en los países dependientes. En este congreso ya Lenin plantea:

“¿Es que la fase capitalista de desarrollo de la economía nacional es inevitable para los países subdesarrollados que están en vías de desarrollo y que desde el final de la guerra se encaminan al progreso?. Nosotros decimos que no.”

No obstante no hay una verdadera comprensión y una verdadera profundización sobre lo que está pasando en ese mundo “en vías de desarrollo”. Lo demuestra el desarrollo del Congreso de Baku que se hace a fines de 1920, para tratar el problema colonial de Oriente y donde los delega-

dos rusos siguen pensando en una solución rusa, que no encaja con las necesidades de esos otros pueblos, por su estructura y por su conformación cultural. El esquematismo, uno de los grandes males que generan las instituciones, campea en esos momentos en La Internacional, y si hasta entonces la revolución es esperada de un día para otro, en seguida el fin de la ola revolucionaria, le hará dar un giro de 180 grados.

No pudiendo sostener ya que la revolución y la toma del poder por los partidos comunistas estaba a la orden del día, comienza a darse un giro de posición. En primer lugar en Alemania. El hecho: el reformismo socialdemócrata no había muerto y se imponía cambiar la táctica. El Partido alemán envía entonces una Carta Abierta a otros partidos y sindicatos, propugnando otro tipo de acción que a partir de allí (1921) se comenzará a llamar táctica de “frente único”

La mayoría de la IC resiste este cambio de posición de ofrecer frente único a los socialistas, y Lenin queda en minoría. En esos momentos la posición de Lenin, en minoría dentro de la IC, será calificada de “derecha”, ya que la “mayoría” mantiene la anterior visión de Zinoviev que ya hemos citado.

Será sólo en el Tercer Congreso de la IC (junio de 1921), cuando va a haber un cambio. No obstante es importante señalar que ya en ese año se ha producido un cambio en la URSS. Lenin consigue hacer aprobar la

Nueva Política Económica (NEP) en el Xº Congreso del PCUS realizado en el mes de marzo de 1921. Cuando en junio se reúne el Tercer Congreso de la IC se aprobará entonces la táctica del “frente único”. Es de señalar que ese texto fue escrito por Trotsky y la llamada “izquierda” veía en Trotsky —que era quien aparecía en primer plano en la defensa de su posición común a la de Lenin—, al principal adversario.

La Consigna del Tercer Congreso fue entonces “A las masas”. Lenin y Trotsky siguen siendo calificados de derecha, y la izquierda quiere una nueva ofensiva revolucionaria inmediata con la toma del poder, como si ello fuera un problema de voluntad. Así, califican al “frente único” como de “oportunismo”. En Italia, Bordiga rechaza el frente único criticándolo virulentamente y en cambio Gramsci aparece apoyando esta posición. En su crítica se decía que el frente único es sólo apto para ser aplicado por partidos muy desarrollados, no así en general por los partidos comunistas. En contraposición se argumentaba que existe una relación entre el frente único “a las masas” y la propia formación del partido. El partido, es cierto, corre el riesgo de fusionarse con el reformismo; pero al mismo tiempo debe hacerlo pues si no nunca romperá su aislamiento.

Así, la nueva táctica de frente único, se relaciona al cambio en la

URSS con la aplicación de la NEP. En definitiva es el reconocimiento de que la situación mundial ha cambiado y hay que adecuar la acción a nuevas condiciones.

Como complemento a la consigna de frente único, surge la consigna de "gobierno obrero y campesino". Y nuevamente se agudizan las polémicas internas. Radek ejemplifica en sus argumentaciones lo que se entiende por esta posición, distinta a la dictadura del proletariado, mientras que Zinoviev sólo cree que es un seudónimo de la dictadura del proletariado.

Veamos el matiz, importante por cierto. Radek escribía en 1921:

"El gobierno obrero de los concejos puede obtenerse por la fuerza, tanto en la revolución contra el gobierno burgués como en la lucha de los obreros que se desarrolla en defensa del gobierno socialista creado por vía democrática, si lo hace defendiendo con honor los intereses de la clase obrera contra el capital".⁸

Destacamos lo que dice de la defensa del gobierno socialista creado por vía democrática, ya que precisamente allí está el problema del frente único con esos socialistas (socialdemócratas).

Y también dice Radek:

"La clase obrera marchará por la vía democrática tanto tiempo como sea necesario, hasta que consiga por vía democrática, la mayoría parlamentaria; entonces implantará un gobierno obrero y a base de las experiencias que este tenga de la lucha que con ayuda de los derechos democráticos la burguesía iniciará contra él; se verá obligado a iniciar la lucha por la dictadura. ."⁹

Con lo que no está diciendo que se puede construir el socialismo sólo por la vía democrática, sino simplemente que se puede establecer un gobierno obrero por mayoría democrática que debe entonces encarar la lucha por el resto del programa de la IC, al que no renuncia.

En el IV Congreso de la IC (noviembre de 1922) el principal problema en discusión es el relativo al "gobierno obrero y campesino", sobre todo teniendo en cuenta que en el anterior congreso ya se había aprobado la táctica del "frente único". En la discusión se hacen distinciones sobre diferentes tipos de gobiernos obreros y Zinoviev cambia su posición y acepta que no es un mero seudónimo de dictadura del proletariado. Por otra parte, se visualiza el período de frente único como un largo período que cubrirá toda una etapa de luchas y conflictos. No obstante,

será en junio de 1923, cuando el Comité Ejecutivo de la IC lance abiertamente, y con todos sus medios propagandísticos, la consigna de "Gobierno Obrero y Campesino," en sustitución de las fórmulas anteriores. Señalemos de paso, que ese año 1923, la Segunda Internacional cambiará de nombre por Internacional Socialista (IS).

También ese año 1923 es clave en Alemania. La derrota del partido alemán pone en crisis la política de frente único y se agudiza el enfrentamiento con los socialdemócratas que han reprimido violentamente a los obreros comunistas. Radek, dice entonces:

'La socialdemocracia alemana es uno de los principales factores de la marcha victoriosa de la democracia fascista'.¹⁰

Comienza a considerarse a la socialdemocracia un ala del fascismo y Zinoviev vuelve a sus anteriores planteos y rechaza el frente único. Es evidente que si el frente único era realizable con los socialdemócratas y ahora son denunciados como "el enemigo", no hay margen para ningún frente con ellos. Es más, los comunistas alemanes niegan que existan diferencias entre gobiernos fascistas y gobiernos socialdemócratas. Entonces para ellos al igual que para Zinoviev, que no se animan a rechazar el frente único, encuentran la solución sosteniendo que eso es sólo un método de agitación y movilización. La crisis se agudiza. El ejemplo es el retroceso de los comunistas alemanes que, en 1922, tienen una representación de un 13% de comunistas en el Congreso Sindical y en 1924 será sólo del 1%. Es más, en la Unión General Sindical Alemana tenían 88 comunistas en 1922; sólo 3 en 1924 y 1925 sobre un total de 313 miembros.

En enero de 1924 muere Lenin, y Hayek resume en términos gramscianos la situación:

'El período de la guerra de movimientos entre el comunismo y el reformismo, en el que tenían lugar bruscos desplazamientos de fuerzas, había terminado y la lucha entre las corrientes entra en el período de la "guerra de posiciones", en que los cambios en la relación de fuerzas son relativamente pequeños".¹¹

Pero a nivel interno, comienza a acentuarse algo que ya estaba insinuado anteriormente. En efecto, ya en 1919, Zinoviev había planteado:

"Lo que nos hace falta es un partido comunista rigurosamente *centralizado*, con una *disciplina de hierro*, y una *organización militar*".¹²

El triunfo de la contrarrevolución en Europa afecta también internamente a la organización. El partido bolchevique, y la IC, empezarían a reforzar la tendencia sostenida tan claramente por Zinoviev.

El 29 de marzo de 1922, en uno de los últimos discursos de Lenin en el XIº Congreso del PCUS, decía contra la maquinaria del partido:

“La máquina se desliza bajo la mano, se diría que otro hombre la dirige y que corre en otra dirección de la que le ha sido fijada. Va hacia donde la conduce alguien o algo clandestino e ilegal. . .”

En 1923, Lenin escribe a Trotsky pidiéndole que afronte la lucha contra el aparato del partido que se va superponiendo al partido mismo, y critica a Stalin por sus métodos “brutales”. Cosa que por otra parte Trotsky demoró en hacer lo suficiente como para que su enfrentamiento posterior fuera ineficaz. Y también Lenin, en 1923, en su famoso artículo sobre la cuestión nacional georgiana decía:

“El que llamamos nuestro, es un aparato ajeno a nosotros, que representa un mecanismo burgués y zarista que no hemos tenido oportunidad de conquistar durante los pasados cinco años. . .”

Trotsky publica en 1923 “Nuevo Curso”, pero ya el partido es cada vez más el modelo centralizado, de hierro y de estructura militar que preconizó antes Zinoviev. Ahora el propio Zinoviev será una de sus víctimas, y ese proceso aparece como irreversible, a pesar de que entre 1925-26 donde se presenta Trotsky es ovacionado y siempre figura al lado de Lenin como los artífices de la Revolución. En 1927 (15 de diciembre) será expulsado del partido, en enero de 1928 detenido junto con 8 mil militantes de la Oposición y un año después expulsado a Turquía.

No obstante el PC Argentino, a través de una moción de R. Ghioldi y Codovila, aprueba en su Comité Central una resolución en la que manifiesta:

“El Comité Central del Partido Comunista de la Argentina manifiesta su solidaridad con el PC de la URSS, ratificando su enérgica oposición al troskismo y, condenando. sus concepciones erróneas y anticomunistas”.¹³

Antes que esa “condena” fuera hecha en la URSS misma. Sería en 1927 cuando comience la preparación de la expulsión de Trotsky en la URSS.

Y ahora es conveniente retomar el problema del Partido Comunista Argentino en esos años.

4. Congresos, vida interna y escisiones en el PCA

Ya en 1920 se ha conformado dentro del partido socialista una nueva corriente que se va a denominar "tercerista", pues planteaba la adhesión a la Tercera Internacional. Ese grupo fue "Claridad" que publicó una revista y su principal dirigente era E. del Valle Ibarlucea, senador por el P. Socialista. A fines de 1920 los "terceristas" son derrotados en un Congreso del PS, y en seguida expulsados del mismo.

El grupo Claridad convoca entonces su propio Congreso (26-27 de febrero de 1921) y en él resuelven adherirse al Partido Comunista. Figuran entre los terceristas: Carlos Mauli, Silvano Santander, José Semino, Orestes Ghioldi, José P. Barreriro, Simón Scheinberg, Verde Tello, F. Nájera, José García y otros.

Este refuerzo para los comunistas, representa algo importante en ese momento, aún cuando es necesario señalar la evolución que tendrán los miembros de este grupo en el futuro inmediato. Sin embargo, al formarse en marzo de 1921 la Federación Juvenil Comunista (FJC), se elige secretario general a Orestes Ghioldi, y comenzarán a publicar su propio periódico *La Juventud Comunista* a partir de mayo de ese año.

Al reunirse el IV Congreso del PCA (22-26 de enero de 1922), se presenta primero un informe de Rodolfo Ghioldi sobre el tercer congreso de la IC. Como ya hemos mencionado está presente la discusión sobre lo que significa el frente único. Surge un sector que se denominará "frentista" y que junto con la anterior "izquierda" son mayoría en el Congreso. Esta oposición es una mezcla ya que el frente único con el Partido Socialista, poco tiene que ver con lo que sostenían los "izquierdistas" en el sentido de rechazar la formulación de cualquier programa mínimo. Como decimos en el Congreso gana la oposición, pero la dirección sigue en las mismas manos de quienes cuentan con el apoyo de la IC.

Los frentistas van a publicar un nuevo periódico denominado *Nuevo Orden* y hay que tener en cuenta que muchos de ellos son los recién llegados de la escisión socialista. La izquierda, por su parte sostiene:

"Oposición sistemática a toda labor constructiva presentando al Consejo Deliberante proyectos puramente demostrativos, no con miras a su adopción por la mayoría burguesa, sino para la propaganda y agitación entre las masas".¹⁴

Después de este Congreso los frentistas son expulsados del PCA y muchos de ellos vuelven al Partido Socialista. En cuanto a la izquierda continúa dentro del partido comunista.

Es más se realizan dos nuevos congresos comunistas: el Vº Congreso (26 de julio de 1923) y el VIº Congreso (25-27 de julio de 1924) en donde la mayoría sigue siendo de la izquierda, pero manteniendo la dirección sus puestos de mando. La influencia de la IC garantiza la permanencia de esta dirección minoritaria.

Es decir, que hasta después del VI Congreso del PCA, se mantiene la situación paradójica que estamos señalando. Pero primero enfatizamos algo de gran importancia y es que hasta 1925 en que se realiza el Congreso siguiente (el VII) el PCA ha mantenido abierta una discusión que le ha permitido realizar congresos anualmente desde su fundación. Aquí está planteada ya la cuestión del monolitismo y la centralización de hierro y el VIII Congreso se hará en 1928.

El espaciamiento de los congresos comunistas argentinos sigue el molde de la IC, ya que allí también de congresos anuales se pasará a congresos esporádicos.

En efecto, el Quinto Congreso de la IC (17 de junio - 8 de julio de 1924) realizado después de muerto Lenin se caracteriza por ese mismo centralismo y el siguiente se realizará recién en 1928, al igual que el de la contraparte de los comunistas argentinos.

Después del VIº Congreso del PCA, La Internacional Comunista decide tomar ingerencia directa en la situación. Lo hace con una "Carta Abierta" de la IC, dirigida a los comunistas argentinos y que su periódico La Internacional publica el 4 de abril de 1925. Allí dice la IC:

"Es inexplicable cómo, un partido de antecedentes marxistas como el vuestro haya podido mantener durante mucho tiempo un programa de acción —que debe confeccionarse sobre la base de puntos concretos que respondan a las necesidades inmediatas de las masas— que es una simple declaración, y en cambio no haya tenido en cuenta el que frente al mismo, sostuviera con algunas variaciones, la mayoría del Comité Ejecutivo de vuestro Partido".¹⁵

La suerte estaba así, echada. El Comité Ejecutivo Ampliado del PCA se reúne el 27 de junio de ese año, aprueba la Carta Abierta, convoca a un nuevo Congreso y decide exigir a los izquierdistas que acepten el documento de la IC. Junto con esto se produce un cambio sustancial en la organización interna del partido, adoptándose la forma celular en detrimento de la organización territorial.

Por fin se reúne el Congreso el 26 de diciembre de 1925 (VIIº Congreso) y como culminación de la enérgica acción contra los izquierdistas desplegada por la dirección durante todo ese año, se va a producir la expulsión de los mismos. El Congreso es un tumulto, hay balazos y cae muerto Enrique G. Muller, dirigente juvenil adicto a la dirección. Los izquierdistas que habían amenazado publicar *La Chispa* y ya se los denominaba chispistas, no sólo son expulsados sino que son acusados de asesinos.

Los chispistas, siguen publicando su periódico y forman entonces el Partido Comunista Obrero.

En la actualidad y como muestra del tipo de mentalidad reinante en algunos comunistas, podemos transcribir que Oscar Arévalo, ya citado, al referirse a esta escisión dice que en el PC Obrero había una mezcla de "trotskistas y elementos policiales"¹⁶, lo que dicho así por lo menos es calumnia, aparte de ser inexacto. En realidad, varios años más tarde van a surgir los primeros trotskistas argentinos, y no precisamente de ese PC de la Región Argentina, que es una escisión posterior del PC, a la que nos referimos más adelante, y cuyo principal dirigente fue José F. Penelón.

5. El problema de la "bolchevización"

Después de la derrota alemana de 1923, comienza en la IC, lo que se ha llamado la "bolchevización". Es la etapa de reflujo en Europa. Es la etapa en la que entra en crisis la consigna del "frente único" La define así Zinoviev en el Vº Congreso de la IC, en 1924:

"Bolchevización es creación de una organización sólida, monolítica, y fuertemente centralizada, que supera amistosa y fraternalmente las divergencias en las mismas filas, tal como nos ha enseñado el camarada Lenin. Bolchevización es marxismo en acción, es dedicación a la idea de la dictadura del proletariado, a la idea del leninismo".¹⁷

Muerto Lenin, se habla en nombre de un "leninismo" que comienza a ser acuñado, y en el Vº Pleno de la IC (21 de marzo - 6 de abril de 1925) se aprueba la llamada "Tesis sobre Bolchevización".

En definitiva esa bolchevización era fruto de una situación que ponía a la IC a la defensiva, que consolidó el burocratismo y el monolitismo y que por lo tanto hacía intolerable para la nueva dirección internacional la existencia de discusiones y corrientes de opinión distintas, tal como había sido la característica hasta ese momento. A partir de allí, leninismo será identificado con bochevización aprovechando que Lenin ya está muerto y no puede protestar.

Y comienza entonces a sistematizarse el conjunto de planteos que resumen la política de la IC en esos años y que cristalizará en el VIº Congreso de 1928.

Estamos en 1925, y el frente único es abandonado, al caracterizarse de fascistas a los socialdemócratas. Dijo Zinoviev en ese Vº Congreso de 1924:

“La táctica del frente único es sólo un método de agitación y de movilización revolucionaria de las masas para todo un período de tiempo. Todo intento de interpretar esta táctica como alianza política con la socialdemocracia contrarrevolucionaria, es una forma de oportunismo que es rechazada por La Internacional Comunista”

En resumen que se está produciendo un cambio interior en la IC y en el PCUS: monolitismo, centralismo, autoritarismo, eliminación de la discusión; y un cambio en la estrategia que si bien comienza a esbozarse no pasará mucho tiempo para que quede formalizada: el frente único no es con las organizaciones socialdemócratas que son parte del fascismo, sino que ese frente único debe hacerse al margen de estos partidos y por la base directamente. Comienzan a prefigurarse las resoluciones del VI Congreso de 1928, si a ello unimos el auge que comienza a tener la “novedosa” posición de Stalin sobre la posibilidad de contruir el socialismo en un sólo país, que lanzó desde 1924 y que adquirirá cada vez mayor importancia. Claro, ese socialismo en un sólo país es posible si ese país es, precisamente Rusia. La Internacional deberá paulatinamente reorientarse para no ser ya más una organización para la revolución mundial, sino una organización para garantizar que Rusia cumpla ese objetivo histórico trazado por Stalin.

En el Partido Comunista Argentino, la Carta Abierta de 1925, la expulsión de los chispitas, el monolitismo y el cambio de estructura de funcionamiento celular, es parte de esa misma bolchevización.

No en vano se hará famosa la intervención de Codovila en el Congreso Antimperialista de Bruselas de 1927 cuando exclame:

“¡Qué perezcan por último, estos veinte pueblecitos (latinoamericanos) con tal que se salve la Revolución Rusa!”.

6. La crisis de Penelón y el VIIIº Congreso del PCA

Vamos a dedicarle un párrafo especial a esta crisis, cuyo protagonista fue el hasta entonces dirigente del PCA más importante. Estuvo siem-

pre en la dirección del partido, no sólo aceptando sino elaborando sus tomas de posición, de fuerte personalidad, electo concejal tempranamente, siempre apareció, hasta su expulsión, como el dirigente más serio. Había, es evidente, roces y conflictos con sus compañeros de dirección, especialmente con Codovilla, pero hasta 1926-28 la situación se había mantenido estable, quizá porque enfrente tenían a otros opositores a los cuales fueron expulsando: los frentistas primero y los chispistas luego.

En 1929, se lleva a cabo en Buenos Aires una Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina. Es la primera, y allí, al finalizar las sesiones, hay un informe oficial del PC Argentino sobre su situación. Empecemos transcribiendo el balance que hace el PCA, a través del italiano Vittorio Vidali (que actuaba con el nombre de Carlos Contreras y era miembro de la delegación del PCA):

“Desde su fundación nuestro partido ha tenido tres crisis. La primera se produjo en 1922, al plantearse por primera vez en el partido la aplicación de la táctica del frente único”

Califica a ese grupo de “oportunista y capitulacionista” que encubriéndose en esa táctica, buscaba el retorno al PS. El PCA los excluyó.

“En 1925 se produjo otra crisis. Durante cinco años se había discutido en el Partido la cuestión llamada del “programa” hasta que La Internacional Comunista dictaminó sobre el asunto, estableciendo en una histórica e importante Carta Abierta que la posición del partido argentino —que consistía en no haberse dado y en haber resistido a darse en todo ese tiempo, un programa de reivindicaciones inmediatas— había constituido un grave error político y táctico, error que según la IC, era necesario reconocer y corregir con urgencia. Contra esta línea categóricamente trazada por la IC se levantó un núcleo de afiliados que pretendió justificar y mantener el error de la concepción antiprogramática”.

Es de notar que ese “núcleo de afiliados” era la mayoría. El PCA los expulsó y la IC aprobó lo actuado. Por algo la IC había “dictaminado” sobre este problema.

Y termina Vidalli:

“Ultimamente hemos tenido la crisis en que Penelón quedó fuera de la IC. Esta crisis ha estado en gran parte, ligada al problema de guerra. . .”¹⁸

Y explica entonces que en 1927 la mayoría del Comité Central del PCA lanzó la consigna “ni un kilo de carne, ni una fanega de trigo para los ejércitos imperialistas” a lo que Penelón se opuso pues consideraba que esa posición era “demagógica, inaplicable, exagerada y en definitiva falsa”. El problema aquí es que Penelón no creía en la inminencia de la guerra mundial (lo que fue luego la Segunda Guerra Mundial) y en cambio sí lo creía La Internacional y la dirección del PCA.

Por todo ello termina diciendo que Penelón se hizo “reformista y contrarrevolucionario”

Hemos preferido transcribir primero el balance general que hace el propio PCA en 1929, y recién ahora vamos a mostrar cómo sucedieron las cosas. O mejor aún, como se debería insertar los problemas de la “crisis de Penelón” en un análisis más abarcador. En cuanto a las dos crisis anteriores nuestro planteamiento ya ha sido formalizado más arriba.

El PCA, desde el momento de su surgimiento, se fue consolidando, en tanto dejaba a la derecha al reformismo parlamentarista socialista inspirado en Juan B. Justo, y al mismo tiempo se ubicaba en una posición combativa sin caer en la negación de la actividad política que pregonizaban los anarquistas y los sindicalistas de ambas FORA (Vº Congreso y IXº Congreso). De tal manera que su propaganda fue teniendo éxito electoral. Ya hemos mencionado las elecciones de Ferlini y luego de Penelón como Consejales de la ciudad de Buenos Aires. Hacia 1926, y a través de *La Correspondencia Sudamericana*, se puede constatar:

1) En abril de 1926 dicen¹⁹:

- a) Tienen un aumento de votos en la provincia de Córdoba donde “por primera vez han derrotado en toda la provincia al Partido Socialista”. El PC obtuvo 778 votos; el PS 776 votos.
- b) En la ciudad de Buenos Aires obtienen en marzo de 1926 un aumento en relación a su votación de 1924, mientras los socialistas la reducen. Veamos: PS: en 1924 tuvo 77.632 votos; en 1926 tuvo 63.556 votos; PC: en 1924 tuvo 3.194 votos; en 1926 tuvo 4.389 votos.
Es decir, que los socialistas disminuyeron 13.806 votos y los comunistas sólo captaron 1.295 votos más. De todas maneras la disminución del PS es del 17.8% y el aumento del PC es del 40,5%. Todo ello no puede ocultar la diferencia enorme en votos, por lo que los “grandes éxitos” que se mencionan deben ser relativizados.
- c) Hay avances en Santa Fe y Tucumán pero no se mencionan los datos. En Mendoza, el PC aventaja en votación al PS.

2) En diciembre de 1926 dice la misma publicación²⁰:

- a) Mencionan grandes triunfos en la provincia de Buenos Aires y en la ciudad de Buenos Aires y hablan de “polarización de fuerzas” como si el proletariado se concentrara en el PC. Ya se está encaminando la justificación de la política de clase contra clase. Es más, el PC de Argentina con sus “grandes triunfos”, es presentado como la dirección de masas. Por ello, afirman, se produce en Argentina una “agudización de la lucha de clases”. ¿En qué se basan?. Nuevamente en un dato electoral. Veamos, la comparación con los socialistas, en la ciudad de Buenos Aires: el PS: en 1921 obtuvo 57.159 votos (33.52% del total): en 1926 obtuvo 42.883 votos (25,01 % del total). El PC: en 1921 obtuvo 4.628 votos (2.72% del total): en 1926 obtuvo 6.836 votos (4% del total).

Como se puede apreciar es demasiado escaso indicador para hablar de “polarización” y “agudización” de la lucha de clases. Pero es parte de un discurso ideológico que justificará al llamado tercer período. Señalemos también que si se suman los votos obtenidos por el PS y el PC en 1921 la suma da 170.484 votos y la suma de ambos partidos en 1926 da 171.456 sufragios. En realidad si se toma en cuenta el crecimiento vegetativo del padrón electoral, hasta se puede afirmar que hay una disminución porcentual de la votación de izquierda, muy acentuada. El otro hecho significativo es que el Partido Socialista, que desde 1921 era la primera fuerza electoral en la ciudad de Buenos Aires, queda, en 1926, en segundo lugar superada por el Partido Radical.

Y bien, la actividad electoral se ha convertido no sólo en una actividad central, sino que los “grandes éxitos” condicionarán una mentalidad electoralista en los comunistas argentinos, que por otra parte se refuerza por el cambio de posición de la IC, al vaivén del reflujo revolucionario europeo. Es más la IC considera inminente una guerra contra el fascismo, mostrando lo que podríamos calificar de un pánico injustificado por el ascenso de Mussolini, pues debemos recordar que Hitler está lejos de aparecer aún en Alemania como fuerza a tener en cuenta.

Penelón se va al extremo de preocuparse exclusivamente por los problemas que hacen al “programa mínimo” y más aún por los problemas de la ciudad de Buenos Aires, de la cual es Concejal. Anteriormente expulsaron del PC a los chispistas que no aceptaban las luchas por reivindicaciones inmediatas. Ahora van a expulsar a Penelón por luchar solamente por las reivindicaciones inmediatas. Pero si este es el argumento oficial, junto con aquél de negarse a sabotear las exportaciones de carne y trigo

de Argentina, que pedía la IC, lo cierto es que Penelón se opuso a la “bolchevización” stalinista. Es decir, se opuso a cambiar el régimen de funcionamiento interno del PC pasando de la democracia interna y congresos anuales, al monolitismo y el centralismo extremo.

Dice a este respecto Puiggrós, militante comunista y dirigente de ese Partido hasta 1947; escribiendo en una época posterior, cuando ya era peronista:

“Antes del VIII Congreso estalló la “crisis de Penelón”, o mejor dicho la competencia entre el concejal Penelón y la fracción Ghioldi-Codovilla por el dominio del partido. No hubo altura ni seriedad en la polémica, si así puede llamarse al entrevero. No se discutió sobre bases marxistas ni se enfocó el problema nacional. No salió el Partido superado. Del juego de intrigas y bajas maniobras no queda una sólo línea escrita que sirva de experiencia política. Los rivales se acusaban mutuamente de inmoralidades. Todo se reducía a probar que se disponía de la bendición de Moscú. . .”²¹

Por su parte el Esbozo, versión oficial del PC escrita en 1947, se limita a reproducir lo dicho en la Conferencia de 1929 y que hemos transcrito, y sólo agrega:

“La crisis de Penelón fue la última crisis que afectó profundamente a nuestro Partido”.²²

En estas circunstancias, la dirección del PCA expulsa a Penelón y a un grupo de afiliados en 1927, y en 1928 se realiza el VIIIº Congreso.

O sea que en el VIII Congreso ya no está Penelón, que luego de su expulsión, y apoyado por varios dirigentes como Florindo Moretti, Pedro Chiarante, Ricardo Cantoni y Luis V. Sommi, formarán Partido Comunista de la Región Argentina que en seguida cambiará el nombre por Partido Comunista de la República Argentina (la sigla sigue siendo PCRA).

Por fin, después de 1930 se van a llamar Partido Concentración Obrera.

El VIIIº Congreso aprueba un documento de la dirección, donde se dice:

“. . . aplastar al penelonismo, que representaba el cansancio que se reflejaba en el Partido, resultado de varios años de ofensiva capitalista y que tiene como punto de partida un renacimiento de ilusiones pacifistas y pequeño burguesas.

El penelonismo es una variedad socialdemocrática más peligrosa, por

lo mismo que su núcleo central estuvo vinculado a las masas; el pene-lonismo es el renunciamiento a la lucha revolucionaria; es la adaptación a un estado de espíritu creado por la fatiga en la lucha y la capitulación ante la fuerza del adversario. . .”²³

Este VIII Congreso significa el comienzo oficial del stalinismo, consagrado en el PCA como doctrina oficial. Por primera vez en sus resoluciones se adopta la autocalificación de “marxismo-leninismo-stalinismo” que estará presente, desde entonces, a cada momento y en cada apelación de autoridad.

Mientras tanto, y va en este año de 1928, que es también el del VIº Congreso de la IC, donde se ha consagrado como doctrina la invención del llamado “tercer período”, Codovilla escribirá:

. el período actual es el de las guerras capitalistas y de la revolución proletaria; período agónico del imperialismo y por consiguiente después del tercer período (el actual) no podía haber ni un cuarto ni un quinto, etc. porque éste era el último período de la era capitalista”.²⁴

Y Puiggrós, tergiversando todas las resoluciones de la IC y las posiciones asumidas públicamente por Stalin, dice que esta concepción de Codovilla es “antistalinista”. Se trata en realidad de la misma concepción del VIº Congreso de la IC. Para su malabarismo sofista, Puiggrós extrapola una posición de Zinoviev de 1926, que habla de la maduración revolucionaria a corto plazo, con el objeto de salvar a Stalin, pero el VIº Congreso de la IC no sólo es Stalin, sino que ya han sido separados de sus cargos Zinoviev y Trotsky. Es más, el VIº Congreso en sus resoluciones explica lo mismo que Codovilla en cuanto a lo que es el “tercer período” que justificará la conclusión lógica de la consigna que entonces se impone, la estrategia y la táctica se resumen en la lucha de “clase contra clase”.

Es más en 1928, antes del Congreso, hay una Carta del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC dirigida al PC Argentino, donde se dan normas para culminar el proceso de “bolchevización” (o sea de stalinización) y dice que la lucha es contra el imperialismo y la burguesía nacional. Veremos más adelante en qué consistió el giro de la IC, del oportunismo seguidista del Kuomintang al ultimatismo de “clase contra clase”

En el VIIº Congreso del PCA uno de los temas centrales fue la posición a adoptar frente al gobierno de Yrigoyen. Señalamos por ahora que una cosa es lo que dijeron e hicieron los comunistas en 1928-30, y otra lo que dicen a posteriori. En 1928, calificaron a Yrigoyen de “antiobre-

ro”, “demagógico”; su “verdadera faz es recurrir a las represiones más sangrientas”, etc. El *Esbozo*, veinte años después tergiversa la historia y falsifica la documentación. Veremos esto con más detalle, pues hace a la comprensión y a la discusión de la llamada “cuestión nacional”

Lo insólito es que Puiggrós acuse a Codovilla de afinidad trotskista, afirma que Codovilla:

“Repite la conocida generalización contrarrevolucionaria y proimperialista sobre el papel reaccionario de la burguesía nacional en los países coloniales y dependientes, y particularmente en nuestro país. Era la tesis de Trotsky en la cuestión china.”

Así queda desfigurada totalmente la concepción de Trotsky sobre la revolución permanente, pero lo más importante, Puiggrós puede echar la culpa de todas las tremendas equivocaciones de la IC, a los trotskistas, que a pesar de estar separados, expulsados, perseguidos en la URSS y el exterior, parece que por telepatía dominaban los aparatos de la IC y dictaban sus resoluciones.

Y nuevamente surge el problema “nacional”, que en el caso de Argentina se expresa en esos años en relación a la posición asumida frente al gobierno de Yrigoyen. Retomaremos esto.

7. La IC en camino a su Sexto Congreso de 1928

Como hemos dicho, entre el Vº y el VIº Congreso de la IC transcurren más de 4 años, desde julio de 1924, hasta julio-setiembre de 1928 en que se realiza el VIº Congreso.

La situación internacional ha mostrado la recuperación de la pos-guerra y se ha producido una estabilización del capitalismo mundial.

A mediados de 1925 la Comintern reconoce este hecho como algo inédito. Para ellos se trata de algo inesperado ya que hasta entonces seguían aferrados a una corta perspectiva de ascenso revolucionario. Las derrotas europeas eran siempre interpretadas dentro de un contexto de reflujo transitorios, pero se mantenía la perspectiva de la lucha por el poder, aún en frente único con los socialistas. La IC está dirigida por el triunvirato Stalin-Kamenev-Zinoviev, pero los cambios (internos a la URSS después de la muerte de Lenin y externos con la estabilidad del capitalismo), tienden a desintegrar esta troika. Surge la que se va a denominar Oposición de Leningrado, pero Zinoviev y Stalin vuelven a retomar el problema de frente único, al que ya no consideran una maniobra. Se termina de desintegrar la troika ya que Stalin se apoya ahora en Bujarin,

y frente al duo Stalin-Bujarin en 1926, surge un acuerdo opositor entre Trotsky, Kamenev y Zinoviev, aún cuando entre ellos se mantienen las diferencias. El único elemento aglutinador era la resistencia al monolitismo stalinista, que fue el resultado de la bolchevización centralizada. Bujarin asume la dirección de La Internacional Comunista y Zinoviev es definitivamente desplazado. Este período está saturado de la experiencia china. Este es un problema central. Señalemos algunos datos: 30 de mayo de 1925, matanza de Shangai; marzo de 1926, golpe de estado de Chian Kai Shek; abril de 1927, insurrección obrera victoriosa de Shangai; inmediatamente matanza de Cantón bajo la dirección de Chian Kai Shek y derrota terriblemente sangrienta del Partido Comunista Chino.

La Internacional era la que discutía y la que orientó toda la política del PC Chino. Hay varios problemas involucrados, pero lo es que se ponía a prueba la posición de la IC sobre el frente único: la IC hace frente único con el Kuomintang de Chiang Kai Shek, porque según su concepción hay que hacer frente con la burguesía de un país colonial o subdesarrollado; pero al final toda la concepción del antimperialismo y sus modalidades de aplicación entran en crisis.

El otro problema, y que se refiere a América Latina, está directamente representado por la experiencia del APRA en Perú, que es tomado como el mejor ejemplo de Kuomintang latinoamericano. La polémica de Mariátegui frente a todo esto está presente en forma permanente. No obstante, no vamos a seguir ésta cuestión, sino que entendemos que es necesario tenerla presente en el análisis.

Tratemos entonces dos temas, que hacen a problemas de fondo:

a) El problema chino.

Bujarin declara en octubre de 1926:

“La revolución marcha hoy en tres direcciones: la edificación del socialismo en la URSS, el movimiento obrero inglés y la revolución china”.²⁵

Aclaremos los tres puntos: la edificación del socialismo en la URSS es el socialismo en un sólo país; el movimiento obrero inglés se refiere a las grandes huelgas de 1926, especialmente la de los mineros, jornada de lucha verdaderamente histórica y que terminará por voltear al gobierno conservador y dará origen al primer gobierno laborista; la revolución china se refiere a su alianza con el Kuomintang.

Un delegado del Kuomintang asistió al VIº Pleno de la IC y es reci-

bido con ovaciones. Trotsky se opone a confiar en Chiang Kai Shek y ello muestra la falacia del planteo de Puiggrós, mencionado antes. Lo dramático es que esa confianza de Stalin y Bujarin en el Kuomintang será uno de los elementos que lleva desarmados a los comunistas para que Chiang Kai Shek realice su famosa matanza de comunistas en abril de 1927. No había transcurrido ni un año desde que fuera recibidos en triunfo en Moscú.

El enfrentamiento con Trotsky se agudiza a partir de 1927, y ya hemos mencionado su separación, expulsión, confinamiento y exilio. Entre 1927-29 Stalin triunfa sobre Trotsky apoyándose en Bujarin, pero lo normal es que luego del VIº Congreso de 1928, Stalin excluye a su vez a Bujarin del Buró Político. La política de los "limones exprimidos" es de vieja data y tampoco la inventó Stalin. Pero supo utilizarla.

Como dice Hayek:

"Con este telón de fonde nace una nueva línea política, definida entonces como la táctica de clase contra clase".²⁶

b) El antimperialismo:

Está ligado lógicamente a las vicisitudes de la táctica de frente único, pero en América Latina se expresa de manera peculiar, al compás de lo que hacen los comunistas europeos.

En concreto se va a formar la Liga Antimperialista Mundial que realiza su famoso Congreso en 1927. Mientras tanto, en América Latina, se va a formar la Liga Antimperialista de las Américas, que publica su periódico *El Libertador* en México, a partir de 1925. Nos interesan las consecuencias de la aplicación de esta concepción en América Latina, ya que responde al trasfondo de la política general de la IC expresada sobre la cuestión China y sobre la caracterización de la burguesía nacional.

Al sólo efecto de mostrar la manipulación reinante digamos que en el N° 1 de *El Libertador*, de marzo de 1925, se menciona a Recabarren y al referirse a su muerte se dice "Recabarren acaba de ser ultimado a balazos por la burguesía chilena"²⁷ y la misma información aparece en *La Internacional*, órgano del PCA, en un vano esfuerzo por ocultar el hecho de que Recabarren se había suicidado.

La Liga Antimperialista de las Américas planteará el frente único, la liberación nacional y apoyará abiertamente las luchas de Sandino, pero ni se mencionan los soviets o las otras posiciones que serán luego lugar común en la época del tercer período de la IC. Por algo dejará de aparecer *El Libertador* en 1928, y luego del VIº Congreso la IC formará lo

que se denominó Buró del Caribe con sede en New York, para llevar adelante la nueva política.

La Resolución del VI^o Congreso sobre el movimiento revolucionario en las colonias tiene párrafos contradictorios. Por un lado, aparece el etapismo que se hará consigna esencial de la IC en 1935 cuando en el VII^o y último Congreso de la IC se aprueba la política de los frentes populares; por el otro y en una línea lógica de evolución de posiciones se cae en el ultimatismo que significa apostar todo a la revolución ya, en forma inmediata.

Dice la Resolución del VI^o Congreso (1928); al constatar el predominio del imperialismo norteamericano en América Latina:

“La lucha nacional emancipadora contra el imperialismo Americano que ha comenzado en América Latina se lleva a cabo mayoritariamente, bajo la dirección de la pequeña burguesía. La burguesía nacional, que representa un pequeño estrato de la población (con las excepciones de Argentina, Brasil, Chile). . se encuentran en el campo de la contrarrevolución”.²⁸

O sea, que de ahí surgen dos cosas: 1) los movimientos antimperialistas son dirigidos por la pequeña burguesía y 2) en Argentina la burguesía nacional es importante, pero es contrarrevolucionaria.

Los ejemplos que cita la resolución para mostrar estas situaciones son: la lucha antimperialista de la revuelta de los peones rurales de la Patagonia argentina y la lucha estudiantil en Venezuela en 1928.

De ahí que:

“La alianza con la URSS y con el proletariado revolucionario de los países imperialistas crea para las masas trabajadoras de China, India y de todas los países coloniales y semicoloniales, la posibilidad de un desarrollo independiente, tanto económico y cultural, eliminando la etapa de dominación del sistema capitalista, o aún más, el desarrollo de relaciones capitalistas en general”. (Subrayado en el texto).

Es decir que la resolución sostiene que se puede evitar “la etapa” capitalista en “todos” los países coloniales y semicoloniales. Ya hemos mencionado lo que había dicho Lenin en cuanto a la existencia de tal posibilidad, pero de ahí a postularlo como posible en todos los casos, convierte a la antigua formulación de Lenin en una caricatura.

Y la resolución culmina su planteamiento al sostener que en las colonias se plantea entonces “el problema del poder revolucionario sobre la

base de Soviét's" La experiencia que a continuación se vive en varios países latinoamericanos, nos permite por ahora abstenernos de todo comentario.

Recalquemos entonces que esta posición ultimativista se expresa en la resolución. Veamos la otra cara. En la misma resolución se refieren á la necesidad de una "revolución democrática" en estos países, diciendo que la misma prepara los "pre-requisitos para la dictadura del proletariado"²⁹ y la revolución socialista. Así la emancipación del imperialismo "es facilitada por el desarrollo de la revolución socialista en el mundo capitalista"; y sólo se garantizará por el triunfo de esa revolución socialista en los países capitalistas más avanzados. Por ello "la transición de la revolución (democrática) a una fase socialista, requiere la presencia de algunos pre-requisitos mínimos, como por ejemplo, un cierto desarrollo importante en el país de una industria, de sindicatos obreros y de un poderoso partido comunista".

La contradicción esencial es que antes se postuló la revolución socialista sin etapa capitalista alguna, y ahora se plantea como prerequisite el desarrollo de una industria. . . que no puede ser sino capitalista, entre otras cosas. Una mezcla de ultimativismo y etapismo. Y el énfasis a poner en la necesidad de crecimiento de los partidos comunistas.

Después relativiza el papel de la "burguesía nacional" (que antes, sin ningún tipo de diferenciaciones calificó de contrarrevolucionaria) diciendo que hay un sector que representa los intereses de la "industria nativa" y apoya al movimiento nacional, por lo que aquí se descubriría entonces la existencia de un "nacional reformismo". No obstante aquí no termina el embrollo.

La conclusión que se extrae es:

"Es necesario rechazar la formación de cualquier clase de bloque entre el Partido Comunista y la oposición nacionalista burguesa"

Al hacer el balance del desastre de la política china de la Comintern, se echa toda la culpa a "la impericia del proletariado chino", y también al P. Comunista Chino por sus actitudes oportunistas³⁰, sin mencionar que la línea política aplicada fue la impuesta por Stalin y la IC, de lo cual queda constancia debido a la dura polémica con Trotsky que se opuso a ella. Las masas fueron de esta manera, calificadas de "heroicas" y la IC se salva de toda responsabilidad. El giro político de 1928, no necesita de una autocrítica.

Al referirse a las "tareas inmediatas" (subrayamos lo de inmediatas) en América Latina, la IC resuelve un programa de 6 puntos: 1) expropia-

ción sin indemnización de plantaciones y latifundios; 2) confiscación de las empresas extranjeras; 3) repudio de las deudas del Estado; 4) jornada de 8 horas de trabajo; 5) armamento obrero y campesino y formación de milicias; 6) formación de Soviét. Por último, todo esto se concretará en la formación “inmediata” de Gobiernos Obreros y Campesinos.

En el informe que sobre el texto de la resolución realiza Jules Humbert Droz y que básicamente representa lo que se ha resuelto, Droz se contradice también ya que afirma que “no hay desarrollo de la burguesía nacional sino como clase “señorial nacional”

La caracterización de los países latinoamericanos como de características feudales o semif feudales ya está presente, y la etapa de la IC que se abre en 1928 se cerrará en 1935, cuando saquen la conclusión de que esto es lo esencial y no la formación de soviét, surgiendo entonces la consigna de los frentes populares para sistematizar la concepción etapista.

En cuanto a la discusión sobre la táctica del frente único que había agitado tantos años a la IC y sus partidos, Bujarin es el vocero, en el VIº Congreso para definir el nuevo “matiz” de esta táctica. Dice:

“Ahora la táctica de frente único tenemos que perseguirla en la mayor parte de los casos sólo *desde abajo*. Ningún llamamiento a la cumbre de los partidos socialdemocráticos”

8. El PCA, el gobierno de Yrigoyen y el problema nacional

Hipólito Yrigoyen fue Presidente de Argentina, al aprobarse el sufragio general y cumplió un primer período (1916-1922), para dejar paso a otro radicar, Marcelo T. de Alvear que lo fue de (1922 a 1928). En 1928, es electo nuevamente Yrigoyen en votación casi plebiscitaria y será derrocado por un golpe militar en setiembre de 1930.

Tomaremos en consideración, en primer lugar, lo que dijeron los comunistas de Yrigoyen en esos años, pero señalemos que el *Esbozo* falsifica la versión de los hechos.

En el VIIIº Congreso de 1928, los comunistas argentinos lo han calificado de antiobrero, demagogo, represor sangriento, etc. Es más, en su análisis es asimilado Yrigoyen a los socialistas europeos al calificárselo de “democracia fascista”. En 1930, antes del golpe militar ante el cual los comunistas se mantuvieron no sólo indiferentes sino cifrando esperanzas en él, dicen de Yrigoyen:

“El gobierno de Yrigoyen es el gobierno de la reacción capitalista, como lo demuestra su política represiva, reaccionaria, fascistizante, con-

tra el proletariado en lucha, contra el cual aplica cada vez más los métodos terroristas”

Poco después, saliendo a contestar lo que aparece como una cierta simpatía de algunos comunistas hacia el derrocado Yrigoyen (ahora prisionero de los militares en la isla de Martín García), insiste la dirección:

esas son expresiones más claras de graves tendencias oportunistas en el Partido, tales como la que espera el golpe de Estado yrigoyenista como un retorno a los tiempos de la normalidad y la democracia, sin comprender el proceso de fascistización y el verdadero papel del yrigoyenismo. Esa falsa línea no ha sido condenada por el partido todo, y ello revela que no se comprende que si Uriburu representa a una dictadura militar con una base social restringida y con algunos aspectos fascistas; el yrigoyenismo representa a un movimiento que tiene en su seno a todos los elementos para un movimiento fascista de masas, con sus tentáculos tendidos hasta el movimiento obrero”.³¹

En resumen, la dictadura militar de Uriburu es menos mala que Yrigoyen. Y entonces tenemos aquí el otro problema, ya que el *Esbozo* tergiversa la Resolución del VIII Congreso del PCA, y al transcribirla, la trunca en el párrafo que califica a Yrigoyen de fascista y lo sustituye por una expresión que dice que el gobierno de Yrigoyen “juega un papel progresista”. Esta falsificación hecha veinte años después por la dirección del PCA, la ha demostrado claramente Puiggrós³² y en el *Esbozo* se dice que los comunistas sostuvieron:

“La política contradictoria de Yrigoyen —ora democrática, ora reaccionaria— se inclinó de más en más hacia la reaccionaria en las postrimerías de su primer gobierno”.³³

Pero nada dicen de su segundo gobierno, ya que el primer gobierno no había terminado en 1922. Y en 1928 el *Esbozo* dice que “juega un papel progresista”.

Esta falsificación del *Esbozo*, se complementa haciéndole decir a Codovilla cosas que no dijo, ya antes de 1928. El supuesto es que Codovilla antes había rescatado al gobierno de Yrigoyen como popular, y Jorge A. Ramos, que se cree la versión del *Esbozo*, hace una serie de disquisiciones³⁴ para mostrar un inexistente cambio de posición, cuando en 1928 califican a Yrigoyen de fascista.

Y al referirse a la Conferencia de los PC de América Latina de 1929,

dice Ramos suponiendo que hay un cambio en la posición sostenida entre 1928 y 1929:

“Codovilla reemplaza su análisis del carácter progresista del yrigoyenismo por la tesis según la cual la burguesía nacional de los países latinoamericanos es instrumento servil del imperialismo y la lucha contra éste es indisociable del derrocamiento de aquélla”.³⁵

En resumen que se equivoca por creer la versión del Esbozo escrita en 1947. Tomó por cierto lo que allí se dice, pero la realidad es que ni Codovilla, ni el VII Congreso calificaron de progresista al yrigoyenismo.

En la Conferencia de 1929, Luis (J.H. Droz) al hacer el informe dijo, apoyando a Codovilla:

“En ningún caso la burguesía latinoamericana es una fuerza revolucionaria, con la cual el proletariado pueda aliarse momentáneamente”

Es la época en que, renegando incluso de su propia actividad anterior, los comunistas se pronuncian contra el movimiento de Reforma Universitaria, ya que no se trata de un movimiento de revolución social. La condena al reformismo se extiende incluso a la pequeña burguesía, descartada la burguesía por contrarrevolucionaria.

En las versiones posteriores, los comunistas tratan de borrar aquel pasado. Así, dice Arévalo que el VII Congreso del PCA definió el carácter de la revolución argentina, y concentró el fuego “contra la oligarquía terrateniente y los monopolios imperialistas”³⁶, lo que es nuevamente falso, ya que el enemigo principal era la burguesía nacional, al caracterizar a Yrigoyen como el principal enemigo. Y extrapolando en función de consignas actuales insiste Arévalo:

“Fueron años en que el Partido realizó un gran esfuerzo por la unidad sindical, por el frente único del proletariado y por el frente popular”

La confusión de las fechas, lleva a la mezcla de las consignas, Esto del frente popular aparecerá recién más tarde en vísperas del VII^o Congreso de la IC que se concreta en 1935.

El famoso problema “nacional” nunca fue entendido por la IC, y mucho menos el problema nacional argentino por el PCA. Sus tribulaciones en este asunto en sus primeros diez años de vida, serán sólo un pálido reflejo de lo que en el futuro serán garrafales errores políticos de los comunistas argentinos, que en sus vaivenes cuentan en su haber

hasta el haber apoyado recientemente a la dictadura de Videla, ya que se trataba de un supuesto "mal menor"

México, Febrero 1985.

REFERENCIAS

1. Pla, Alberto J. "Marxismo y Socialdemocracia en los orígenes del Partido Socialista Argentino". En Pla, A. J. y Malpica, S. Socialismo y Sindicalismo en los orígenes del movimiento obrero latinoamericano. Cuadernos del CIHMO, Nº 2, Puebla, 1985.
2. Citado en Alberto J. Pla, Op. Cit.
3. Arévalo, Oscar. El Partido Comunista, CEAL, Buenos Aires, 1983, P. 17.
4. Citado en Esbozo de Historia del Partido Comunista, escrito por el Comité Central de PCA, Ed. Anteo, Buenos Aires, 1947, P. 14.
5. Referencia en *Esbozo*, Op. Cit., 43.
6. Referencia en *Esbozo*, Op. Cit., P. 45.
7. Artículo de Zinoviev, "Perspectivas de la Revolución Proletaria", en *Kommunisticheski Internatsional*, Nº 1, 1919, citado por Hayek, Milos, *Historia de la Tercera Internacional*, Crítica, Barcelona, 1984, P. 17.
8. Citado por Hayek, Op. Cit., P. 61.
9. Radek, Karl. *Communistische Internationales*, Nº 19, 1921.
10. Citado por Hayek, M. Op. Cit., P. 19.
11. Hayek, Milos, Op. Cit., P. 73.
12. Zinoviev, G. *Le deuxième Congrès de l'Internationales Communiste et ses buts*. Editions de L'Internationale Communiste, Péetrograd, 1920, P. 32.
13. *Esbozo*, Op. Cit., P. 61.
14. *Esbozo*, Op. Cit., P. 51.
15. *La Internacional*, órgano del PCA, Buenos Aires, 4 de abril de 1925.
16. Arévalo, O., Op. Cit., P. 21.
17. Hayek, Milos. "La bochevización de los partidos comunistas" En Hobsbawn, Eric (Ed.). *Historia del Marxismo*, Bruguera; Barcelona, Tomo VIII, P. 49.
18. Secretariado Sud Americano de la Internacional Comunista (SSA de la IC). *El movimiento revolucionario latinoamericano*. Versiones de la primera Conferencia comunista Latinoamericana, Ed. La correspondencia Sudamericana Buenos Aires, 1929, P. 57 en adelante.
19. "Los progresos del comunismo en Argentina", *La Correspondencia Sudamericana*. Año 1, Nº, 15 de abril de 1926. Esta Revista era el órgano oficial del SSA de la IC.
20. "Un gran triunfo del Partido Comunista de Argentina". En *La Correspondencia Sudamericana*, Año 1, Nº 19, 31 de diciembre de 1926.
21. Puiggrós, Rodolfo. *Las izquierdas y el problema nacional*. Ed. J. Alvarez, Buenos Aires, 1967, p. 97.
22. *Esbozo*, op. cit., p. 64
23. *Esbozo*, op. cit., p. 64.

24. Codovilla, Victorio, *¿Qué es el Tercer Período?*, Montevideo, Ed. Justicia, 1928.
25. Citado por Hayek, M., op. cit. p. 170.
27. *El Libertador*, México, marzo de 1925, Tomo Iº, Nº 1.
28. The Revolutionary Mouvement in the Colonies, Modern Books, London. 1929. Son las Tesis sobre el movimiento revolucionario en las colonias y semi-colonias, adoptadas por el Sexto Congreso de la I. C., 1928, págs. 6 y sig.
29. *The Revilutionary...*, op. cit., p. 21 y siguientes.
30. *The Revolutionary...* op. cit., p. 38-39.
31. Citado en *Esbozo*, op. cit., p. 76.
32. Puiggrós, R., op. cit., p. 115-116.
33. *Esbozo*, op. cit., p. 49.
34. Ramos, J.A. El Partido Comunista en la Política Argentina, Coyoacán, Buenos Aires, 1962, p. 53-56.
35. Ramos, J.A., op. cit., p. 60-61.
36. Arévalo, O., op. cit., p. 27.

realidad económica 80

Pulso Financiero
**¿POR QUE LA ESTATIZACION
 DEL SISTEMA FINANCIERO
 PERUANO?**

Alicia Dubrovsky

Investigación
**GRUPOS ECONOMICOS,
 PODER BANCARIO Y
 ESTADO**

Miguel Alberto Sánchez

Análisis
**CAMBIOS EN LA INDUSTRIA
 ARGENTINA:**

**¿FAVORABLES O
 PREOCUPANTES?
 Adolfo Dorfman**

Salarios
**UNA VARIABLE DE AJUSTE
 PERMANENTE**

Alberto Wiñazky

Doctrinas
**LA DISCUSION
 EPISTEMOLOGICA ACTUAL
 Ricardo Borello**

ACERCA DE LA DEMOCRACIA

Jaime Osorio

Introducción

La democracia es hoy una de las reivindicaciones centrales del movimiento popular latinoamericano, al mismo tiempo que constituye tema prioritario de las discusiones teóricas y políticas en la región.

En la copiosa producción que aborda este tema se hace presente cierta línea de reflexión que desecha las posiciones de clase en torno al contenido de la democracia, pronunciándose por democracias “sin apellido” y dejando en la indefinición a los sujetos sociales que le imprimen su sello. Con esto se busca establecer una línea directa entre la democracia en el capitalismo y el socialismo, salvándose con un salto teórico el problema clave de esa posible continuidad: la ruptura marcada por la revolución.

En este artículo se discuten algunas ideas en torno a las condiciones materiales que inciden en el establecimiento de regímenes democráticos y en qué sentido y bajo qué condiciones es posible concebir a estas modalidades de gobierno como una “conquista” del movimiento popular, idea clave en aquellas concepciones que tienden a concebir la revolución como una simple acumulación de medidas democráticas.

1. Las bases materiales de la democracia

La ruptura que se establece en ciertos análisis entre los factores económicos y políticos provoca una tal autonomía de los fenómenos estatales que lleva a explicaciones parciales al hacerlas ajenas a los procesos estructurales y materiales que posibilitan a éstos.

* Publicado en Cuadernos Políticos N° 44 - México - Jul.-Dic. 1985.

Un expediente común en estos enfoques es asignar a la lucha de clases la virtud de explicarlo todo, presentándose además como visiones rigurosamente marxistas o como "aportes" al marxismo que permiten superar sus determinismos.

Sin embargo, si bien la lucha de clases es una clave central para comprender los movimientos de la sociedad, no es menos cierto que un problema sustancial del análisis es explicar la lucha de clases, esto es, las condiciones en que las clases se desenvuelven, relacionan y enfrentan y en qué aparatos e instituciones cristalizan estas relaciones. En pocas palabras, *no sólo se trata de hacer de la lucha de clases un factor explicativo, sino de explicar la lucha de clases misma.*

No es otra la preocupación de Marx cuando se aboca al estudio de la economía política de la sociedad capitalista. Marx no descubre la lucha de clases. Su aporte es trascendental —entre otras cosas— porque desentraña las bases materiales a partir de las cuales se constituyen las clases sociales en ese modo de producción, las raíces antagónicas en sus relaciones y las tendencias en sus movimientos. Explica por qué se producen los enfrentamientos clasistas en la sociedad capitalista. Su obra máxima —*El Capital*— tiene en lo sustancial este sentido y de ahí su importancia para el proletariado y el movimiento revolucionario.

Los procesos políticos que en diversos espacios nacionales han hecho posible la constitución de regímenes democráticos bajo dirección burguesa tienen que ser analizados desde esa perspectiva, como también —desde visiones globales que integren los aspectos económicos y políticos y que den cuenta de las condiciones materiales de la lucha de clases— los procesos políticos en donde los fenómenos democráticos son más bien excepcionales o son procesos inestables.

El olvido de esta perspectiva de reflexión favorece el auge de análisis que reivindicándose marxistas tienen más de idealismos que lo que esta corriente teórica es capaz de asumir.

Como ejemplo de lo anterior tomemos una formulación que contiene una gran dosis de verdad, pero que, a su vez, esconde una cuota de realidad igual o mayor que la que resuelve. En un ensayo en donde expone sus razones para explicar la ausencia de una teoría marxista del Estado, Norberto Bobbio critica con razón a quienes plantean que la democracia ha sido el resultado de un "riesgo calculado" de las clases dominantes, indicando que "la consecuencia de una historiografía de esta clase [...] es que todas las *conquistas* que han costado sangre y lágrimas al movimiento obrero, desde el derecho de huelga al sufragio universal, desde la legislación social al estatuto de los trabajadores, se interpretan como hábiles movimientos estratégicos de los capitalistas para conservar el poder"¹.

En la formulación de Bobbio, la democracia capitalista constituye una

conquista del movimiento obrero, el cual a través de un largo y agudo proceso de lucha ha ganado espacios políticos.

Lo primero que cabe preguntarse es cuál es la connotación de la palabra *conquista* en cuanto a la relación movimiento obrero-Estado capitalista. Pudiera entenderse que: a) El Estado asume elementos que le son propios, pero que sin presión popular no los incorpora, o b) que al Estado se le incrustan elementos que son ajenos a su connotación clasista. El que se asuma una u otra postura tiene implicaciones teóricas y políticas distintas.

Dejemos de lado este problema por ahora y centremos nuestra atención en otro aspecto. Si la lucha de clases, la organización y fuerza que alcanza el movimiento obrero y popular, define los logros democráticos, ¿qué explica la debilidad de la democracia capitalista en los países latinoamericanos?

¿Cuáles son las razones por las que el fenómeno democrático constituye más bien una excepción en nuestra región, frente a su perdurabilidad y relativa estabilidad en Europa Occidental y Estados Unidos, a lo menos en los últimos cuatro decenios?

Parece evidente que la respuesta no pasa por formular la ausencia de lucha y de organización por parte de las clases populares en este subcontinente, ya que la realidad nos hace presente una situación distinta⁴. No sólo en la última década, en que la revolución sandinista y la agudización de la lucha revolucionaria en El Salvador y Guatemala constituyen los puntos más altos, siendo no menos importantes la exacerbación de la lucha en Colombia, Chile, Bolivia, Perú, Uruguay y Brasil, para sólo señalar los países más connotados por la prensa diariamente, sino que hace un buen tiempo toda América Latina constituye uno de los puntos geográficos de agudas disputas clasistas.

Definitivamente la respuesta a los interrogantes anteriores no se circunscribe exclusivamente a la esfera política, como lo hace Bobbio, y exige un marco de reflexión más amplio, tanto del punto de vista de la totalidad social, como también geográfico.

Las condiciones reales en dónde las clases desarrollan sus luchas y la visión de un mundo capitalista integrado, pero jerarquizado en su capacidad de acumulación de capitales, constituyen factores que nos pueden ayudar a visualizar en mejores términos la situación.

La democracia —señala Barrington Moore— va a sociada a una profundización del desarrollo capitalista industrial. Allí donde el capitalismo más convulsionó las bases materiales y se gestó desde abajo, mejores condiciones creó para alentar los procesos democráticos.⁶

Hasta los años cincuenta y mediados de los sesenta, esta formulación habría sido leída en término de que los problemas latinoamericanos

y, en particular, la debilidad de los procesos democráticos, se debían a la ausencia de capitalismo o a la existencia de un capitalismo anémico “obstaculizado” en su desarrollo y/o en estadios inferiores de evolución⁷

Sin embargo, ante una realidad que se negaba a ser encajonada en los esquemas de interpretación anteriores, las ciencias sociales latinoamericanas desarrollan —con mucha producción en los años sesenta y mayor precisión en los setenta— nuevas líneas interpretativas en donde se hace presente que es en el marco general de expansión y desarrollo del sistema capitalista como sistema mundial en donde podemos comprender las especificidades que asumen las estructuras y movimientos de los países latinoamericanos.⁸

Como resultado de un proceso de integración específico, el mundo capitalista generó regiones desarrolladas y regiones subdesarrolladas, al convertirse unas en centros fundamentales de apropiación de valor y de acumulación en escala mundial y otras, como su reverso, en objeto de procesos expropiatorios de valor y de “desacumulación” Por ello, “la teoría del subdesarrollo y del desarrollo —señala Samir Amín— no puede ser sino la de la acumulación de capital en escala mundial”⁹

En este proceso los caminos del desarrollo capitalista de América Latina no son los de los países industriales clásicos. En nuestra región, por el contrario, se gestan formas particulares de reproducción del capital que reproducen a su vez el atraso y las formas subordinadas de inserción al sistema capitalista, esto es, el subdesarrollo y la dependencia.

De todas las líneas de reflexión que se derivan de estos planteamientos sólo nos interesa resaltar que la existencia de un mundo capitalista con niveles desiguales y diferenciados de acumulación y de movimientos del capital sienta bases distintas para el desarrollo de las clases, de la lucha de clases, de los procesos políticos y del Estado y sus formas institucionales.

Si en sus ciclos reproductivos en los países desarrollados el capital no sólo se alimenta de los márgenes de explotación de la población obrera nacional sino que alcanza beneficios de la explotación de sectores sociales de otras regiones, esto incide a lo menos en una capacidad de satisfacer demandas económicas más amplias y desde allí abrir mayores espacios políticos a las clases sociales explotadas.¹⁰ La posibilidad de ganar acuerdos en torno a la dirección del capital y su dominación se acrecientan. El consenso y la integración social tienen condiciones de ampliarse.

A contrapelo de sus intérpretes idealistas, Gramsci era consciente de estos problemas. Preocupado por lo que constituirá el *leitmotiv* de su obra, la capacidad de hegemonía de las clases dominantes en “occidente”, desentrañar sobre qué bases se funda y qué estrategia oponerle, se-

ñalaba: “El hecho de la hegemonía supone indudablemente que se tengan en cuenta intereses y tendencias de los grupos sobre los cuales se ejercerá la hegemonía, que se forme cierto equilibrio de compromiso, es decir, que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico corporativo”.¹¹

En esas formaciones sociales las presiones y luchas del movimiento popular tienen objetivamente mejores condiciones de ser satisfechas por el capital. La democracia capitalista podrá desarrollarse así sobre bases específicas de reproducción del capital: las clases dominantes tienen condiciones reales de hacer “sacrificios” al concentrar riquezas provenientes no sólo de la propia explotación interna sino también de la explotación de trabajadores de otras sociedades, las de las economías coloniales o dependientes.

Gramsci cierra el párrafo antes citado con un señalamiento clave, en cuanto a que las concesiones y sacrificios de los sectores dominantes sólo pueden llegar hasta el punto “de no afectar lo esencial”

¿Qué significa esto en nuestra región?

Que las transferencias de valor que sufre América Latina —a través de diversos mecanismos que varían en distintos momentos históricos—, así como la necesidad del capital interno de resarcir dichas transferencias mediante la agudización de la explotación de las clases productoras, limitan la capacidad de concesiones que puede ofrecer el capital y con ello los espacios políticos, ya que favorecen el surgimiento de demandas que “afectan lo esencial”

En definitiva, las funciones de América Latina en el marco general del proceso de acumulación capitalista a nivel mundial (marcadas por el traspaso recurrente de valores y las modalidades internas que debe crear el capital local para reproducirse, y caracterizadas por una explotación redoblada o sobreexplotación) sientan condiciones poco propicias para el establecimiento de formas democráticas de dominación y de modalidades consensuales. Antes bien, todo apunta en una dirección contraria, con lo cual *los procesos democráticos se encuentran debilitados desde su base material*.

En este orden de cosas, la lucha por alcanzar la democracia se convierte en un factor de disrupción, ya que afecta aspectos sustanciales de la reproducción capitalista. Desde esta perspectiva, la lucha democrática se hace subversión.¹²

Esta primera conclusión requiere de la integración de nuevos elementos para aproximarnos a la dimensión real del carácter contradictorio de la democracia.

2. La democracia capitalista: ¿Fortaleza o debilidad de la dominación burguesa?

Gramsci no estaba equivocado cuando en aras de encontrar las especificidades de la dominación y del Estado en “occidente” llamaba la atención sobre el consenso y la capacidad de hegemonía que logra la burguesía sobre las clases explotadas para gobernar. La noción gramsciana de clases *subordinadas* expresa justamente la capacidad de sometimiento que alcanza la burguesía sobre la población trabajadora en base a su proyecto de dirección. En tal noción, queda resaltado el ascendiente cultural y al mismo tiempo ideológico que los sectores dominantes logran sobre los explotados.

Frente a esta realidad, Gramsci verá la necesidad de una larga y difícil batalla en el plano político para romper con esta dirección. La revolución pasa por la consecución de una nueva hegemonía.

En los problemas anteriores está planteada una cuestión clave: la democracia burguesa expresa el *fortalecimiento estatal de las clases dominantes al conquistar posiciones dentro del movimiento popular*, en el terreno de la dirección y del consenso, ganando apoyo a su proyecto de dominación.

Parece pertinente preguntarse entonces: ¿cómo se compatibiliza la fortaleza del Estado “occidental —en tanto modalidad que irrumpe en los terrenos estratégicos del proletariado, ganando allí posiciones para los proyectos de las clases dominantes y obstaculizando las luchas proletarias por el poder— con la visión de que la democracia capitalista es una conquista de las propias clases dominadas?

¿Cuál de las clases fundamentales de la sociedad capitalista se fortalece realmente con el establecimiento de las modalidades democráticas de dominación? ¿Quién se debilita? ¿Es posible considerar como una conquista popular aquello que aparece como una modalidad que hace más fuerte al enemigo de clase?

La respuesta a estas interrogantes es compleja y no se resuelve, a la manera de Bobbio, con el simple expediente de convocar “a la lucha de clases” como solución.

El asunto tiene varias caras, por lo que vale la pena recordar que asumir puntos de vista unilaterales en los análisis sociales conduce por lo general a falsas soluciones. La realidad presenta siempre por lo menos dos facetas y así como el capital y el trabajo, por ejemplo, constituyen factores que se complementan para la producción, también conforman, en el mismo momento, el sustento de una polarización social que apunta a la ruptura y a la constitución de un nuevo orden social.

Quienes sólo privilegian el primer aspecto de nuestro ejemplo, resaltarán los factores integrativos y de cohesión presentes en la relación capital-trabajo. Quienes por el contrario sólo consideren el segundo aspecto, verán permanentemente la liquidación de las relaciones capitalistas y la revolución a la vuelta de la esquina.

Lo anterior nos muestra la necesidad de analizar la realidad desde más de una perspectiva, lo que no implica suponer un equilibrio indeterminado y permanente de los diversos factores, sino cómo y por qué uno de los aspectos (ya sea el de integración o el de ruptura en nuestro ejemplo) se constituyen en factores dominantes.

Estos comentarios en relación a lo que nos ocupa nos permiten señalar que la democracia capitalista constituye al mismo tiempo tanto una conquista de los sectores populares, resultado de sus luchas, como también un factor que fortalece la dominación de las clases dueñas del capital. *Concesión y conquista, fortalecimiento de la dominación burguesa y subversión de dicho orden constituyen los aspectos contradictorios que caracterizan a la democracia capitalista.*

Esta contradictoria unidad se da, sin embargo, en límites específicos, en tanto la noción de conquista se entienda como elementos “arrebata-dos” a las clases dominantes, pero en parámetros institucionales en donde *son las clases del capital las que detentan el poder y en donde el Estado tiene un apellido clasista, que no pierde a pesar de las conquistas políticas de las clases subordinadas.*

Suponer lo contrario implica por lo menos dos cuestiones centrales: una, que el poder estatal está fragmentado, y que puede ser ganado por partes, y dos, que la nueva hegemonía es el resultado “natural” de la sumatoria de las conquistas actuales.

Profundicemos un tanto más sobre estos problemas que nos ponen de lleno en el campo de los límites y perspectivas de los espacios institucionales en la lucha de las clases dominadas.

Si el Estado capitalista opera en una sociedad en donde los sectores subordinados actúan y desarrollan actividad política, cabe preguntarse: ¿cómo se relaciona esta actividad con el Estado y en el Estado? ¿Es posible que la acción política de las clases dominadas alcance expresión en la instancia política fundamental de las clases dominantes.

Una de las características del Estado capitalista es asumir la forma de un Estado nacional, esto es, de una instancia que rebasa las simples determinaciones clasistas para presentarse como organización de toda la sociedad. Esto implica, entre otras cuestiones, la necesidad de recoger intereses sociales heterogéneos. La lucha de clases se inserta en esta vocación, imponiendo posiciones ajenas a las de las clases que detentan el

poder. En pocas palabras, el Estado capitalista debe asumir y expresar posiciones y necesidades de las clases dominadas. Esta es una primera conclusión clave en la relación Estado y clases subalternas.

Sin embargo, el carácter clasista del Estado establece limitaciones a la asunción y expresión de intereses de las clases dominadas: *no asume ni expresa los intereses estratégicos de dichas clases, aquellos ligados con sus aspiraciones de poder*. No son posibles las dualidades de poderes de clase *dentro del Estado* burgués.

Por otra parte, *el Estado capitalista sólo puede asumir y expresar posiciones de las clases explotadas de manera mediatizada y distorsionada*, en tanto la fuerza y los intereses de dichas clases, sino para incidir activamente en dichas correlaciones a favor de determinadas posiciones, las del capital.

En estas condiciones, *el Estado capitalista no es ni el mejor lugar, ni el lugar fundamental del proletariado y sus aliados para acumular fuerzas con perspectivas revolucionarias*. Este proceso sólo puede desarrollarse en sus aspectos sustanciales fuera del Estado y dicha acumulación asumirá un rasgo cada vez de mayor confrontación con éste en tanto más se aproximen los enfrentamientos clasistas a una situación revolucionaria.

Volviendo al problema que nos ocupa, podemos señalar que la democracia capitalista, si bien puede cohesionar a la sociedad bajo la égida de la burguesía, puede también constituirse en un proceso que favorezca la ruptura de la dominación de clase del capital. Pero ella de por sí y en cuanto tal no constituye una ruptura.

Retomemos alguna de las ideas desarrolladas en el punto inicial para analizar los espacios o formaciones sociales en donde prevalece uno u otro aspecto de la democracia capitalista: el fortalecimiento de la dominación burguesa o su debilitamiento.

¿Cómo opera el fenómeno de los niveles diferenciados de acumulación de capitales en el plano internacional respecto del problema del doble carácter de la democracia en el capitalismo?

A la luz de las consideraciones hasta aquí desarrolladas, se puede señalar que los aspectos integradores y de subordinación de las clases explotadas a los proyectos del capital tienden a prevalecer en aquellos países y regiones que se conforman como ejes principales de la acumulación capitalista mientras que, por el contrario, el carácter desarticulador de la dominación parece constituir el factor resaltante de la democracia en aquellos territorios que son objeto de expropiaciones de valor y de “desacumulación”.

La democracia capitalista opera como un factor de cohesión de la sociedad en torno a los proyectos de las clases dominantes en aquellos paí-

ses que más se benefician de la apropiación de valores a escala mundial. Allí la democracia actúa como un verdadero instrumento de manipulación ideológica que absorbe a las clases trabajadoras a las posiciones hegemónicas. Tal es lo que ocurre en sociedades como Estados Unidos, Alemania Federal, Suiza, Inglaterra, por ejemplo, en donde incluso la constitución de partidos obreros, fuertes e independientes, sufre graves limitaciones ante la fortaleza material e ideológica de las posiciones dominantes.

En la medida en que no se pone en evidencia este aspecto de sometimiento y de subordinación ideológica, *que aleja más que aproxima a las clases explotadas a su liberación*, planteamientos como los de Bobbio, que exaltan la democracia *tout court*, tienden a mistificar uno de los tópicos fundamentales que caracterizan a esta forma de dominación.¹³

Si la subordinación y manipulación ideológica de las masas trabajadoras a los proyectos del capital resalta como el factor dominante de la democracia en los núcleos centrales de la reproducción capitalista a nivel internacional, su cara contraria, en tanto factor que abre espacios para la ruptura, es lo que destaca cuando hablamos de la democracia capitalista en los niveles inferiores de dicha reproducción mundial.

Países como España, Grecia e Italia, que se encuentran en el límite de las regiones desarrolladas y en la antesala del subdesarrollo, ya hacen patente este aspecto, que alcanza sin embargo toda su expresión en formaciones sociales dependientes como las latinoamericanas. La democracia aquí se refleja con toda su compleja gama de contradicciones, y si bien mantiene y asienta la dominación de la burguesía, lo hacen sobre un mar de sobresaltos que traban y dificultan la plena y amplia reproducción del capital.

Teniendo en la mira en particular a los países europeos recién citados, la Comisión Trilateral se pregunta sobre los factores que inciden en la “gobernabilidad de la democracia” y las condiciones que necesita el capital para desarrollarse teniendo como base regímenes democráticos.¹⁴

La Trilateral reconoce que la “feliz coincidencia de circunstancias” que permitieron la existencia de democracias gobernables “ha llegado a su fin”, y que “la insatisfacción y la falta de confianza en el funcionamiento de las instituciones de gobierno democrático se han extendido en los países trilaterales”. Y agrega que “el corazón del problema radica en las contradicciones inherentes, relacionadas a la misma frase de ‘lo gobernable de la democracia’. Porque en cierta medida, gobernable y democracia son conceptos en conflicto. Un exceso de democracia significa un déficit en la gobernabilidad; una gobernabilidad fácil sugiere una democracia deficiente”.¹⁵

Para la Comisión Trilateral se ha llegado a un punto en donde la demo-

cracia se hace ingobernable. Se entorpecen las condiciones que requiere el capitalismo para poder avanzar, y uno de los obstáculos es que hay "excesos de democracia"

Esta percepción de la situación imperante en Europa occidental, y en particular en sus zonas menos desarrolladas, por parte de la *intelligentsia* del gran capital financiero internacional, alcanza mayor concreción en América Latina, en donde los espacios democráticos se constituyen en factores disruptivos para el capitalismo y el dominio de sus clases. En estas condiciones el fenómeno democrático se convierte en una modalidad excepcional, siendo la norma las más variadas formas de dominio coercitivo. De aquí toda la importancia que para los movimientos revolucionarios presentan las demandas de genuina democratización de la sociedad.

NOTAS

¹ Norberto Bobbio, "¿Existen una teoría marxista del Estado?", en el libro *¿Existe una teoría marxista del Estado?*, de Bobbio, et al., ed. Universidad Autónoma de Puebla, México, p. 25 (subrayado nuestro).

² Con esto no negamos la existencia de fenómenos democráticos en América Latina. Más bien ponemos el acento en la fragilidad e inestabilidad de la democracia en esta zona.

³ "El tipo de Estado capitalista subdesarrollado corresponde al Estado de excepción o emergencia permanente". Hanz R. Sonntag, "Hacia una teoría política del capitalismo periférico", en el libro *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, de H. Sonntag, y Héctor Valecillos, ed. Siglo XXI, México, 1977, p. 170.

⁴ Con razón Agustín Cueva se pregunta "¿O se piensa, seriamente, que Suiza es mas democrática que Guatemala porque en el país alpino la lucha de clases es y ha sido más intensa?", "El fetichismo de la hegemonía y el imperialismo", *Cuadernos Políticos*, n. 39, México, 1984, p. 37.

⁵ Estamos ciertos que estos aspectos no agotan la posibilidad de explicación de un problema tan complejo como el que nos ocupa. Pero permiten ampliar el horizonte y descubrir problemas que el simple recurso a la lucha de clases "en abstracto", y sin sus referentes materiales, tiende más bien a dejar de lado.

⁶ Es en esta línea que Moore plantea como un rasgo clave de las "revoluciones burguesas" el "desarrollo de un grupo social con base económica independiente que ataca los obstáculos que se oponen a la versión democrática del capitalismo, obstáculos heredados del pasado". *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, ed. Península, Barcelona, 1976, p. 8.

⁷ Dichas interpretaciones se alimentaron de los planteamientos de la llamada "teoría del desarrollo", con variantes latinoamericanos como las formuladas por Gino Germani (*Política y sociedad en una época en transición*, ed. Paidós, Buenos Aires, 1962) y cuyo principal centro de difusión fue la CEPAL en nuestro continente. Pa-

ra una crítica de estos postulados véase Andre Gunder Frank, "Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología: un examen del traje del emperador" en *América Latina: subdesarrollo o revolución*, ed. Era, México, 1973, y Theotonio Dos Santos, *Imperialismo y dependencia*, ed. Era, México, 1978, cap. XIII.

⁸ La bibliografía sobre este tema es demasiado extensa. Sólo mencionaremos los tres trabajos que a nuestro juicio constituyen las versiones más acabadas desde tres de las corrientes fundamentales que participaron en la elaboración reinterpretativa del desarrollo capitalista en América Latina; desde el interior mismo de la CEPAL y en una aproximación al análisis marxista: de F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, ed. Siglo XXI, México 1969; desde el marxismo llamado "ortodoxo": de Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, ed. Siglo XXI México, 1977; y desde el marxismo posterior a la Revolución Cubana, de R. M. Marini, *Dialéctica de la dependencia*, ed. Era, México, 1973. Un balance de estas discusiones y su producción puede verse en nuestro ensayo, "El marxismo latinoamericano y la dependencia", *Cuadernos Políticos* n.39, México, 1984.

⁹ Samir Amín, *La acumulación a escala mundial*, ed. Siglo XXI, Madrid, 1974, p. 26.

¹⁰ Lenin veía en este proceso incluso la posibilidad de que el capital pudiera corromper a ciertos sectores obreros de los países imperialistas, creando "aristocracias obreras". Véase *El imperialismo fase superior del capitalismo*, ed. Progreso, Moscú.

¹¹ *Notas sobre Maquiavello, sobre política y sobre el Estado moderno*, Juan Pablo Editor, México, 1975, p. 55.

¹² Bobbio utiliza la noción de democracia subversiva en su referencia a la contradictoria relación existente entre socialismo y democracia. Véase "¿Qué alternativas a la democracia representativa?", en *¿Existe una teoría marxista del Estado?*, cit.

En una perspectiva diferente, indagando sobre las connotaciones igualitarias de la democracia, Alan Wolfe señala: "Considerada en su contexto histórico, la democracia en un momento dado fue una ideología política sólidamente anticapitalista. En términos generales, los demócratas luchaban por dos cosas: participación e igualdad. Una genuina participación en los asuntos cívicos tiene tradicionalmente una cualidad subversiva. *Los límites de la legitimidad*, ed. Siglo XXI, México, 1980, p. 22.

¹³ Frente a la paradoja, según Bobbio, de la existencia de países democráticos sin socialismo y países socialistas sin democracia, el autor hace una aguda defensa de la "democracia" sin más, lo que remata en una verdadera apología de la democracia capitalista. "¿Qué alternativas a la democracia representativa?", op. cit.

¹⁴ "La gobernabilidad de la democracia", de M. Crozier, S. Huntington y J. Watanuki. En *Cuadernos Semestrales*, Estados Unidos, CIDE, México, n. 2-3, segundo semestre de 1977, primer semestre de 1978.

¹⁵ Ibid, p. 378.

LA ROSA ROJA DE NISSAN

*John Holloway**

1.

La nueva fábrica Nissan en Sunderland se inauguró el 11 de septiembre de 1986 con gran despliegue de publicidad: anuncios por televisión, documentales, suplementos de periódicos, cobertura periodística de la ceremonia de inauguración por el Primer Ministro.

El tema central de toda esta publicidad era que la planta Nissan abría una nueva época. He aquí una fábrica donde directores y trabajadores visten ropa blanca y comparten el mismo comedor, donde tanto los directores como los trabajadores son jóvenes (edad promedio cercana a los treinta años), una compañía donde nunca ha habido huelgas, donde los sindicatos no están prohibidos sino que sencillamente son innecesarios porque los trabajadores gozan de buenas condiciones de trabajo y se identifican con los objetivos de la compañía. La fábrica de la nueva época, de la nueva tecnología, del nuevo consenso, a años luz de la combatividad de los obreros del automóvil en los años setenta, y también a años luz de los directores “machos” como Edwardes, MacGregor o Murdoch.

Unas semanas después, una publicidad igualmente brillante y sofisticada rodeó a otro acontecimiento: el lanzamiento del nuevo modelo de Partido Laborista en su conferencia anual, el partido de la nueva Mayoría

* Este trabajo es producto de muchas discusiones en Edimburgo. Gracias a cuantos participaron en ellas.

Traducción de Adolfo. Gilly.

Moral, el partido del nuevo consenso. También aquí se ofrece una nueva época, una ruptura con el pasado. Queda cerrado el basurero de la historia con su maloliente política de conflicto y combatividad sindical. El suave aroma de la rosa roja disipa los malos olores, los militantes “machos” son sustituidos por el caballero con la flor.

Es la aurora de una nueva armonía en la industria, el heraldo de una nueva política de consenso. ¿Es sólo una coincidencia, o nos dice algo acerca de la dirección que está tomando el capitalismo en Gran Bretaña?

2.

El contraste que sugiere la publicidad de Nissan es un contraste con la industria del automóvil británica de los años 70, y en especial con British Leyland. Si se puede ver a British Leyland como un símbolo de la crisis, entonces Nissan simboliza su solución exitosa. British Leyland no sólo simboliza la crisis de la industria del automóvil, o la crisis del capitalismo británico, sino la crisis de un modelo de producción que generalmente es llamado fordismo. En contraste, Nissan no representa sólo el éxito del capital japonés, sino un nuevo modelo de relaciones productivas, una tendencia actual denominada neofordismo o postfordismo.

La crisis en British Leyland a mediados de los setentas es significativa no solamente porque era una compañía muy grande y el último bastión de la industria británica del automóvil, sino también porque se presentaba como el estereotipo de la industria ligada al largo *boom* de postguerra. La producción se hacía en grandes fábricas organizadas alrededor de la línea de montaje de acuerdo con los principios adoptados por Ford en la producción del Modelo T. La gran mayoría del trabajo era repetitivo y requería escasa clasificación. Todos los obreros estaban organizados en sindicatos y durante todo el largo período de *boom*, cuando cada auto producido se podía vender de inmediato, lograron obtener salarios relativamente altos y en ascenso constante.

Trabajo aburrido, repetitivo y no calificado en la fábrica, compensado por salarios relativamente altos: el típico pacto de paz fordista se mantenía. La forma de producir el Modelo T por Ford marcaba una tendencia general no sólo por su utilización de la línea de montaje para la producción de automóviles, sino también debido a la forma en que se promovía el consumo al mismo tiempo como retribución por la producción

y como su estímulo. Ford pagaba a sus obreros el elevado salario de cinco dólares por día a cambio del intenso y monótono trabajo en la línea de montaje. Con este salario podían tener los medios para comprar un auto barato, estimulando así la demanda para más Modelos T, más trabajo monótono, y así sucesivamente.

En British Leyland las cifras eran diferentes, pero la esencia era similar, el principio central de la dominación capitalista de posguerra: acepta la alienación mortecina y mortal del trabajo hastiante a cambio de altos salarios que te permitirán vivir la vida del consumo de masas, que a su vez generará la demanda de los productos de aún más trabajo alienante y hastiante.

Dado que, generalmente, en este caso eran hombres quienes realizaban el trabajo en la fábrica mientras se veía a las mujeres como más directamente ligadas al consumo, este modelo de relaciones en el trabajo implicaba el desarrollo de determinado modelo de relaciones de género y de determinado tipo de sexualidad. El modelo de dominación en la fábrica se complementaba con un modelo de dominación en el hogar y sobre la base de estas relaciones se producían los autos: alienación en la fábrica produce alienación en casa, la cual a su vez estimula a salir hacia el trabajo alienado.

La piedra angular de toda esta estructura eran los sindicatos y la práctica de la negociación colectiva. A través de las tratativas anuales de negociación colectiva el intercambio entre la muerte del trabajo alienado y la “vida” del consumo era negociado y renegociado con regularidad.

Dentro de este equilibrio había, por supuesto, conflictos y desplazamientos de poder. El largo período de prosperidad relativa permitió a los trabajadores afirmar una importante relación de fuerzas. En British Leyland la fuerza negociadora de los obreros (y las consiguientes limitaciones para la dirección de la empresa) se expresaron con la mayor claridad en el *sistema de mutualidad*. Bajo este sistema, la dirección aceptó que no se podrían introducir nuevas tecnologías o reorganización de las normas laborales sin el consentimiento previo de los delegados de departamento (*shop-stewards*). La mutualidad era una notable encarnación de la fuerza de los trabajadores dentro del equilibrio fordista: el principio de mutualidad no significaba una demanda revolucionaria de los obreros para controlar la producción, sino que simplemente establecía que los derechos de la dirección eran limitados y que se debía pagar por cual-

quier intensificación del trabajo. "Pagar por cambiar:: era el principio clave del sistema de mutualidad.

Por supuesto, nunca fue esta toda la verdad de la historia. El contrato salarial fordista en la fábrica no podía funcionar mejor que el contrato matrimonial en casa. El intercambio entre aburrimiento en el trabajo y "vida" afuera nunca podía ser completamente exitoso. Inevitablemente, había luchas en la fábrica que no entraban claramente en el modelo fordista: luchas no precisamente por mejores salarios, ni siquiera por el control de la producción, sino rebeliones contra el trabajo como tal: sabotaje, ausentismo, huelgas salvajes, etc. Rebeliones contra el trabajo en la única forma en que éste existía: como muerte, como negación de la vida y la creatividad.

Durante largo tiempo, sin embargo, estas expresiones de frustración eran una amenaza menor para el conjunto de la estructura. El tratado de paz fordista nunca fue el cuadro total, pero era lo suficientemente real como para dar un marco al crecimiento rápido y sostenido de la industria del automóvil británica (y otras industrias del automóvil) a lo largo de los años 50 y la mayor parte de los años 60. No obstante, su base de sustentación era muy frágil (como la de toda armonía social en una sociedad de clases): por un lado, el equilibrio entre frustración y consumo siempre fue delicado (y potencialmente explosivo); por otro lado, el conjunto del sistema suponía la expansión del mercado, la venta relativamente fácil de los autos producidos.

En los últimos años '60 y primeros '70 todo el patrón de dominación y producción comenzó a sacudirse. El hastío acumulado se combinó con la confianza acumulada durante un largo período sin desempleo para determinar que fuera cada vez más difícil encerrar las frustraciones en el interior de la fábrica. La explosiva frustración se expresó en una alta tasa de rotación (*turnover*) en el trabajo, crecientes ausentismo y sabotaje, y frecuente estallido de huelgas. En el conjunto de la industria del automóvil británica el nivel de actividad huelguística creció fuertemente después de 1963 y luego muy dramáticamente a fines de los sesenta y principios de los setenta: entre 1969 y 1978 se perdió un promedio anual de más de un millón 800 mil días de trabajo debido a las huelgas en la industria del automóvil, en comparación con un promedio de 377 mil 600 días por año perdidos en 1950-1963 (Marsden et al. 1985, 121).

Significativamente, la mayoría de estas huelgas no pedían mejores sa-

larios, sino que se originaban en disputas sobre las condiciones de trabajo. En su Informe Anual de 1976 el presidente de British Leyland reconoció:

En British Leyland, aunque relativamente pocos conflictos han tenido relación directa con el salario, tantas huelgas se han producido sin beneficio alguno ya sea para la compañía o para los empleados que uno se ve obligado a concluir que la razón subyacente es el deseo de hacer una protesta (citado en Television History Workshop 1985, 81).

La combatividad ascendente de fines de los años '60 no se proponía meramente la renegociación del pacto fordista: más salario por un trabajo detestable. Golpeaba en el núcleo central del fordismo mismo: los altos salarios ya no bastaban para contener la frustración acumulada. Como declaró un gerente de British Leyland:

Esta protesta fue, en mi opinión, una protesta contra el capitalismo y la democracia de este país (Televisión History Workshop 1985, 81).

No se trataba de una situación revolucionaria. No se planteaba, en British Leyland ni en ninguna otra parte en Gran Bretaña, un asalto revolucionario contra el capital. Pero sería completamente erróneo sacar de ahí la conclusión de que el capital no estaba amenazado. Se estaba mirando la estructura de control que era la base del desarrollo capitalista en el período de posguerra. La clase capitalista no corría un peligro inminente de derribamiento, pero ciertamente ningún director o gerente de la British Leyland podía hablar con la confianza del centurión en los Evangelios: "Le decía a uno 'Ve', e iba; y a otro 'Ven', y venía; y a mi sirviente 'Haz esto', y lo hacía" (Lucas 7, VII). Aquella autoridad que es la premisa de todo el sistema capitalista de producción, ya no funcionaba.

La pérdida de autoridad dentro de las fábricas se mezcló con el colapso del otro frágil pilar del fordismo. Las dificultades en la producción en todas partes (debidas a una combinación entre la combatividad ascendente y el hecho de que las inversiones en nueva maquinaria ya no llegaban a aumentos significativos en la productividad) castigaron las ganancias y terminaron con la expansión constante del mercado capitalista sobre el cual se basaba el funcionamiento fluido del sistema fordista. Ya no era verdad, a fines de los '60, que todo auto producido podría ser vendido sin problemas; y hacia 1974, cuando la crisis mundial ya era evidente y el aumento de precios del petróleo llegó hasta los automovilistas, los fabri-

cantes de automóviles tenían que competir intensamente para vender sus productos. Las compañías productoras se vieron obligadas a cambiar sus métodos de producción para poder competir. También la dirección empresarial tuvo que atacar las normas establecidas de relaciones laborales. Desde ambos lados de la relación capital-trabajo, la estabilidad relativa del fordismo estaba bajo ataque. Al período de compromiso en el cual los sindicatos habían mantenido juntas a ambas partes en aparente armonía, sucedió un período de conflicto abierto, de abierta lucha por el poder. Como declaró el director de British Leyland antes citado:

Lo único que realmente surge es el hecho de que tanto la dirección como los delegados (*shop stewards*) apreciaban la situación: ambos conocían sus propios objetivos y ambos se aceptaban mutuamente lo que estaban haciendo. No se trataba de una batalla entablada entre gente que la negaba: ambos lados admitían que había una lucha. La gerencia decía: 'Vamos a ganar'. Los delegados decían: 'Vamos a ganar' (Television History Workshop 1985, 81).

La crisis en British Leyland fue el estallido del combate abierto. Estaba roto el equilibrio fordista, que hasta entonces había conseguido contener las frustraciones y mantener una estructura de control adecuada durante tanto tiempo que había terminado por conformar la imagen del capitalismo para toda una generación.

La crisis capitalista nunca es otra cosa que esto: la ruptura de un patrón de dominación de clase relativamente estable. Aparece como una crisis económica, que se expresa en una caída en la tasa de ganancia, pero su núcleo es el fracaso de un patrón de dominación establecido. Desde el punto de vista del capital, la crisis sólo puede ser resuelta mediante el establecimiento de nuevos patrones de dominación. Esto no significa que el capital tiene preparados nuevos patrones para imponerlos a la clase obrera. Para el capital, la crisis sólo puede ser resuelta a través de la lucha, a través del restablecimiento de la autoridad y a través de una difícil búsqueda de nuevos patrones de dominación.

En el caso de British Leyland, el restablecimiento del control se identificó con la cuestión de elevar la productividad. Se consideró a la elevación de la productividad como la clave para la supervivencia de la empresa frente a la competencia internacional.

Aumentar la productividad no era mera cuestión de introducir nue-

va maquinaria, sino de hacer que los trabajadores trabajaran más duro. Como decía un informe sobre la política central de la administración en 1975:

Con la misma cantidad de energía a su alcance y ejecutando el mismo trabajo que sus similares en Europa continental, un obrero del automóvil británico en la línea de montaje produce sólo la mitad por turno (CPRS 1975).

En tales circunstancias, no tenía mucho objeto introducir nueva tecnología hasta que se establecieran nuevas actitudes y una nueva disciplina. La nueva tecnología requeriría un nuevo tipo de control sobre la fuerza de trabajo, pero al mismo tiempo podía también contribuir a la creación de tal control. Así lo planteó un gerente de Ford cuando habló de la instalación de 39 robots industriales nuevos:

No hemos podido controlar a la fuerza de trabajo. No podemos obligar a cada hombre a poner cada soldadura en su lugar correspondiente. Por eso hemos tratado de establecer la calidad mediante máquinas (Scarborough 1986, 99).

En British Leyland, el restablecimiento del control patronal y la introducción de nueva tecnología estaban fuertemente entrelazados en la planeación de un nuevo modelo de auto, el Metro, a ser lanzado al mercado a fines de los setenta. La decisión de usar la tecnología más avanzada (multi-soldadoras automáticas y robots) en la producción del Metro se tomó a mitad de los setentas, en parte por razones de calidad (se consideraba más confiables a las máquinas que a los obreros) y en parte porque “se sentía que había ventajas no cuantificables en el uso de tecnología cuyo resultado era que la dirección tenía que manejar muchos menos operadores directos” (Willman & Winch 1985, 50). Una vez tomada la decisión de invertir en alta tecnología y de construir una nueva planta (el establecimiento New West en Longbridge), se tornó más urgente que nunca establecer el control patronal antes de que la nueva planta se inaugurara.

Pueden verse dos fases en el intento de la dirección de la empresa de establecer su control. La primera fase, que va del colapso financiero de la empresa y su consiguiente intervención por el gobierno laborista en 1974 a la designación de Michael Edwardes como ejecutivo jefe en octubre de 1977, buscaba la incorporación de los delegados de departamento. Cuando las finanzas de la empresa se desplomaron en diciembre de 1974, el

gobierno encargó un informe a Sir Don Ryder, presidente del National Enterprise Board. El plan Ryder, publicado en abril de 1975, subrayaba la urgencia de cambios en British Leyland pero, reconociendo la fuerza de los delegados obreros dentro de la empresa, trató de conseguir el cambio logrando su cooperación. En particular, el plan aceptaba la continuación del sistema de mutualidad y establecía una estructura de comités conjuntos dirección-delegados para discutir un amplio rango de problemas referentes al funcionamiento de la empresa. Después de una encendida discusión, los delegados obreros aceptaron cooperar en el esquema de participación, algunos incluso con entusiasmo. Así lo manifestó Derek Robinson, quien reunió a los delegados obreros en Longbridge:

Si convertimos a Leyland en un éxito, será una victoria política. Probará que trabajadores normales tienen la inteligencia y la determinación de dirigir la industria (*Guardián*, 9/4/1979, citado en Scarborough 1986, 102).

El entusiasmo de Robinson no fue confirmado por la experiencia. Las discusiones de los comités conjuntos tuvieron lugar dentro de un marco ya estrictamente definido por decisiones patronales (sobre el Metro, por ejemplo) y estaban separadas de la estructura de negociación colectiva en la cual se tomaban las decisiones reales sobre normas de trabajo. Por consiguiente, los delegados sintieron, por un lado, que ejercían poca influencia y, por el otro, que a menudo se comprometían, ante los ojos de los trabajadores a los cuales representaban, por su participación en decisiones de la gerencia (William & Winch, 1985; Scarborough 1986).

Desde el punto de vista de la patronal, el ejercicio de participación fue al mismo tiempo un éxito y un fracaso. Por un lado, sí promovió cierto grado de aceptación de la necesidad de cambiar: como declaró un director, "la participación fue un éxito y nos ayudó a vender los cambios que queríamos" (Scarborough 1986, 103). Por otro lado, fue una manera lenta y dificultosa de lograr el cambio y no estableció la clara autoridad que la dirección demandaba: se reconocía el poder de los delegados y todavía la actividad huelguística continuaba a un nivel alto. En opinión de Michael Edwardes:

La estructura triple de participación de los empleados —piedra angular del remedio Ryder para resolver los intrincados problemas de las relaciones laborales— sólo produjo papelería burocrática que disipaba los recursos y esfuerzos de la gerencia. Algunas decisiones empresariales se postergaban durante meses mientras la maquinaria consultiva con-

junta trataba infructuosamente de dar a luz un consenso. Procedimiento y consulta para evitar problemas en las relaciones industriales parecieron dominar la capacidad de tomar decisiones y de convertirlas en acción, y sin embargo durante ese período la cantidad de conflictos aumentó agudamente (Edwardes 1984, 39).

Hacia 1977 era evidente que la estrategia Ryder no podía conducir a la recuperación de la empresa: la productividad seguía cayendo y con ella la posición de British Leyland en el mercado. Dado que no se podía lograr un efectivo control patronal a través de la incorporación de los delegados obreros, era necesario que la dirección empresarial se hiciera más abiertamente agresiva. En octubre de 1977, Michael Edwardes fue designado por el National Enterprise Board (con la aprobación del gobierno laborista) como Presidente y Ejecutivo Jefe de la British Leyland.

Para Edwardes, la clave del éxito estaba en la reafirmación del control del capital sobre el trabajo: el "*sine qua non* de la supervivencia era establecer el derecho a dirigir" (Edwardes 1984, 54), y esto significaría "contrarrestar el poder de los delegados obreros" (Edwardes 1984, 79).

Establecer el derecho a dirigir significaba, crucialmente, romper el sistema de mutualidad y afirmar el derecho de la dirección a introducir nuevas normas de trabajo sin el consentimiento previo de los delegados obreros. Aunque el estilo directivo de Edwardes era ríspido desde un principio, atacó primero al modo de dirigir establecido, ajustando cuentas no con los delegados obreros sino con los directores mismos, despidiendo a varios y removiendo a otros a nuevas posiciones. Pasaron dos años antes de que enfrentara a los delegados obreros en una confrontación directa sobre la cuestión de la mutualidad. Durante esos dos años la posición de los delegados se había debilitado notablemente debido a una cantidad de cierres de plantas, a la inflexibilidad de la dirección en las negociaciones salariales y al agudo aumento del desempleo a nivel nacional. También se debilitó por la nueva estrategia populista de la patronal, dirigida a movilizar a los trabajadores contra los delegados. Sosteniendo que los delegados obreros no representaban los deseos de sus bases, la patronal desarrolló una política (después de febrero de 1979) de pasar por encima de las cabezas de los delegados y dirigirse directamente a los propios trabajadores.

Esto significaba frecuentemente enviar cartas a las casas de los empleados (donde éstos podían considerar calma y cuidadosamente la situa-

ción junto con sus familias), la publicación de cartas informativas de la empresa y de carteles. Cuando sentíamos que determinado problema tenía mayor significación usábamos desplegados pagados en la prensa y parecían ser efectivos, pues los activistas invariablemente protestaban (Edwardes 1984, 93).

De este modo, la "democracia" se convirtió en una estrategia patronal; se usó el voto directo de los afiliados para contrarrestar las formas establecidas de representación sindical.

La confrontación sobre la mutualidad y el control patronal se produjo a fines de 1979. Comenzó cuando, en respuesta a continuas dificultades económicas, Edwardes dio a conocer un Plan de Recuperación, que preveía la pérdida de 25.000 puestos de trabajo y el cierre total o parcial de trece fábricas. Los sindicatos se opusieron inicialmente al plan. Pero, frente a la afirmación de la dirección de que la única alternativa era el cierre de la empresa entera, los sindicatos de mecánicos decidieron recomendar su aceptación en una votación de los empleados de la empresa, y la votación dio una amplia mayoría a favor. Cuando, entonces, una cantidad de delegados obreros publicaron un folleto criticando el plan (en noviembre de 1979), la empresa respondió despidiendo a Derek Robinson, uno de los firmantes del folleto y presidente del comité de delegados obreros.

Una huelga en defensa de Robinson pronto fracasó, aunque los delegados continuaron apoyando a Robinson y hasta lo reeligieron coordinador de los delegados de Longbridge en enero de 1980. Los delegados ya no tenían el mismo poder que antes. Por un lado, los sindicatos nacionales (particularmente el sindicato de mecánicos, el AUEW, del cual era miembro Robinson) no lo apoyaron: Robinson, y el poder de los delegados obreros que él representaba, habían sido durante mucho tiempo una espina en el flanco de los dirigentes nacionales responsables de la AUEW (Edwardes 1984, 117-133). Por el otro, se hizo evidente que los delegados obreros no podían contar con el apoyo activo de los miembros del sindicato: un elemento importante había sido, sin duda, la aceptación de la estrategia Ryder que involucraba a los delegados obreros en un esquema de participación que no tenía amplio apoyo entre los trabajadores (William & Winch 1985, 83; Scarborough 1986). Aunque la estrategia agresiva de Edwardes parece ser lo contrario del enfoque de Ryder, en realidad se construyó en aspectos importantes sobre los resultados de éste.

Una vez que se aceptó el Plan de Recuperación, la dirección empresarial develó algunas de las implicaciones del plan en un documento de 92 páginas sobre cambios en las normas laborales. En los términos de Edwardes: “En el centro del documento de 92 páginas que subrayan los cambios necesarios, estaba el desafío a la ‘mutualidad’ (Edwardes 1984, 133). Un documento dirigido a los directores circuló en ese tiempo por toda la empresa:

1. Son los directores quienes tienen la responsabilidad de administrar, dirigir y motivar a los empleados y de comunicarse en problemas de la empresa. los delegados obreros tienen derecho a representar a sus miembros y a comunicarles información sindical en el lugar de trabajo pero sólo dentro de las reglas y procedimientos conjuntamente establecidos. . .
3. Todo director debe desempeñar su papel para derrotar a la pequeña minoría que quisiera ver el fracaso de British Leyland. . .” (citado en Willman & Winch 1985, 130).

La cuestión en juego era la extensión del control patronal dentro de la fábrica. La dirección de la empresa aspiraba a “cambiar las costumbres de dos generaciones en la empresa” (Edwardes 1984, 133), a recuperar para el capital la autoridad del orgulloso centurión: “Yo le decía a uno ‘Ve’, y él iba”

Las negociaciones sobre el documento de 92 páginas se rompieron: los delegados obreros no podían aceptar el abandono de la mutualidad. La gerencia respondió haciendo circular el documento como “Periódico Azul” entre todo el personal e informó que sería puesto en práctica el 8 y 9 de abril de 1980: todo trabajador que se presentara al trabajo ese día sería considerado como aceptante de las nuevas normas de trabajo. La respuesta del sindicato fue descoordinada y la resistencia pronto se derrumbó. La gerencia había tenido éxito y el capital afirmado su derecho a mandar:

en esos dos días, jueves 8 de abril y viernes 9 de abril de 1980, treinta años de concesiones de la empresa (que habían hecho imposible fabricar autos competitivamente) fueron lanzados por la ventana, y nuestras fábricas de automóviles se encontraron con una posibilidad de luchar y volverse competitivas (Edwardes 1984, 135).

El poder de los delegados obreros habían sido roto efectivamente: la dirección de la empresa había triunfado.

El camino había quedado libre para el lanzamiento del modelo Metro en octubre de 1980. Se seleccionó cuidadosamente a los trabajadores para la nueva planta para asegurarse de que tenían la actitud correcta y que quedara eliminado todo aquel que estuviera registrado como activista. El éxito del Metro dependía de una mezcla de nueva tecnología y nuevos obreros: las soldadoras múltiples y los robots no tenían utilidad alguna a menos que los obreros tuvieran las actitudes correctas para trabajar con ellos.

La palabra clave en la reforma de las normas de trabajo es “flexibilidad” Flexibilidad significa esencialmente la remoción de barreras al derecho de la empresa de decir a los trabajadores qué hacer, dónde hacerlo y a qué ritmo. Los obreros ya no deben insistir en definiciones de tareas: deben ser lo suficientemente “flexibles” como para moverse de una tarea a otra. En las palabras de un obrero de la planta Cowley:

Ahora estamos bajo un ataque constante, y todos los acuerdos protectores establecidos en los años sesenta han desaparecido. A los obreros se los agrupa ahora como rebaño de ganado en esas plantas. Los acuerdos protectores, los acuerdos de antigüedad, que eran los acuerdos protectores más importantes han desaparecido totalmente. Estamos viendo condiciones en las cuales a trabajadores que durante treinta o cuarenta años han trabajado fuera de las líneas, se les da cinco minutos de preaviso para que vayan a la línea. A menudo con condiciones médicas. A menudo trabajando en un pozo, con condiciones suplementarias que hacen absolutamente imposible para ellos cumplir la tarea. Y se los envía despiadadamente, después de cuarenta años de trabajar con la empresa. ‘Métase en ese pozo y haga esa tarea o búsquese trabajo en otra parte’. Y no estoy exagerando nada: es lo que sucede todos los días. Cada día en esas plantas. Y la diferencia entre eso y lo que sucedía cuando los sindicatos tenían poder hace unos pocos años, es la diferencia absoluta que hay entre la tiza y el queso (Televisión History Workshop 1985, 108).

Los delegados obreros ya no pueden controlar el ritmo de trabajo o la movilidad de los obreros en la misma forma que antes. La organización de los delegados existe todavía, pero los delegados tienen mucho menos facilidades y un papel grandemente reducido: ya no tienen papel alguno en la negociación de salarios, premios o niveles de esfuerzo, habiendo quedado limitados principalmente a la representación de los trabajadores en los procedimientos de quejas. La aspiración de la dirección nunca fue

destruir el sindicalismo en la empresa, sino meramente limitar sus alcances de modo que colaborara con la autoridad empresarial en lugar de cuestionarla.

La productividad en la línea de producción del modelo Metro superó incluso las expectativas de la empresa. La productividad también subió agudamente en otras plantas, lo cual sugiere que la elevación se debió cuando menos tanto al nuevo patrón de relaciones industriales como a la nueva tecnología. El nivel de actividad huelguística, por su parte, cayó. El cambio en la situación fue tan dramático que a principios de 1984 se informó que Longbridge tenía mayor productividad que cualquier otra planta de automóviles europea (Willman & Winch 1985, 155).

Elevar la productividad a niveles europeos ya no es, sin embargo, suficiente para sostener la competencia internacional. British Leyland (ahora el Grupo Rover) continúa confrontando agudas dificultades. El desafío actual es elevar la productividad y la calidad a niveles japoneses.

Elevar calidad y productividad a niveles japoneses, sin embargo, requiere cambios adicionales, no tanto en la tecnología cuanto en las actitudes obreras. Lo que Edwardes (cuyo período en el cargo concluyó en 1982) logró fue la destrucción del poder de los delegados obreros, la destrucción de las barreras al control patronal. Esta especie de agresivo enfoque empresarial podía y pudo obligar a los trabajadores a obedecer las órdenes de la dirección, pero difícilmente podía esperarse que produjera una fuerza de trabajo dedicada y entusiasta. No obstante, es precisamente esta especie de dedicación y entusiasmo lo que hoy se considera necesario para asegurar la calidad de los productos.

El mando “macho” de Edwardes puede ser visto hoy como una fase de transición, necesaria para destruir los obstáculos al control empresarial, pero incapaz para establecer la base para un nuevo patrón de relaciones industriales estable. Lo que ahora necesita hacer la empresa es construir sobre esta derrota y modelar al obrero sumiso transformándolo en un obrero entusiasta, orgulloso de su compañía.

En el Grupo Rover ya están ocurriendo cambios en este sentido. Cuando se anunció a principios de 1986 la designación del nuevo presidente y ejecutivo jefe, Graham Day, la pregunta era si uno de los principales colaboradores de Edwardes, Harold Musgrove, continuaría como presidente de Austin Rover, pues entre otras cuestiones se consideraba dudoso “si el

enfoque del señor Musgrove —‘latiguitar las espaldas de la gente para que de la planta salgan autos’, como alguien dijo— es hoy el correcto” (*Financial Times*, 22 marzo 1986). Efectivamente, la renuncia del señor Musgrove fue una de las primeras consecuencias de la designación de Day.

Una indicación más positiva de la misma tendencia se puede ver en la actual iniciativa en Austin Rover, “trabajar con orgullo”. Andy Barr, el director gerente a cargo de esta iniciativa, la formuló así:

Necesitamos cambiar actitudes y no solamente patrones de conducta. Necesitamos un involucramiento total para asegurar calidad y confiabilidad de nuestros productos (*Financial Times*, 18 de septiembre 1986)

Los aspirantes a un puesto en la línea de montaje de la Rover en Cowley atraviesan ahora un proceso de verificación de dos días para discutir las aspiraciones y objetivos de la compañía. Incluso se estimula a tomar parte en él a sus padres o su esposa e hijos, “para venir y juzgar si Austin Rover es la compañía de su familia” (*Financial Times*, 18 de septiembre 1986). Declaró Barr:

No buscamos solamente habilidad manual y destreza. Queremos saber si sus aspiraciones son las mismas que las de la compañía. Lo que es bueno para la gente es bueno para la compañía (*Financial Times*, 20 junio 1986)

El estilo de mando “macho” tipificado por Edwardes está siendo sustituido por una nueva imagen: la imagen de una dirección empresarial que se preocupe, apoyada por una fuerza de trabajo orgullosa y dedicada.

La imagen a la cual aspira la dirección de Rover es la que ya presenta la nueva fábrica Nissan inaugurada el 11 de septiembre de 1986 en Sunderland. La publicidad televisiva de la empresa proyecta un cuadro de nueva armonía, muy alejado de las huelgas y la acrimonia de la tradicional fabricación británica de autos:

Imaginen una fábrica de automóviles donde nadie hace huelga, y donde tampoco nadie es despedido. Imaginen al director gerente vestido exactamente igual que los hombres en la línea de montaje. Imaginen que la gerencia y los trabajadores se reúnen cada día para ver cómo pueden hacer mejor las cosas. Imaginen que el trabajo no fuera sola-

mente para obtener una mejor paga diaria, sino para trabajar juntos para hacer algo de lo que se puede estar orgulloso. Tal vez entonces sería imposible hacer un auto tan bueno que tuviera una garantía de 100 mil millas o de tres años. ¿O esto es sólo un sueño? (citado en Bassett 1986, 148).

Todos los anuncios publicitarios tienen el mismo tema: con Nissan, la fabricación de automóviles entra en un mundo nuevo. Se transforma la relación entre empresa y trabajador. El obrero Nissan es un nuevo obrero, tan nuevo que ya no es más un obrero. Es un miembro del equipo (*staff*): “No tienen ‘obreros’ en Sunderland” (frase de un anuncio de Nissan, *Observer*, 14 septiembre 1986).

Los miembros del “equipo” fueron seleccionados cuidadosamente para asegurarse de que realmente eran hombres nuevos, que no traían manchas del viejo activismo sindical. Primero se seleccionó el lugar donde se ubicaría la fábrica — “una de las búsquedas más exhaustivas de una ubicación en la historia comercial, en que se consideraron más de cincuenta lugares en total, con autoridades locales que competían fuertemente entre sí para lograr la instalación” (Bassett 1986, 149). Una vez que se escogió la ubicación (un antiguo aeropuerto cerca de Sunderland), la empresa comenzó a seleccionar a los “equipistas”. La gerencia tenía toda la amplitud para rechazar a cualquiera que tuviera actitudes no constructivas:

Se recibieron más de 11.000 solicitudes para los primeros 247 puestos en la nueva planta y cada una pasó uno de los cursos de selección más intenso y vigoroso que se pueda imaginar. Las vacantes para 22 supervisores, una especie de capataz híbrido, atrajeron 3.000 solicitudes (Inserción publicitaria, *Observer*, 14 septiembre 1986).

La opción de crear una planta no sindicalizada fue considerada por la empresa, pero la rechazó porque sintió que tal decisión podía ser una fuente constante de fricción. En cambio, decidieron que reconocerían solamente un sindicato y entrevistaron a los varios sindicatos posibles (T&GWU, AUEW, GMBATU) antes de elegir: “Nos vimos obligados a desfilar ante posibles empleadores como reinas de belleza”, declaró uno de los secretarios regionales (Bassett 1986, 149). La compañía escogió al sindicato de mecánicos, AUEW, y celebró con él un acuerdo que elimina virtualmente la posibilidad de huelga alguna: todos los conflictos se deberán arreglar por negociación, conciliación o arbitraje.

La cuestión de la organización sindical es, en cualquier caso, periférica si se sigue la imagen que la empresa proyecta. El antagonismo entre la dirección y los trabajadores es cosa del pasado. Los trabajadores de la dirección y los de la producción visten las mismas ropas y comen en el mismo comedor; no se pide a los obreros que marquen a la mañana en el reloj de ingreso; los sobres con el salario son sustituidos por salarios pagados directamente sobre la cuenta bancaria de cada uno. Todos forman parte de un mismo equipo cuyo fin es producir autos de alta calidad. La definición de tareas no tiene espacio aquí, por supuesto: el acento se pone en la flexibilidad de oficios, destrezas y puestos de trabajo.

El concepto consiste en crear un equipo o pequeño grupo de obreros (perdón, de 'equipistas de producción') que utilizan e intercambian diferentes capacidades (Inserción publicitaria, *Observer*, 14 septiembre 1986).

Todo el mundo de la fabricación de automóviles resulta transformado. La lucha de clases no tiene aquí espacio propio: aparentemente, no existe antagonismo. La lucha a secas tampoco tiene lugar: el Hombre Nuevo no se pelea. Este nuevo mundo armonioso se ha logrado no mediante la lucha, sino mediante el rechazo de la lucha. En realidad, el nuevo mundo representa la liberación de la lucha, del viejo mundo conflictivo. Aquí en Nissan, directores y obreros juntos son capaces de hacer lo que siempre quisieron hacer: fabricar productos de alta calidad, sin las trabas de la interferencia sindical. Desde este punto de vista, la militancia de los años setenta se derrotó a si misma: era a la vez irracional y estéril. El Hombre Nuevo no es militante, sabe que todos los problemas pueden resolverse mediante la comunicación:

'Quien se comunica es en gran medida un rey', sostiene Wickens (director de personal). Si el jefe de equipo no está contento puede charlar con el supervisor y entonces sentarse todos juntos y tratar de resolver las cosas (Inserción publicitaria, *Observer*, 14 de septiembre 1986).

El mundo de Nissan es el mundo de la nueva armonía, el nuevo consenso. La militancia, lo mismo que el mando "macho", han ido a parar al basurero de la historia: los nombres de Robinson y Scargill, pero también los de Edwardes y MacGregor, mejor son olvidados como aberraciones en la marcha hacia adelante del sentido común racional.

3.

De la crisis en British Leyland y el establecimiento de Nissan, es posible sacar algunas conclusiones sobre el desarrollo capitalista en Gran Bretaña en los últimos quince años, más o menos.

El punto más obvio es que sin tener una concepción de crisis no se pueden comprender los cambios que han ocurrido. La crisis en British Leyland fue una crisis en los métodos establecidos de producir automóviles. No era tan solo que la tecnología existente era obsoleta, sino que ya no eran viables los patrones de relaciones entre el trabajo y la dirección empresarial asociados con la línea de montaje y la producción semiautomatizada. La crisis era sobre todo una crisis en la relación de dominación: se habían roto los patrones establecidos de control sobre el trabajo. De tal modo, era también necesariamente una crisis de dirección empresarial. Había que encontrar nuevos modos de dirigir al trabajo (y en este proceso muchos de los viejos directores tenían que ser despedidos). Y era también una crisis de los sindicatos, porque la estructura sindical existente se basaba en el mantenimiento de cierto tipo de equilibrio entre capital y trabajo.

La crisis fue un estallido de lucha abierta entre capital y trabajo. El patrón de dominación preexistente estaba roto: no era una situación revolucionaria, pero si una situación en la cual todo parecía posible. El capital no podía permitir que eso continuara: tenía que restablecer su derecho de mando, su arrogantemente proclamado “derecho a dirigir”, su derecho a determinar qué es posible y qué no lo es.

No hay duda de que en esta lucha resultó victorioso el capital y derrotado el trabajo. En el caso de British Leyland, la estrategia empresarial atravesó varias fases, la mas efectiva de las cuales fue sin duda la agresiva dirección “macho” de Edwardes; pero cada viraje aparente de la estrategia empresarial se desarrolló a partir de las conquistas de la fase precedente. Edwardes pudo basarse en el aislamiento de los delegados obreros que fue el resultado del enfoque corporativo de Ryder, así como el actual enfoque de “trabajar con orgullo” se basa en el aplastamiento de los trabajadores bajo Edwardes.

Tomando el período en su conjunto, las relaciones de producción han cambiado de un modo que a mitad de los setentas habría parecido inconcebible. La reafirmación de la autoridad empresarial ha progresado

junto con la exclusión de grandes cantidades de trabajadores. La cifra de obreros manuales empleada por British Leyland cayó de 120 mil a 26 mil en un lapso de ocho años, una caída de casi 100 mil comparada con los 400 contratados por Nissan. La reestructuración del proceso de trabajo y de las relaciones entre la dirección y los trabajadores es simultáneamente la creación de desempleo en gran escala. No se los puede separar.

¿Por qué fue derrotado el trabajo? Un factor fue, sin duda, la inseguridad de la existencia en la cual se basa el capitalismo: si uno no posee propiedad, tiene que vender su fuerza para sobrevivir a un nivel aceptable. Durante el período de conflicto en British Leyland, el desempleo creció rápidamente y la amenaza de despido era aguda. En tales circunstancias era fácil para la empresa usar la amenaza de cierre para imponer su voluntad.

Un segundo factor fue la forma en que fueron debilitados internamente los delegados obreros (y los sindicatos nacionales), justo en el momento en que su poder parecía ser mayor. El involucramiento de los delegados y dirigentes sindicales en el esquema de participación bajo el plan Ryder (y, nacionalmente, en toda la estructura corporativa del pacto social) condujo a una alienación de los trabajadores con respecto a sus "representantes". La estrategia de Edwardes de comunicación directa con los trabajadores pudo basarse con mucho éxito sobre esta alienación.

La participación tenía este efecto porque, tal vez inevitablemente, significaba participación en el restablecimiento de la competitividad de la empresa. Los delegados aceptaron este objetivo, así como no cuestionaron la necesidad de introducir nueva tecnología para alcanzarlo: no había una alternativa obvia. A falta de una alternativa, la lógica del desarrollo capitalista se impuso por sí misma: los autos deben fabricarse en la forma más eficiente posible, y la dirección debe dirigir. La ley del valor se afirma como una Necesidad en una sociedad capitalista.

Sería erróneo pensar que la crisis está superada. El Grupo Rover (como se llama ahora) todavía está en graves dificultades y hay obvios problemas para poner en marcha los nuevos métodos que se han puesto de moda entre los dirigentes empresariales. El legado de Edwardes no es la mejor base para construir un sentimiento de dedicación y orgullo entre los trabajadores.

Nissan es instructivo porque puede partir de cero, dando por sentada la destrucción de las viejas tradiciones. En Nissan es posible ver, no todavía un nuevo patrón establecido de relaciones entre la empresa y el trabajo, sino tendencias que indican la conformación de un nuevo patrón emergente. El uso extensivo de tecnología significa que muchos de los problemas de control (tal como el control de la calidad de la soldadura o de la pintura, por ejemplo) se transfieren de la supervisión directa de los trabajadores de producción al diseño y especialmente a la programación de la multisoldadora o del robot. El control de la fuerza de trabajo en ningún caso presenta los mismos problemas que antes: establecer una nueva fábrica en un lugar despoblado en una región con alto desempleo significa que muchos de los problemas de control empresarial se pueden transferir al punto de selección. Al asegurarse de que solo se dará empleo a trabajadores con la actitud correcta, la dirección puede resolver en gran medida no solo el problema del activismo sindical, sino también las cuestiones de calidad, flexibilidad y disciplina. Ahora se torna posible esperar que los trabajadores se identifiquen con la empresa hasta el punto de preocuparse por la calidad del producto, pedir flexibilidad en la ejecución de las tareas y hacer propio el tipo de disciplina que posibilita la producción "*just-in-time*" (con su mínimo stock de partes).

En este contexto, el sindicalismo llega a tener un significado nuevo. La nueva fábrica no excluye a los sindicatos, pero los sindicatos, como los trabajadores, atraviesan un proceso de selección y tienen que satisfacer a la empresa en cuanto a la demanda de que tengan una actitud nueva. El nuevo sindicato es cooperador y se identifica con los intereses de la empresa. Para los dirigentes del sindicato de electricistas, el EEPTU, y el sindicato de mecánicos, el AUEW, los dos sindicatos más fuertemente identificados con esta tendencia, el activismo es irracional y obsoleto: no tiene espacio en este mundo nuevo. La huelga minera, la lucha de los obreros gráficos en Wapping, son reliquias intempestivas de un pasado enterrado. El nuevo sindicato, como el nuevo obrero, está liberado del pasado, libre para gozar, sobre las tumbas de los derrotados y la exclusión de millones, la nueva armonía del conformismo sofocante.

Por supuesto esta no es toda la historia. No puede serlo.

4.

Hay sorprendentes paralelismos entre las fases de la estrategia empresarial en la industria del automóvil y el desarrollo del Estado británico.

También en el Estado existe cierto equilibrio que se mantiene hasta la mitad de los años 70. Como en British Leyland, ese equilibrio se basa en un reconocimiento de la fuerza de los sindicatos y por consiguiente de su importancia para toda la estructura del gobierno. En British Leyland se lo conoce como “mutualidad”, en el Estado se lo llama keynesianismo.

A menudo el término “keynesianismo” se emplea para referirse a un conjunto de políticas económicas diseñadas para asegurar el pleno empleo y el desarrollo equilibrado de la economía a través de la regulación de la demanda, o a la teoría económica en que esas políticas se basan. La adopción de esas políticas y el desarrollo de esa teoría, sin embargo, no eran mero azar histórico: tanto políticas como teoría surgieron de un reconocimiento del creciente poder (y por lo tanto, amenaza) de la clase obrera, y de la necesidad de desarrollar una nueva forma de controlar y embridar ese poder. En Gran Bretaña fue el estallido de la Segunda Guerra Mundial lo que volvió particularmente urgente esta necesidad y llevó a la integración de dirigentes sindicales en el gobierno y al compromiso estatal de mantener el pleno empleo y aplicar políticas de bienestar social (*Welfare State policies*) después de la guerra. En la posguerra, cuando la expansión de la producción masiva y el rígido mercado de la fuerza de trabajo consolidaron el poder del trabajo, el keynesianismo se convirtió en el patrón de dominación establecido.

Mutualidad y keynesianismo son esencialmente lo mismo. En ambos casos existe un reconocimiento de la fuerza de la clase obrera, y un reconocimiento de que esa fuerza impone límites al poder del Estado (o de la empresa) para hacer lo que quiere. A nivel de la fábrica, se reconoce que la dirección no puede introducir cambios en la tecnología o en las normas de trabajo sin previo consentimiento de los delegados obreros. Al nivel nacional, se acepta que el control de los salarios u otros aspectos de las relaciones industriales no se puede imponer contra los deseos de los sindicatos, que este es un terreno donde la ley no debe intervenir.

También en ambos casos existe un intento de integrar el poder de los sindicatos dentro de la estructura de control y de usarlo en provecho del capital. El principio clave es la conversión de las frustraciones de los trabajadores en demandas monetarias y la canalización de tales demandas de modo que se conviertan en una fuerza positiva para la acumulación de capital. En British Leyland y en otras empresas esto se obtiene a través de la negociación colectiva y del acuerdo de que hay que pagar por cambiar. A nivel del Estado, el intento de regular las demandas en interés

de la acumulación del capital tiene el mismo fin. Las demandas son la frustración de la clase obrera convertida en dinero. La gestión de las demandas es precisamente lo que dice ser: gestión de las frustraciones monetizadas de la clase obrera de modo de convertirlas en un estímulo para la acumulación de capital.

En ambos casos era evidente hacia fines de los años 60 que la estructura establecida de dominación-y-compromiso estaba obstruyendo el desarrollo del capitalismo en Gran Bretaña. Sin embargo, se estaba aun muy lejos del reconocimiento de que era esencial romper el equilibrio establecido para estar en condiciones de lograrlo. A fines de los '60 se reconoció en British Leyland que existía una seria situación de "sobreempleo" o mano de obra excedentaria, pero el director ejecutivo en esa época, Stokes, se abstuvo de despedir 30 mil trabajadores por temor de las consecuencias (Turner 1973), y hubo que esperar diez años para que Edwardes pudiera abordar seriamente el problema. Al nivel del Estado, los intentos del gobierno Wilson (el documento *"In Place of Strife"* de 1969) y del gobierno Heath (el Acta de Relaciones Industriales de 1971) para restringir radicalmente el poder de los sindicatos, fracasaron cuando tuvieron que confrontarse con la realidad de este poder. Una vez más, tomó diez años o más para romper este patrón.

En los dos casos la crisis de control llegó a su punto culminante en 1974/1975. Al nivel del Estado, como en British Leyland, no se trataba de ninguna situación revolucionaria; pero había una seria crisis de autoridad y control. Hechos tales como el fracaso del Acta de Relaciones Industriales de Heath después de la liberación de los Cinco de Pentonville en 1971 y las huelgas mineras de 1972 y 1974 marcaron muy claros los límites de la autoridad del Estado. Inflación creciente, gasto público en ascenso, ganancias decrecientes, altos niveles de actividad huelguística: todo evidenciaba que el equilibrio de posguerra se estaba derrumbando.

La respuesta del gobierno laborista a este dilema fue esencial para adoptar la estrategia Ryder: lograr que los sindicatos participaran abierta y explícitamente en la administración del país, a través del Contrato Social. La experiencia del Contrato Social fue muy similar a la experiencia de participación en British Leyland. La discusión se efectuó dentro de los marcos de objetivos prefijados: restablecimiento de la competitividad y renovación tecnológica de British Leyland; restablecimiento de la competitividad y renovación tecnológica en toda Gran Bretaña. Dado que estos objetivos significaban claramente reducir el poder de los sindicatos,

la participación de éstos solo podía significar participación en su propia destrucción.

Y así sucedió. A medida que la crisis se profundizó, y especialmente después de 1975/1976 se volvió cada vez más claro que el Contrato Social no significaba más que la participación de los sindicatos en una política que recortaba los niveles de vida de los trabajadores y que, al permitir el aumento del desempleo, minaba las bases del propio poder de los sindicatos.

El Contrato Social, desde el punto de vista del capital, era a la vez un éxito y un fracaso, exactamente del mismo modo que la estrategia Ryder en British Leyland. Era un éxito muy grande en cuanto, al dar poder en apariencia a los sindicatos, los destruía efectivamente. Cuando fueron atacados directamente a inicios de los años '80, resultó claro que el poder de los sindicatos estaba vacío: como los delegados obreros en British Leyland, se habían desacreditado por su participación en la administración. El Contrato Social vaciaba el poder de los sindicatos y al mismo tiempo inflaba a estos, convirtiéndolos así en un blanco fácil.

El Contrato Social fue también un fracaso en el mismo sentido que la estrategia Ryder en Leyland. Era costoso (porque había que dar concesiones para comprar el asentimiento de los sindicatos) y engorroso, y sobre todo no podía lograr la clara reafirmación de la autoridad, que era necesaria si se pretendía establecer una nueva base para la acumulación del capital.

Edwardes encuentra en Thatcher su nítida contraparte al nivel nacional. Thatcher llegó al gobierno más de un año después de que Edwardes fue designado como ejecutivo jefe en British Leyland, con una imagen y un mensaje muy similares. El gobierno iba a ser firme y no habría compromisos; la tarea del gobierno era gobernar, así como la tarea de la dirección empresarial era dirigir. El keynesianismo y el corporativismo del Contrato Social fueron dejados de lado.

Lo mismo que Edwardes, Thatcher no estaba atacando meramente a los sindicatos. Como Edwardes, estaba atacando un estilo de gobierno (o de dirección de empresa) que se basaba en un reconocimiento del poder de los sindicatos. Así como Edwardes había atacado primero a la dirección misma y había despedido a los directores demasiado comprometidos con las prácticas preexistentes, uno de los primeros blancos del

ataque de Thatcher fueron el servicio civil y la red de relaciones existente entre funcionarios, sindicalistas y empleadores. La crisis capitalista no significa solo un ataque intensificado contra la clase obrera, sino la destrucción de toda una estructura de dominación. Esta destrucción se alcanza en gran medida a través de la operación del dinero, pero también desempeña un papel importante gente que viene de afuera de las estructuras de poder existentes. Esto explica la prominencia particular en los años recientes de directores de empresas traídos desde afuera de determinada industria (como Edwardes o MacGregor), o de alguien como Thatcher que vino de afuera del establishment conservador. Explica también por qué gente como Edwardes o Thatcher, aunque actúan en interés del capital, pueden ser muy impopulares ante muchos grupos individuales de capitalistas. Finalmente, explica la importancia particular del dinero bajo el gobierno de Thatcher: no es porque el gobierno ha sido indebidamente influido por el capital financiero en lugar del capital industrial, como suele decirse, sino porque el dinero en un período de crisis desempeña un papel central para la ruptura y la reestructuración de los patrones de dominación.

El equilibrio de posguerra se había desmoronado, al menos en la retórica. En 1979, sin embargo, no era totalmente claro que el Estado social keynesiano-corporativo estaba tan muerto como lo proclamaba Thatcher. Todavía había quienes declaraban que la socialdemocratización del Estado británico no se podía revertir y quienes predecían que Thatcher tendría que hacer la misma clase de vuelta en U que el gobierno Heath diez años antes. Esta visión era demasiado optimista: el Estado keynesiano-corporativo se basaba en un reconocimiento del poder de los sindicatos, y hacia fines de los '70 ese poder había sido sustancialmente debilitado. Sin embargo, así como Edwardes se había aguantado dos años antes de poner a prueba su retórica en una confrontación directa con el poder de los delegados obreros, también el gobierno Thatcher pospuso su restricción legal del poder sindical, prefiriendo introducirlo poco a poco en los años posteriores a 1981. Pospuso también, muy deliberadamente, su confrontación mayor con los mineros hasta 1984.

Con una visión retrospectiva, surge que la señora Thatcher, lejos de ser una "dama de hierro", era en realidad muy cautelosa en su enfoque de los sindicatos. Esperó hasta estar segura de que el enemigo estaba realmente vencido, antes de cortarle la cabeza. Sólo después de la derrota de los sindicatos fue posible la dura legislación antisindical. No fue en primer lugar el gobierno Thatcher el que puso fin a la era keynesiana;

tampoco el gobierno laborista precedente: el famoso discurso de Callaghan en el Congreso del Partido Laborista en 1977 reconoció (o anunció) la muerte del keynesianismo, pero no la provocó. El sistema de gobierno keynesiano se fundaba en un reconocimiento del poder de los sindicatos, pero el principal responsable de la quiebra de ese poder no fue el Estado. El poder de los sindicatos fue destruido primero y sobre todo en los conflictos industriales de fines de los años '70 y comienzos de los '80, y en éstos el papel del Estado fue importante pero secundario. Si hubiera que ponerle una fecha a la muerte final de keynesianismo, no sería el discurso de Callaghan ni la victoria electoral de Thatcher, sino el 8 de abril de 1980, el día en que terminó la mutualidad en British Leyland. Esto, junto con una multitud de otros hechos similares en toda la industria, fue lo que lo eliminó la posibilidad de una vuelta en U, de un retorno a los patrones de la socialdemocracia de posguerra.

Decir que no puede haber regreso a los viejos patrones de la socialdemocracia no significa, sin embargo, que el thatcherismo ofrecerá necesariamente un modelo duradero de gobierno para Gran Bretaña. Por el contrario, la analogía con Edwardes en British Leyland sugeriría que es mejor ver al thatcherismo como un tipo de gobierno transicional, adecuado para destruir los vestigios de fordismo/keynesianismo, pero no para establecer los patrones políticos del feliz mundo nuevo tipificado por Nissan. Es prematuro ver en el thatcherismo un modelo del "Estado postfordista"

5.

Los paralelismos entre los cambios en la estrategia empresarial y los cambios en la política estatal son sorprendentes. También sorprendente es el hecho de que las corrientes de influencia no van en el sentido que nos haría suponer la visión dominante de la sociedad centrada en el Estado. Naturalmente, hay interacción constante, pero en conjunto son los cambios en la estrategia empresarial los que indican el camino para los cambios en la política estatal. En lugar de ver a Edwardes como el San Juan Bautista del thatcherismo, probablemente es más justo ver a Thatcher como el San Pablo del edwardesismo. La dirección empresarial conduce, el Estado sigue.

El "edwardesismo" significa aquí una completa inversión de marea en la estrategia empresarial. Los cambios en British Leyland son parti-

cularmente claros y comprobables, pero no son atípicos. El propio Edwades fue muy influyente para establecer un estilo de dirección en toda la industria. Pero aun allí donde la dirección no se hizo tan abiertamente agresiva, las relaciones entre la dirección y el trabajo se caracterizaron, casi en todas partes, por una brusca inclinación del equilibrio en favor de la dirección, un debilitamiento del poder de los delegados obreros y un endurecimiento de la autoridad patronal. En todas partes, contribuyó a los cambios un medio donde dominaba un alto desempleo y la introducción de nueva tecnología, dos factores que facilitan y demandan cambios en las normas de trabajo y el debilitamiento de las relaciones de poder asociadas con los viejos modos de trabajo. Los cambios no fueron siempre tan agudos, o tan conflictivos, como en British Leyland. A menudo se lograron sin librar batalla. Tampoco fueron simultáneos: ciertos grupos de trabajadores (los mineros y los gráficos en especial) pudieron aferrarse a sus viejas normas de trabajo, pues los arrecifes keynesianos detenían la creciente marea de cambio. El precio era el aislamiento: cuando llegó la batalla, el viejo mundo ya no estaba allí para darles todo su apoyo.

Tampoco los nuevos patrones, contruidos sobre las ruinas de los precedentes, corresponden a un modelo estricto; aun así, se puede ver a Nissan como representante de una tendencia importante. Representa no sólo la expansión del capital japonés sino también, mucho más importante, una tendencia significativa en la estructura de la dominación capitalista sobre el trabajo. La insistencia en la calidad, y por lo tanto la insistencia en el orgullo del trabajador con respecto a "sus" productos; la extendida subcontratación de partes componentes con empresas pequeñas y por lo tanto dependientes; la reducción de los stocks de modo que las partes lleguen justo a tiempo (*"just-in-time"*) para el montaje; la implantación de una fábrica en un lugar nuevo con una alta tasa local de desempleo y sin tradiciones de activismo sindical; la insistencia en la selección cuidadosa de una fuerza de trabajo leal y en la exclusión de los desleales o no confiables; la celebración de un pacto de no-huelga con un sindicato co-operador; el control internacional de grupos de obreros separados geográficamente: todas estas son tendencias importantes en el desarrollo actual del capitalismo.

A menudo se denomina a estas tendencias la "niponización" de la producción, pero es erróneo enfatizar demasiado sobre el lugar de origen de las estrategias empresariales: las técnicas patronales de Nissan en Sunderland pueden ser de inspiración japonesa, pero su base real esta en las

derrotas de los obreros en Cowley, Longbridge y en otras partes. Son estas derrotas las que permiten a la dirección empresarial hablar de introducir técnicas patronales japonesas y de desplazarse desde la producción "*just-in-case*" a la producción "*just-in-time*". la producción "*just-in-time*" (que toma su nombre del hecho de que los componentes se entregan justo a tiempo para ser incorporados en el producto terminado en lugar de ser almacenados en grandes cantidades para permitir su utilización en caso de posibles interrupciones en el proceso) presupone un medio ambiente predecible (Graham 1986), tanto en la fábrica misma como en los proveedores. Es un estilo de dirección empresarial basado en la presunción de que los trabajadores son disciplinados y leales, de que no habrá paros imprevistos y de que la calidad de los productos en cada una de las fases del proceso de producción será confiable. Presume por lo tanto que cuando el director dice "Ve", el trabajador va.

Los patrones establecidos por Nissan son tendencias, no una realidad universal. Estas tendencias son experimentos sobre una nueva forma de dominación; es demasiado temprano para decir si cristalizarán en un patrón claro y duradero. Muchas compañías han tenido dificultades para introducir círculos de control de calidad y producción "*just-in-time*". No todas las compañías han tenido las ventajas de Nissan, pero sin embargo en todas partes hay movimientos en la misma dirección.

Si los cambios en la industria del automóvil son representativos de cambios mas generales en el patrón de relaciones empresa-trabajadores, entonces no resulta sorprendente que haya paralelismos entre los cambios en el estilo empresarial y los cambios en el Estado. La dirección de empresas y el Estado son dos aspectos de una misma cosa, son dos formas de la relación de capital, la relación de dominación entre capital y trabajo. Ambos trabajan en formas diferentes pero interrelacionadas para asegurar una provechosa acumulación del capital y una continua explotación del trabajo. No puede ser de otro modo. Así como la dirección empresarial depende del Estado para brindar (a través del mantenimiento del orden público) un medio ambiente disciplinado para la explotación de la fuerza de trabajo y la acumulación del capital, el Estado depende igualmente del éxito de la explotación capitalista para su propia y continua existencia: la acumulación del capital es a la vez la fuente de ingresos del Estado (a través de los impuestos) y la base para el mantenimiento del orden público. Tanto la dirección empresarial como el Estado dependen de la exitosa explotación del trabajo: las acciones de ambos están dirigidas, en último análisis, al mismo fin. Por lo tanto, las condiciones de esa ex-

plotación, las luchas en torno al proceso de trabajo, son la clave para comprender no solamente los cambios en la dirección de las empresas, sino también el desarrollo del Estado. Más aún, dado que la dirección empresarial está más cerca del proceso de trabajo y responde a él más directamente, no es sorprendente que las tendencias en el desarrollo político sean preanunciadas por tendencias en la dirección empresarial.

Al nivel de la empresa, la corriente se ha movido desde la dirección “macho” de Edwardes y MacGregor. La agresión fue efectiva para quebrar el poder del antiguo trabajador e introducir una nueva y aguda división entre el núcleo, los trabajadores con empleo, y los trabajadores marginalizados y periféricos. El Estado, bajo los gobiernos conservador y laborista, apoyó este enfoque a fines de los años '70 y comienzos de los '80: mediante la designación y el apoyo a gente como Edwardes y MacGregor, mediante la aceptación y la promoción de una alta tasa de desempleo, mediante cortes en el gasto público, mediante leyes antihuelga, mediante la movilización de la policía, etcétera.

Mientras gente como Edwardes y MacGregor se abrieron paso a través de la fuerza de trabajo y excluyeron del trabajo a millones, Nissan sugiere que ahora el énfasis está en integrar a los que quedan. Mientras se excluye a las masas irresponsables, el foco se desplaza hacia la integración del trabajador responsable, en proponerlo como ejemplo de virtud. Ahora que los robustos porteros han expulsado a los huéspedes indeseables, pueden volver a su posición normal en la puerta y el anfitrión puede concentrarse en divertir a los huéspedes bienvenidos que quedan. El trato duro con los excluidos prosigue: la policía, la Comisión de Servicios de la Mano de Obra y el Departamento de Salud y Seguridad Social se encargan de eso; pero ocurre en el fondo, detrás del escenario, fuera de la vista de la prensa y del debate público. Ahora la atención se enfoca en la “mayoría moral” (poco importa si en realidad son mayoría, ya que son la única gente que cuenta). Como un mafioso de película, el anfitrión cambia repentinamente su cara. El facineroso se vuelve y sonríe con encanto a los huéspedes restantes: la dama de hierro se convierte. en una fresca joven.

¿O no es así? En realidad, no tiene importancia. No importa cuál es su aspecto, o su sexo, o su nombre. El punto es que la marea también está cambiando al nivel de la política. Sea que la señora Thatcher acompañe o no, la actitud agresiva que se asocia con el thatcherismo esta cediendo.

do el lugar a un rostro más humano. El énfasis se desplaza hacia la construcción de un nuevo consenso, no un consenso que cubrirá a todos, sino un consenso entre la mayoría moral responsable. La competencia política se centra cada vez más en la pretensión de hablar en nombre de esa mayoría. Quién gane esa competencia —ya sea Thatcher con un rostro renovado, o un nuevo y más moderado dirigente del Partido Conservador, o Owen, o Kinnock— interesa mucho a los participantes en la competencia, pero probablemente no significará una gran diferencia para los demás. Las elecciones democráticas no son mucho más relevantes para la dirección del país que lo que lo son para la dirección de una empresa automovilística.

Entonces: la Rosa Roja de Nissan. El solícito y conformista obrero de Nissan que rechaza con firmeza cualquier rasgo de activismo encuentra su contraparte en el solícito y conformista Hombre de la Rosa Roja, que rechaza con firmeza cualquier conducta irresponsable, cualquier activismo irreflexivo, el hombre que habla en nombre de la Mayoría Moral, el Hombre Nuevo.

6.

El Hombre Nuevo tiene extraños acólitos. No sólo los burócratas establecidos del movimiento obrero, sino también muchos en la “izquierda” intelectual claman para participar en la construcción del nuevo modo de dominación. Para justificar su posición afirman basarse en el marxismo, por supuesto un nuevo marxismo, un Marxismo de Hoy.

Al leer esos análisis sobre el capitalismo, sobre la “nueva realidad” (por ej., Carter 1986), uno podría suponer que en los últimos diez años no ha habido luchas. La nueva realidad no se creó a través de la lucha: simplemente “emergió”. Las luchas que sucedieron —la huelga minera, por ejemplo— se ven como luchas contra la realidad. Heroicas pero anacrónicas, están desconectadas de la nueva realidad, “de las inescapables líneas de tendencia y dirección establecidas por el mundo real” (Hall 1985, 15). Los mineros, como el resto de todos nosotros, no son los creadores sino las víctimas de la nueva realidad.

La nueva realidad, aparentemente, no consiste en el conflicto permanente entre capital y trabajo. Es una realidad que emerge y no confronta clases, sino “gente”. Las clases no tienen lugar en este mundo: el cambio

no se produce a través de la incesante lucha de clases sino a través de la democracia y ganando el apoyo de la opinión pública. En esta nueva realidad, todos somos miembros de un equipo (“*staffers*”).

La gente de esta nueva realidad es toda gente razonable y gentil. En un notable salto mortal desde el radicalismo feminista de comienzos de los '70, hoy se utiliza al feminismo para justificar la pasividad, y se identifica al activismo con el machismo (Campbell 1985; Hall 1985; Carter 1986). El análisis que ve a las mujeres como víctimas de la violencia masculina —una corriente fuerte dentro del movimiento feminista— fácilmente se convierte en la condena de toda violencia como expresión de la dominación masculina. Por ejemplo, se ve a la violencia de los mineros no como un producto de su justificada ira sino como una expresión de la cultura machista, que podemos (y debemos) condenar con buena conciencia. Y así la “izquierda” orquesta marxismo y feminismo en notable concierto de apoyo a la nueva realidad, la nueva moral, la nueva sexualidad: un mundo de opresión sofocante.

Contra tales opiniones, es importante subrayar algunas de las conclusiones que surgen de la historia de British Leyland y Nissan. El capitalismo ha cambiado: la sociedad capitalista actual es muy diferente de la sociedad capitalista de hace diez años. Pero muchas de las discusiones de la “nueva realidad”, ya sea en *Marxism Today* (revista teórica del Partido Comunista británico) o en los muchos más ricos debates sobre el Estado neofordista (para una síntesis, ver Bonefeld 1987) pasan por alto los rasgos más importantes que son tan evidentes si se pone atención a la historia de British Leyland y Nissan.

Lo primero que hay que destacar es que ni los obreros del automóvil, ni los mineros, ni las mujeres, son víctimas de una nueva realidad emergente. Nos guste o no, la lucha es lo que constituye la realidad y nosotros somos parte de esa lucha. La “nueva realidad” de la industria del automóvil no era algo que simplemente emergió para enfrentarse con los trabajadores como víctimas: la nueva “realidad” se constituyó a través de la lucha, a través de la lucha del capital contra el trabajo y del trabajo contra el capital. Todos los obreros de la industria fueron parte de esa lucha, lo quisieran o no. En esa lucha, las probabilidades estaban contra los trabajadores porque vivimos en una sociedad dominada por el capital. La lucha en una sociedad capitalista no es una lucha pareja, sino que es siempre a la vez inevitable e impredecible. Los obreros del automóvil, como los mineros, sin duda fueron derrotados en esa lucha, pero hay un mundo de

distancia entre ser derrotado temporalmente en una lucha que prosigue y ser víctimas de las “inescapables líneas de tendencia y dirección establecidas por el mundo real”.

La lucha implica impredecibilidad e inestabilidad. Los patrones de dominación en el capitalismo normalmente son inestables. Periódicamente, se vuelve evidente que el patrón de dominación existente ya no está funcionando y hay un estallido de lucha más intensa y abierta para reestructurar o romper esas relaciones de dominación. Durante tales períodos, la autoridad capitalista es particularmente frágil. Por eso el concepto de crisis es central para el análisis marxista: en la crisis se hace evidente la inestabilidad inherente del capitalismo, la irrealidad de la “realidad”. Por ejemplo, no es posible comprender los cambios en la industria del automóvil desde la mitad de los años '70 sin un concepto de crisis. Sin embargo, los asertores de la “nueva realidad” rara vez mencionan la crisis, pues se han olvidado de cuán frágil es esa realidad. Si la crisis no estuviera en el corazón mismo de la dominación capitalista, la ira y la rebelión no tendrían sentido: todos haríamos mejor en convertirnos en burgueses y ciudadanos bien integrados y resolver nuestras frustraciones en el ámbito privado de nuestros hogares.

La recuperación de la crisis significa para el capital, sobre todo, la reafirmación de su autoridad, su derecho a administrar y a mandar. Es dentro de este contexto —en el contexto de la crisis y no debido a las elecciones o a alguna batalla de ideas autónoma— que hay un viraje de las estrategias capitalistas hacia ideas más autoritarias, hacia una dirección empresarial más autoritaria y hacia un Estado más autoritario. El creciente autoritarismo no resulta de los éxitos de la Nueva Derecha: al contrario, el éxito de la Nueva Derecha es el resultado de las presiones hacia un mayor autoritarismo. Para el capital, la reafirmación de su autoridad es la precondition de todo lo demás.

No obstante, la mera reafirmación de autoridad no constituye todavía un nuevo patrón de dominación estable. Ciertamente, hay claras tendencias que indican cuál puede ser el aspecto de un posible patrón de dominación de largo plazo: esta es la significación de Nissan y la Rosa Roja. Pero sería erróneo ver al nissanismo como una realidad ya establecida. Por el momento es simplemente una estrategia (cada vez más influyente) para establecer un nuevo patrón de dominación.

La estrategia Nissan se está demostrando muy efectiva, pero hay todavía obstáculos mayores para su triunfo. Es difícil imaginar que los hués-

pedes de la fiesta feliz seguirán sonriendo eternamente, cuando la fiesta se basa en su explotación. Y no está nada claro que los rudos porteros en la puerta podrán suprimir por tiempo indefinido las frustraciones de aquellos que han sido expulsados de la fiesta y a quienes se les dice constantemente cuán bonito se está adentro.

La estrategia Nissan, y el enfoque "*Just-in-Time*" con el cual se asocia, aspira a dirigir un medio ambiente seguro: quiere reemplazar la administración contra la incerteza por la administración de la certeza (Graham 1986). Pero lo único cierto en este mundo es la muerte. Las únicas "líneas inescapables de tendencia y dirección" son las líneas que llevan a la tumba. Mientras exista vida, será imposible lograr algo más que la administración contra la incerteza. Por eso está resultando tan difícil poner en práctica el sistema "*Just-in-Time*" en amplia escala. También por eso hay una contradicción en el corazón mismo de la automatización, en el intento de sujetar al control matemático más y más procesos dentro de la sociedad, una contradicción que se expresa en los problemas de la producción de *software* (Pelaez 1987).

Hablar de "nueva realidad" es hablar de certidumbre, de muerte. Hablar de lucha es hablar de vida y de la apertura del futuro. La clase obrera ciertamente ha sido derrotada, y el mundo conformista de Nissan declara a diario, por la bocas de Kinnock y compañía, que más y más formas de oposición son ilegítimas, irresponsables, inmorales. Pero para el capital, la lucha para subyugar y explotar al trabajo es interminable. Y la opresión del capital encuentra cada día la resistencia del trabajo. El mundo de Nissan es sofocante, pero en ocasiones un grito de protesta rompe el silencio. El grito de los mineros fue largo y fuerte y desgarrador: fue silenciado, pero se escuchan todavía sus ecos —como en los motines, como en Wapping, como en mil otros gritos cotidianos que llenan los aires con ecos de esperanza.

Las grietas que aparecieron en la dominación capitalista a fines de los '60 y comienzos de los '70 han sido reparadas y aún no está claro cómo reaparecerán: si en la inevitable resistencia del obrero de Nissan, llevado demasiado lejos, o en las impredecibles explosiones de quienes han sido excluidos de la fiesta. Una cosa está clara: la lucha es inseparable de la dominación. En el centro de la sociedad capitalista hay un grito silencioso pero explosivo:

“Inside our ears are the many wailing cries of misery.
 Inside our bodies, the internal bleeding of stifled volcanoes.
 Inside our heads, the erupting thoughts of rebellion.
 How can there be calm when the storm is yet to come?”

(Linton Kwesi Johnson – *Two Kinds of Silence*)

REFERENCIAS

Bassett P. (1986), *Strike Free: New Industrial Relations in Britain*, Macmillan, London.

Bonefeld W. (1987), “Fordism and the Reformulation of State Theory”. Artículo inédito, University of Edinburgh.

Campbell B. (1985), “Politics Old and New”, *New Statesman* 8 marzo, ps. 22-25.

Carter P. (1986), *Trade Unions - The New Reality*, Communist Party Publications, London.

Central Policy Review Staff (1975), *The Future of the British Car Industry*, HMSO, London.

Edwardes M. (1984), *Back from the Brink*, Pan Books, London.

Graham I. (1986), “JIT with Uncertain Demand”. Artículo inédito, Heriot Watt University, Edinburgh.

Hall S. (1985), “Realignment for What?”, *Marxism Today*, Diciembre, ps. 12-17.

Marsden D., Morris T., Willman P., Wood S., (1985), *The Car Industry: Labour Relations and Industrial Adjustment*, Tavistock, London.

Pelaez E. (1987) *The GOTO Controversy and the Software Crisis*, tesis de doctorado, University of Edinburgh.

Sacarborough H. (1986), “The Politics of Technical Change at British Leyland”, en O. Jacobi, B. Jessop, H. Kastendiek, M. Regini (eds.), *Technological Change, Rationalisation and Industrial Relations*, Croom Helm, London.

Television History Workshop (1985), *Making Cars*, Routledge & Kegan Paul, London.

Willman P. & Winch G. (1985), *Innovation and Control: Labour Relations at British Leyland Cars*, Cambridge UP, Cambridge.

* La poesía de Linton Kwesi Johnson es un extracto de “*Two Sides of Silence*”, de Dread Beat & Blood, Bogle-L'Overture Publications, London, 1975.

EL PASADO QUE NO PASA Y EL FUTURO QUE SE PREPARA

Guillermo Almeyra

Durante todo 1986, los historiadores y sociólogos alemanes libraron una batalla de ideas, con importantes implicaciones metodológicas, teóricas, políticas. La misma alcanzó la prensa internacional (en particular la estadounidense, la inglesa, la italiana, la francesa)¹, pero hasta ahora ha tenido escaso eco en América Latina. De ahí estas notas, de divulgación y, al mismo tiempo, de ubicación del debate.

Hay que decir, en primer lugar, que esta discusión alemana no es única y tiende a replantearse, en diferentes formas y con otros alcances y protagonistas de distinto nivel, en otros países. Es notable, en efecto, cómo el proceso a Klaus Barbie, en Lyon, sacó a primer plano no sólo la revisión histórica francesa de la posguerra última sino también la necesidad de un balance particular del nazismo y de las características del régimen de Vichy y de los movimientos fascistas franceses. Los diletantes de la historia, tipo Faurisson o Alain Finkielkraut (*L'Avenir d'une négation*, Le Seuil, Paris, 1982) ya habían desarrollado, por otra parte, su negación de la magnitud de los crímenes nazis y sus argumentos antisemitas mientras entre los historiadores de renombre crece también la tendencia —a 200 años de la Revolución Francesa— a “enterrar” una vez más a los odiados jacobinos, mostrándolos como una especie de aborto ideológico, y a revalorizar, en cambio, a los girondinos (ver, en su expresión popular, la película “Danton”, de Wayda). Aunque nunca faltaron en Francia historiadores que reivindicaban el legitimismo del Ancien Régime, la brecha cultural abierta por los “nuevos filósofos” ahora se ha ampliado y la abominación de las ideas y corrientes de ideas que antes eran acep-

tadas se ha extendido ya hasta el racionalismo y la Gran Revolución. La impopularidad académica del marxismo en la Europa de nuestros días y la esterilidad de la historiografía marxista en esos países en lo que se refiere al análisis del fascismo y del nazismo², han abierto el campo al abandono de la visión marxistizante o marxista del fascismo y a una relativización de éste, de la cual es expresión la famosa *Intervista sul fascismo* (Laterza, 1985) del ex comunista y profesor de Historia de los partidos políticos en la Universidad de Roma, Renzo de Felice, que provocara en su momento una aguda polémica en Italia. En cuanto a América Latina, los que jugaron con la idea de la revolución y, ahora, escaldados, absolutizan en abstracto la búsqueda de la Democracia, reinventando el liberalismo, están conquistando la hegemonía cultural y saltan con desparpajo por sobre la historia de sus países, revisándola de un modo funcional al régimen, e incluso a los gobiernos de turno (ver, en la Argentina, la revista cultural "Ciudad Futura").

Dicho esto, hay que reconocer, en segundo lugar, que la polémica alemana es, cualitativamente, más importante que las anteriores. No sólo por la merecida fama de los historiadores e intelectuales que en ella han participado (como Ernst Nolte, el historiador de "El fascismo en su época", o Andreas Hillgruber, que analizó ya en 1965 la estrategia hitlerista en su famoso libro *Hitlers Strategie. Politik und Kriegsführung 1940-1941*. Francfort, 1965) y que están lejos de ser simpatizantes del nazismo, sino también por la magnitud de los problemas metodológicos, y hasta filosóficos, planteados por la discusión y que tienen alcance universal.

Reaparecen, en efecto, las teorías clásicas sobre el fascismo, aunque en el campo ya adquirido de la comprobación de que, bajo esa etiqueta, no se pueden colocar fenómenos disímiles, como el nazismo, los regímenes populistas autoritarios de los países del Tercer Mundo, las dictaduras militares conservadoras, cualesquiera sean las similitudes en sus métodos terroristas de Estado. En su esfuerzo "neorevisionista" o "neoconservador", los historiadores prestigiosos que replantean el estudio del nazismo mezclan varias de las teorías que han intentado explicar el fenómeno (y que fueron criticadas, por sus insuficiencias, en las décadas pasadas) e integran en esa mezcla la idea de la identidad totalitaria entre nazismo y comunismo, la de la locura de Hitler como base del antisemitismo, la de un Hitler víctimas de una lógica impuesta por la geopolítica de los aliados y defensor de la identidad histórica nacional alemana, incluso en medio de sus peores crímenes, la de la "enfermedad moral" y el autoritarismo presente en la formación cultural (en el sentido antropológico) de los alemanes y, particularmente, de la clase media alema-

na. E, identificando lo que es diferente, como el nazismo y el stalinismo y, al mismo tiempo, reduciendo a accidentes y pormenores particulares las características y las causas del nazismo, presentan a éste como uno de tantos regímenes genocidas que conoció la humanidad, sobre todo en nuestra época, y le quitan toda singularidad histórica. Según Ernest Nolte ("El pasado que no quiere pasar", *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 6 de junio de 1986) el Archipiélago Gulag es anterior a Auschwitz, el "exterminio de clase" de los bolcheviques es el precedente lógico y factual del "exterminio de raza" de los nacionalsocialistas, Hitler y éstos realizaron una "acción asiática" quizás sólo porque se consideraban y consideraban a sus semejantes víctimas potenciales o efectivas de una acción "asiática" soviética (la amenaza de la jaula de ratas sobre la cara que Hitler habría tomado en serio, sacándola de la literatura antibolchevique de los años 1920 sobre las torturas de la Cheka). Según Nolte, "todo lo que hicieron los nacionalsocialistas (...) con la única excepción de las cámaras de gas, ya había sido descrito en una vasta literatura de comienzos de los años veinte" y existiría "un nexo causal" entre los asesinatos bolcheviques y el exterminio nazi. El biógrafo de Hitler, Joachim Fest, defendiendo a Nolte, va más allá y se pregunta si el asesinato masivo, con un tiro en la nuca, aunque no existan pruebas fotográficas ni documentos al respecto, no era igual, cualitativamente, a las cámaras de gas y, por lo tanto, los nazis no hayan innovado nada y deban todos sus horrores al stalinismo y, aunque sea necesario condenar el genocidio hitlerista, sea también necesario poner en discusión el "simplismo y la unilateralidad de la tesis (...) de la peculiaridad sin precedentes de los crímenes nazis" y sacar a Hitler del mito para analizarlo históricamente.

Pero la discusión va más allá de la revisión (re-visión) de la historia del Tercer Reich. Hillgruber, por ejemplo, plantea que, para Alemania y Europa, el problema del papel político del centro del Viejo Continente sigue siendo actual y que la identidad histórica de los alemanes radica en su papel geopolítico. Mientras Michael Stürmer (*Weder verdrängen noch bewältigen*, en "*Schweizer Monatshefte*", setiembre de 1986, pág. 690) insiste aún más firmemente sobre lo mismo escribiendo que "Quien se interroga sobre la historia se interroga en verdad sobre su lugar en el espacio y en el tiempo. Están en juego tres cuestiones: la identidad cultural y política, la continuidad interna, la confiabilidad política ante el extranjero. Las tres cuestiones son inseparables pues en un país sin recuerdos, en efecto, todo sería posible" Y agrega que los historiadores deben movilizarse contra el trauma dejado por el nazismo en la concien-

cia de los alemanes pues “en un país sin historia (conquista) el futuro quien colma la memoria, acuña las ideas e interpreta el pasado”.

El papel de Alemania (Alemania Federal, por lo menos) como baluarte de Occidente (de la OTAN, dirá Habermas, combatiendo contra esas posiciones) en Europa central y el papel de los historiadores como forjadores de una cultura popular que permita cumplir con esa función histórica, aparecen crudamente en las posiciones de los historiadores “neo-traditionalistas”, como los llama Gian Enrico Rusconi, en su excelente prólogo a la edición italiana de la polémica alemana (Germania: un passato che non passa, Nuovo Politecnico 160, Einaudi, 1987, Turín) Habermas, a nuestro juicio, tiene más razón y no incurre en un exceso de politización de la polémica, cuando recuerda la visita de Ronald Reagan y de Helmut Kohl al cementerio de guerra de los SS en Bitburg y el discurso electoral del derechista socialcristiano Franz Josef Strauss, que sostenía “Ha llegado ahora verdaderamente el momento de salir de la sombra del Tercer Reich y de la órbita de Hitler y de volver a transformarnos en una nación normal (...) Sin una identidad nacional en la que los alemanes encuentren su relación con ellos mismos, con su propio pasado, pero también con el propio futuro, el pueblo alemán no podrá realizar su tarea en este mundo (...) Y por eso, señoras y señores, hoy tenemos necesidad —y lo digo sin arrogancia— de caminar más con la cabeza erguida” (*Frankfurter Rundschau*, 14 de enero de 1987). También la tiene cuando recuerda que, en un congreso de la Fundación Konrad Adenauer, el historiador y biógrafo de Adenauer, Hans-Peter Schwarx, “sintetizó el debate entre los historiadores de un modo claro, reconduciéndolo a un concepto de política de potencia” y se preocupó porque “allí donde la conciencia nacional es reemplazada por un sentimiento de culpa, la degeneración del patriotismo en pacifismo derrotista ya está programada” (de “*Die Zeit*”, 6 de febrero de 1987). Las citas son tomadas de la mencionada edición italiana de la discusión).

No en vano el gobierno de Alemania Federal está creando museos de historia, para acabar con el “complejo de culpa” dejado por el hitlerismo y para no abandonar en manos de la República Democrática Alemana el uso de la continuidad histórica (conmemoración de Federico el Grande, exposición sobre la historia prusiana, asumida acríticamente, con Bismarck y los neobismarkianos incluidos, etc.). El problema de fondo, que trasluce en la polémica, es pues qué Europa quieren los alemanes, qué Alemania desean, cuál es su posición frente a la identidad alemana (¿identidad con Alemania Federal?), ¿de toda la nación alemana.

separada en diversos Estados?) ¿cuál debe ser su patriotismo (¿europeo, o sea el de una Europa unida en la cual se fusione la nación alemana?, ¿aleman, o sea revanchista, lanzado a la reconquista de la unificación estatal y de un papel en el centro de Europa?, ¿alemán constitucionalista, de la FRA?). Y es también el de la responsabilidad histórica por el nazismo, el de la relación entre las generaciones, el de las raíces culturales, sociales, políticas, que deben ser comprendidas y superadas para no producir lo que del pasado aún está vivo en el presente y preña el futuro.

¿Son “revisionistas” o “neoconservadores” los historiadores que buscan “banalizar” el nazismo, integrándolo en la larga serie de crímenes modernos que comienzan con el genocidio de los armenios realizado por los turcos, sigue con el Archipiélago Gulag y el exterminio de los kilacks por Stalin y continúa con el de los judíos (por no hablar de los gitanos, los enfermos mentales, los prisioneros soviéticos, los eslavos) por Hitler, para llegar al genocidio polpotiano en Kampuchea probando así “la maldad” de la naturaleza humana y del poder? Para Rusconi (en el prologo ya mencionado a la edición italiana de la polémica el revisionismo intenta cambiar —y no conservar— el *status quo* cultural y, por consiguiente, la palabra adecuada para calificar a los historiadores que intentan “banalizar” el nazismo (aunque sean antinazis, liberales) es más bien “neotradicionalistas” pues desean reincorporar a la legalidad cultural las ideas tradicionales de nación y de potencia que habían sido dejadas de lado.

Rusconi destaca, con justeza, que al auge de las ciencias sociales asociado a la historia que renovó el espíritu crítico alemán, le sucedió hace diez años una ola contraria, que combina el interés por el narrativismo y la temática geopolítica, la visión que privilegia las relaciones de potencia, las instituciones, el Estado, y no las estructuras sociales, la vida de la gente común. Los historiadores sociales, negando estos aspectos, por considerarlos justamente reaccionarios y nostálgicos, dejaron el campo libre para su explotación por los neotradicionalistas, que pasan a la ofensiva para responder al “hambre de la historia” de un pueblo que quiere ajustar cuentas con su pasado y que no ve concretarse la Europa unida que le daría sentido a su devenir.

La teoría de Stürmer de las dificultades para la modernización surgidas en Alemania de su pasado y de su ubicación en el centro de Europa se empalma con la idea de que el fascismo es una respuesta particular y fracasada a la modernización de cierto tipo de naciones. Esa teoría deja en manos de la fatalidad geopolítica la responsabilidad por el nazismo y pone en el centro de la continuidad de la historia alemana, no en sus estructuras sociales, en el reaccionarismo e imperialismo de sus clases go-

bernantes, sino en la posición geográfica central y en la competencia entre las grandes potencias que, en un país no modernizado, supuestamente requeriría un Estado dictatorial. Según Stürmer, la Alemania de hoy necesitaría incluso disponer de la amenaza nuclear (y de la OTAN) pues la geografía no ha cambiado con relación a la época de la potencia prusiana y de la Alemania de Guillermo I. Por qué un país central debe sentirse amenazado y por qué debe ser hegemónico mundialmente o sometido es algo que Stürmer y sus amigos no explican, pues lo dan por sentado, lo consideran un axioma. Por qué, corresponde al Estado central un papel de intermediario entre Occidente y Oriente (intermediario que llegó a Stalingrado en su misión "mediadora", recuerda Habermas) y quién le concedió a los alemanes esa misión histórica, es algo que Stürmer no siente tampoco la necesidad de explicar.

Jürgen Kocka, en su artículo *Hitler sollte nicht durch Stalin und Pol Pot verrängt werden*, en la "Frankfurter Rundschau", del 23 de setiembre de 1986, sostiene que la relativización del nazismo, para obtener consenso, lleva a la falta de credibilidad entre los jóvenes, cierra el camino a la comprensión histórica. Y agrega que la comparación de Alemania con la Rusia soviética stalinista es falsa, pues evita la comparación con Francia e Inglaterra, mucho más cercanas al tipo de desarrollo alemán; y que la política del Imperio alemán no se debe a la posición central del país (pues también Suiza o Polonia son centrales) sino a la estructura del poder y al tipo de cultura y de organización de las clases dominantes. Hans Mommsen, por su parte, en *Neues Geschichtsbewußtsein und Relativierung des Nationalsozialismus*, en "Blätter für deutsche und internationale Politik" de octubre de 1986, escribe que la separación de la "pequeña Alemania" bismarckiana en dos Estados es irreversible y que buscar una "identidad nacional" es una tarea que puede transformarse en instrumento de lucha ideológica y puede servir a un espíritu de cruzada occidental. Wolfgang Mommsen, en *Weder Leugnen noch Vergessen befreit von der Vergangenheit*, en la "Frankfurter Rundschau" del 1 de diciembre de 1986, ataca por su parte, como lo hiciera Habermas, a Andreas Hillgruber.

Este había adoptado, según él, la posición de los ejércitos alemanes orientales, que defendían la vieja Prusia, y la posición de las poblaciones que después fueron trasladadas hacia el Oeste. La defensa a toda costa de esas regiones, según Hillgruber, permitía al hitlerismo seguir con sus planes de exterminio en el resto de Alemania pero era la única forma de preservar la unidad nacional y de evitar las atrocidades soviéticas y la separación del cuerpo alemán de enteras zonas históricamente prusianas, decidida de antemano por Churchill y por Stalin.

Mommsen responde correctamente que “La derrota de la Alemania nazi interesaba no sólo a las naciones invadidas por Hitler y a las poblaciones seleccionadas por sus esbirros para ser eliminadas y oprimidas sino también correspondía al interés de los mismos alemanes” Varios historiadores recuerdan, por otra parte, a los neotradicionalistas que el Holocausto es posterior a los asesinatos presentados como “eutanasia” masiva y que las atrocidades hitlerianas son, además, anteriores a las grandes purgas soviéticas de mediados de los años treinta, y no solamente posteriores a ellas, por más que Nolte escriba, con respecto al llamado “nexo casual”, que la contrarrevolución es nada más que la respuesta a la revolución y que Hitler sólo puede ser visto correctamente como un anti-Lenin.

Hillgruber, al poner en cierto modo como compensación del exterminio de los judíos y de otras minorías y sectores nacionales o sociales, la destrucción del Reich y la pérdida de las provincias orientales no hace más que responder a la tradición conservadora en la historiografía alemana. Y Nolte, que ya en 1965 escribía que “no existe fascismo sin el desafío del bolchevismo”, actúa según la opinión de que la inmovilidad social y la inexistencia de la lucha de clases es la garantía de las instituciones liberales. Ya Jacques Maritain, representante de la escuela católica de estudiosos del nazismo, sostenía que “en virtud de un automatismo reflejo, no humano sino mecánico, el comunismo suscita y nutre las reacciones de defensa de tipo fascista o racista” (*Humanisme intégral*, Paris, 1936). La teoría del totalitarismo que unificaría stalinismo y fascismo, de todos modos, pone la responsabilidad mayor de ambos regímenes atroces en la URSS, no en el fascismo, y ayuda así a crear una buena conciencia “occidental y cristiana” anticomunista, una identidad nacional de habitante de una Marca combatiente y de frontera.

Jürgen Habermas (“Die Zeit”, 11 de julio de 1986) acusa a los “neotradicionalistas” (Nolte, Hildebrand, Hillgruber, Stürmer, pero después combate también contra Fest, que había salido a defender al primero) sosteniendo que ellos tratan de “conferir sentido” a una sociedad que perdió su sentido histórico, relativizando los crímenes nazis para lograr la “indemnización por los daños” del pasado alemán mediante un “empate” con los crímenes stalinistas, de modo de cerrar el balance del pasado e instaurar un clima cultural reaccionario y conservador, atlantista.

Martin Broszat (*Wo sich die Geister scheiden*, “Die Zeit”, 3 de octubre de 1986) define la polémica diciendo “Quien con charlas estúpidas quiere privar a los ciudadanos de la República federal de una relación autocrítica con la propia historia pasada y reciente les substrahe uno de los mejores elementos de las costumbres políticas que se desarrollaron gra-

dualmente en este Estado en los últimos cincuenta años. La cosa que más confunde en todo esto es el malentendido de fondo, como si la sensibilidad moral ante la propia historia, adquirida por necesidad, constituyese una desventaja cultural y política con respecto a otras naciones, y como si se tratase de copiarles a éstas la autoconciencia histórica —que por motivos históricos a menudo es más robusta o más ingenua y, en la mayor parte de los casos, es políticamente deletérea” Wolfgang Mommsen, en el artículo citado, concluye por su parte: “En vez de ceder a la necesidad hoy dominante de armonización de nuestra visión de la historia, deberemos seguir siendo conscientes de la pluralidad de las realizaciones políticas, culturales y religiosas en el territorio alemán. Eso significa que la historia alemana es interpretada también hoy con perspectivas políticas diferenciadas, múltiples y, en esa materia, habría que dejar las cosas como están. Por el contrario, la pérdida del principio de la libre competencia entre las diferentes visiones de la historia equivaldría a una substancial pérdida de libertad y, al volver a revivir una visión de la historia, por decirlo así, “más alemana”, se colocaría realmente en peligro el orden liberal de Alemania Federal que, en cambio, debe ser consolidado”

Broszat es un liberal progresista y consecuente y crítica desde ese punto de vista a los liberales conservadores, tradicionalistas, que constituyen la mayoría de la corporación de los historiadores, en Alemania Federal. Pero su llamado defensivo y el de Habermas, que es un hombre de izquierda, a preservar la visión occidental de la libertad, de la responsabilidad y de la autodeterminación que el neotradicionalmente pone en peligro, muestra que la iniciativa no está en manos de los historiadores progresistas, que no han sabido responder de modo positivo a la gran demanda de conquista de una identidad colectiva, de una conciencia histórica que tienen los alemanes. Habermas propone un nuevo Iluminismo, humanista, y el desarrollo de una conciencia europeísta, unificadora. Es demasiado vago y demasiado poco, sobre todo para la juventud, sobre todo cuando la unificación europea parece alejarse, y cuando los neotradicionalistas tienen razón en su crítica a Pol Pot, al stalinismo en su negativa a aplicar la etiqueta “fascista” a todo tipo de fenómenos reaccionarios que fascistas no son, aunque sean asesinos así como, en su crítica al dogmatismo de la izquierda en el campo de la cultura.

Augusto Del Noce que sostiene que el fascismo italiano era sólo un “totalitarismo trunco”, incompleto, en *Totalitarismo e filosofia della storia* (“Il Mulino”, febrero de 1957), dice que la historia contemporánea es “la historia de la filosofía que se hace mundo”. Huizinga decía, por el contrario, que aunque “unavisión sincera de la historia del reciente

pasado” es “una de las condiciones imprescindibles de la regeneración de la civilización “es imposible llevar a los hombres a una concepción unitaria de los acontecimientos”. Los que relativizan al fascismo y desearían que jamás existiese la lucha de clases, quieren hoy imponer su “filosofía de la historia” incluso en nombre del liberalismo y los antiliberales asumen el papel del viejo liberalismo, negándose a ello. Esta es una de las paradojas de nuestro tiempo; ello ilustra las dificultades en que se encuentra la izquierda.

La discusión histórica en Alemania y el éxito que está teniendo en la socialdemocracia de la RFA el Gramsci que analizó el papel de los intelectuales, tan olvidado en Italia, muestra de todos modos una importante reacción en el terreno cultural y político, en vez de ceder el paso a la chatura del pragmatismo y de las modas antimarxistas.

Esa discusión tiene como origen los cambios profundos producidos en el capitalismo de nuestra época, en Europa y desde los años setenta, en el terreno de la composición social (masificación acelerada, disminución del número de proletarios), del modo de explotación (cambios tecnológicos y en el proceso de trabajo, ofensiva en las empresas), de la cultura (eliminación de los restos del humanismo, crecimiento del irracionalismo, masificación de la enseñanza reduciendo su calidad, pragmatismo eficientista de la misma). La cultura, la enseñanza, las nociones históricas, constituyen hoy un vestido anticuado y ajustado que no permite ya el libre movimiento de la sociedad capitalista actual. En el momento de máxima internacionalización del capital, hay también un aumento brutal del irracionalismo racista, del irracionalismo religioso, del irracionalismo nacionalista y un abandono acelerado de los valores internacionales, humanitarios, presentes en la Revolución Francesa, en el Iluminismo, en el marxismo, incluso en el liberalismo. Los intelectuales, para el capitalismo, deben asegurar la mediación cultural para adecuar la sociedad a una eliminación de los espacios democráticos y de las relaciones sociales basadas en la dialéctica de las ideas y de los sectores sociales.

Giorgio Baratta (DP Año V, enero de 1987, *Liberiano Gramsci*, reproducción de su ponencia en el seminario “Política y cultura, sobre José Carlos Mariátegui y Antonio Gramsci”. Hamburgo, octubre de 1986) destaca con justicia las líneas trazadas por el líder comunista italiano en “Algunos temas de la cuestión meridional”, donde aquél sostiene la necesidad de una lucha radical en el frente de la cultura. “Benedetto Croce —sostiene allí Gramsci— cumplió una altísima función “nacional”, separó a los intelectuales radicales del Mediodía de las masas campesinas, haciéndoles participar en la cultura nacional y europea y, a través de esa cultura, hizo que fuesen absorbidos por la burguesía na-

cional y, por consiguiente, por el bloque agrario”³ Ya que la masa campesina no asimila ningún sector de intelectuales tradicionales orgánicos propios, y puesto que el proletariado “como clase, es pobre en elementos organizativos, no tiene y no puede formarse un propio sector de intelectuales sino muy lentamente, muy fatigosamente y sólo después de la conquista del poder estatal”⁴, el problema central es la conquista, mediante una dura lucha teórica, de los intelectuales hacia una posición favorable al proletariado. Baratta recuerda que Gramsci se había dado cuenta de que, en el período de la Revolución Rusa y del Bienio Rojo, la burguesía italiana había tenido que reaiizar una gigantesca movilización de energías interclasistas para asegurar nuevas alianzas al bloque de poder dominante. Y añade “La vieja cultura liberal laica y positivista, expuesta a los peligros del democratismo y del progresismo, no servía más para la tarea urgente de guiar y hegemonizar en una dirección antiobrera y antisocialista a las clases medias (...) Era necesaria una vasta acción cultural capaz de neutralizar la rabia y las necesidades de las masas, una acción capaz de arrojar descrédito sobre el materialismo histórico y, al mismo tiempo, de promover una evasión masiva hacia los puros “ideales” (libertad, patria, espíritu, religión, la misma cultura, etc.). De ahí se desprendía la función nacional del neoidealismo hegelianizante de Croce (y, con diferencias parciales, de Giovanni Gentile) o sea la enorme importancia que asumía esta “tranquila revolución filosófica” (Croce) humanística y anticientífica para permitir eliminar en forma indolora el tradicional antagonismo del Estado contra la Iglesia y la religión y, sobre todo, para obtener la aceptación pasiva del régimen fascista por amplios estratos del pueblo italiano. A este punto no importaba mucho que el liberalismo filosófico de Croce no fuese compatible (como lo fue en cambio el idealismo actualista de Gentile) con una adhesión directa al fascismo: ese liberalismo representaba una opción blanda al régimen, que podía ser fácilmente tolerada si no incluso utilizada” La crítica a Croce y a las formas e instrumentos de su capacidad hegemónica se convertía así, para Gramsci, en un momento importante de un programa orgánico socialista, y no sólo en un problema cultural.

Jürgen Habermas reprocha hoy a Stürmer que “ve los procesos de modernización como una especie de indemnización por daños. El individuo, inevitablemente alienado como ‘molécula social’ en una sociedad industrial reificada, debe ser compensado con un sentimiento que pueda conferir identidad. Stürmer a decir verdad no se preocupa tanto de la identidad individual como de la integración de la colectividad. El pluralismo de valores e intereses ‘no encontrando más un terreno común’, conduce ‘antes o después a la guerra civil en la sociedad’. Se hace pues

necesario 'ese conferir de un sentido superior que, después de la religión, hasta ahora sólo la nación y el patriotismo pueden producir' ” Habermas agrega que en esto está implícito el llamado a realizar y divulgar una visión de la historia útil para el consenso nacional.

La funcionalidad de los “neotradicionalistas” con respecto a la política reaccionaria del gran capital que quiere homogeneizar cultura y sociedad y “desculturar” a las masas alemanas salta a la vista. Y recuerda el papel que Gramsci atribuía a Croce.

El debate contra la idea misma de revolución (desde la francesa hasta la socialista), contra el internacionalismo, contra la visión clasista, contra la conciencia de que la legalidad de hoy fue conquistada ayer por las armas, derribando al fascismo y al nazismo a un costo humano y material inmenso, y no es resultado de una graciosa concesión estadounidense, es un combate que en todas partes está a la orden del día. La memoria histórica es peligrosa y debe ser suprimida, deformada. Ahora bien, ella es algo que las nuevas generaciones deben adquirir gracias a la acción de los intelectuales y de esos intelectuales colectivos que son los partidos. Poner en ridículo o quitarle la patente científica a los que tratan de mantener, en el campo cultural, las conquistas del pasado (sea el pensamiento marxista, sea incluso el liberalismo consecuente) es una tarea urgente para quienes deben conquistar una mayor hegemonía cultural, de modo de poner de acuerdo la cultura (y la conciencia) con la sociedad autoritaria que han estado construyendo en los últimos quince años, tras la conmoción grave de fines de los sesenta. El olvido es una importante arma política. No se trata, pues, de salvar a los alemanes del complejo de culpa para que puedan caminar en el concierto de las naciones con la cabeza alta. Se trata, en todo el mundo y en Alemania misma, de no hacer pasar a un pasado que no quiere pasar, sino de resucitarlo en parte, fingiendo olvidarlo.

Roma, Setiembre de 1987

NOTAS

¹ Ver, en particular, el artículo de Jean-Jacques Guinchard, en *Le Monde Diplomatique*, N° 400, año 34°, julio de 1987.

² Renzo de Felice, en *Le interpretazioni del fascismo*. Laterza, Roma-Bari, 1986 hace notar, respecto a las interpretaciones marxistas del fascismo, que "hasta hoy, aunque esta interpretación haya inspirado numerosísimos ensayos y tomas de posición de carácter general, ideológico-político, sin embargo no expresó a nivel científico ningún estudio histórico global del fenómeno fascista. La única tentativa en este sentido sigue siendo aún la obra, de 1936, *Fascisme et Grand Capital*, del trotskista francés Daniel Guérin que, por otra parte, enfrenta de hecho el problema sólo bajo el perfil italiano y alemán y que presenta todos los límites derivados de la época y de las circunstancias en que fue escrita" (pág. 62).

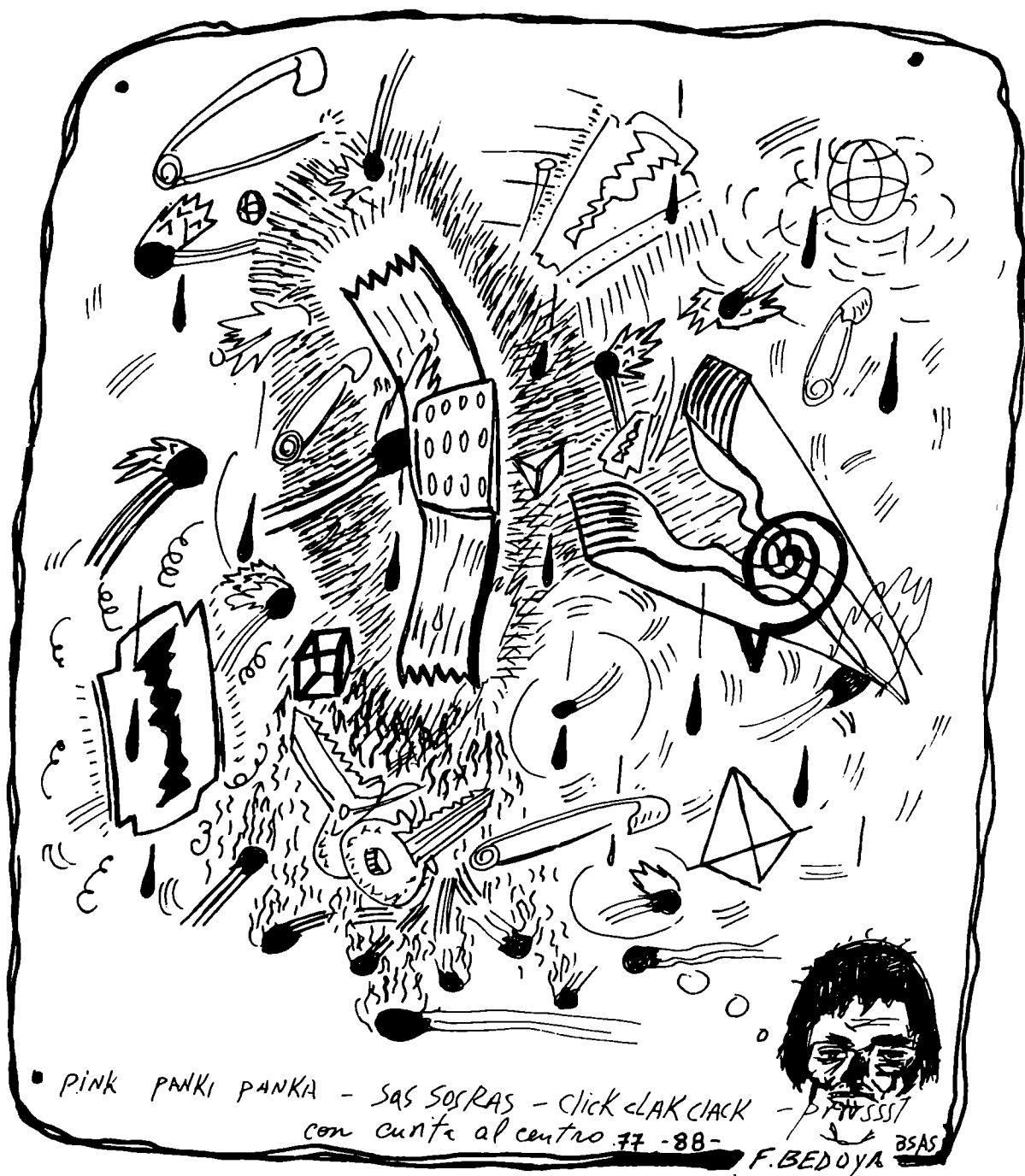
³ A. Gramsci, *Alcuni temi della quistione meridionale*, en *La costruzione del partito comunista, 1923-26*, Turín, Einaudi, 1978, pág. 158.

⁴ Idem, pág. 158.

POLITEIA

Revista de Ciencia Política

	pág./n
Staff - Sumario	1
Editorial	2
Exclusivo	
<i>"Reportaje a Michel Uouelle"</i>	4
Nota de Tapa	
<i>"Militarismo en América Latina</i>	6
Manuel Mora y Araujo: "Los gobiernos militares en América Latina"	6
Marcelo Cavarozzi: "Los Militares Argentinos y sus visiones de la Política Nacional"	7
Cap. Ernesto Urien: "Militarismo y Conciencia Nacional"	10
Suplemento Especial	
Elecciones del 6 de Setiembre de 1987	
<i>"¿Qué dicen los que dicen?"</i>	
<i>Entrevista con Emilio de Ipola y Edgardo Catterberg</i>	14
Correo de Lectores	20
Página Abierta	
<i>"La Sociedad Argentina de Análisis Político y la Ciencia Política"</i>	
<i>Reportaje a Oscar Oszlak</i>	21



• PINK PANKI PANKA - SAS SORRAS - CLICK CLACK CLACK - PIVSSST
con cunfo al centro 77-88- F. BEDOYA 85AS

Confrontación
de ideas para una nueva sociedad

Orientación
(SOCIALISTA)

cientos tanto

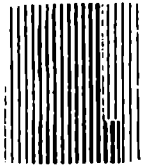


Cuadernos del Sur
Sociedad • Economía • Política

Praxis
ESTUDIOS • DEBATES
DOCUMENTOS

Cuadernos del Sur

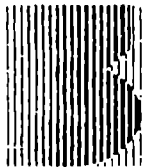
Sociedad • Economía • Política



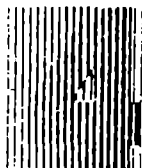
BROCATTO: Militarismo y Golpismo / **LUCITA:** Reorganización del Movimiento Social/ **PLA-ALTVATER:** Crisis Mundial/ **WINNICK:** Rápido despliegue y Guerra nuclear/



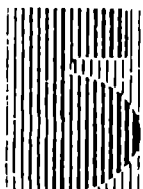
SPAGNOLO: La Transición y sus Problemas/ **ABALO:** Economía Argentina en los años ochenta/ **CANDIA:** Proceso Militar y Clase Obrera/ **HUMPREY:** La Fábrica Moderna/ **LAURRELL:** Crisis y Salud en América Latina/ **LEQUENNE:** Arte, Historia y Sociedad/



LUCITA: Elecciones Sindicales/ **DEL CAMPO:** Continuidad y Cambio en el Movimiento Sindical Argentino/ **WRIGTH:** Intelectuales y Clase Obrera/ **ANDA/SEGRE:** Política Informática en Países Dependientes/



GILLY: La Anomalía Argentina/ **PLA:** Orígenes del Partido Socialista Argentino/ **DABAT:** Crisis y Economía en América Latina/ **DAVIS:** Reagan en pos del Milenio/ **ANDERSON:** Modernidad y Revolución/ **BAHRO:** Ecología y Socialismo/



ALTAMIRA: País en Transición/ **CIEZA:** El FP una experiencia inédita/ **LUCITA:** La Reforma Laboral/ **CORIAT:** Taylorismo, Fordismo, Nuevas Tecnologías/ **DEGREGORI:** Sendero Luminoso/ **HARTMANN:** Marxismo y Feminismo/



LUCITA: Hace 20 años: Ernesto "Che" Guevara/ **ALTAMIRA/SUAREZ:** La Crisis de Hegemonía/ **PLA:** Argentina y la Crisis Mundial/ **ANDERSON:** Las Antinomias de Gramsci/ **CORIAT:** Tecnologías y Procesos de Trabajo/ **Reforma en la URSS:** El Hermano Mayor Somos Nosotros - Perestrojka contra Stalin.

Este libro se terminó de imprimir en:
A.B.R.N. Producciones Gráficas
Oyuela 438 Villa Domínico, Pcia. de Buenos Aires, Argentina
en el mes de abril de 1988

Cuadernos del Sur

PABLO BUSTOS

• Reestructuración productiva
e inserción internacional

LUIS RUBIO

• La unidad de las izquierdas:
¿qué hay entre lo posible y
lo imaginario?

ALBERTO J. PLA

• La Internacional Comunista y
el PCA. - 1918/1928.

JHON HOLLOWAY

• La rosa roja de Nissan

PERRY ANDERSON

• Las antinomias de Antonio
Gramsci (II)

GUILLERMO ALMEYRA • El pasado que no pasa y el
futuro que se prepara

artista plástico invitado: Fernando Bedoya